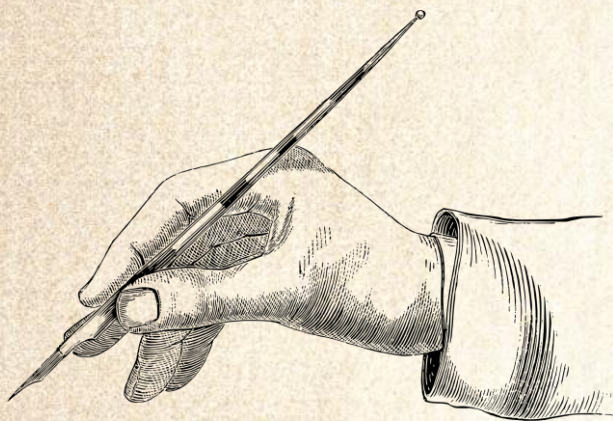


FUNDALMA



TALLER DE

Escritura

Coordinación: A. Reggiani

Sociedad de fomento

Julio A. Roca

2025

Introducción

1.- Nuestra Lengua - Octavio Paz (1914 – 1998)

Las vocaciones son misteriosas: ¿por qué aquel dibuja incansablemente en su cuaderno escolar, el otro hace barquitos o aviones de papel, el de más allá construye canales y túneles en el jardín o ciudades de arena en la playa, el otro forma equipos de futbolistas y capitanea bandas de exploradores, o se encierra solo a resolver interminables rompecabezas? Nadie lo sabe a ciencia cierta; lo que sabemos es que esas inclinaciones y aficiones se convierten, con los, años, en oficios, profesiones y destinos. El misterio de la vocación poética no es menos sino más enigmático: comienza con un amor inusitado por las palabras, por su color, su sonido, su brillo y el abanico de significaciones que muestran cuando al decirlas, pensamos en ellas y en lo que decimos. Este amor no tarda en convertirse en fascinación por el reverso del lenguaje, el silencio. Cada palabra, al mismo tiempo, dice y calla algo. Saberlo es lo que distingue al poeta de los filólogos y los gramáticos, los oradores y los que practican las artes sutiles de la conversación. A diferencia de esos maestros del lenguaje, al poeta lo conocemos tanto por sus palabras como por sus silencios. Desde el principio el poeta sabe, obscuramente que el silencio es inseparable de la palabra, es su tumba y su matriz, la letra que lo entierra y la tierra donde germina. Los hombres somos hijos de la palabra, ella es nuestra creación; también es nuestra creadora; sin ella no seríamos hombres. A su vez la palabra es hija del silencio: nace de sus profundidades, aparece por un instante y regresa a sus abismos.

Mi experiencia personal y, me atrevo a pensarlo, la de todos los poetas, confirma el doble sentimiento que me ata, desde mi adolescencia, al idioma que hablo. Mis años de peregrinación y vagabundeo por las selvas de la palabra son inseparables de mis travesías por los arenales del silencio. Las semillas de las palabras caen en la tierra del silencio y la cubren con una vegetación a veces delirante y otras, geométrica. Mi amor por la palabra comenzó cuando oí hablar a mi abuelo y cantar a mi madre, pero también cuando los oí callar y quise descifrar o, más exactamente deletrear su silencio. Las dos experiencias forman el nudo de que está hecho la convivencia humana: el decir y el escuchar. **Por esto, el amor a nuestra lengua, que es palabra y es silencio, se confunde con el amor a nuestra gente, a nuestros muertos, los silenciosos y a nuestros hijos que aprenden a hablar. Todas las sociedades humanas comienzan y terminan con el intercambio verbal, con el decir y el escuchar. La vida de cada hombre es un largo y doble aprendizaje: saber decir y saber oír. El uno implica al otro: para saber decir hay que aprender a escuchar. Empezamos escuchando a la gente que nos rodea y así comenzamos a hablar con ellos y con nosotros mismos. Pronto, el círculo se ensancha y abarca no sólo a los vivos, sino a los muertos. Este aprendizaje insensiblemente nos inserta en una historia: somos los descendientes no sólo de una familia sino de un grupo, una tribu y una nación. A su vez el pasado nos proyecta en el futuro. Somos los padres y los abuelos de otras generaciones que, a través de nosotros aprenderán el arte de la convivencia humana: saber decir y saber escuchar. El lenguaje nos da el sentimiento y la conciencia de pertenecer a una comunidad. El espacio se ensancha y el tiempo se alarga: estamos unidos por la lengua a una tierra y a un tiempo. Somos una historia.**

La experiencia que acabo toscamente de evocar es universal, pertenece a todos los hombres y a todos los tiempos, pero en el caso de las comunidades de habla castellana aparecen otras características que conviene destacar. Para todos los hombres y mujeres de nuestra lengua, la experiencia de pertenecer a una comunidad lingüística está unida a otra: esa comunidad se extiende más allá de las fronteras nacionales. Trátese de un argentino o de un español; de un chileno o de un mexicano, todos sabemos desde nuestra niñez, que nuestra lengua nacional es también la de otras naciones; y hay algo más y no menos decisivo: nuestra lengua nació en otro continente, en España hace muchos siglos. El castellano no sólo trasciende las fronteras geográficas sino las históricas, se hablaba antes de que nosotros los hispanoamericanos, tuviésemos existencia histórica definida. En cierto modo, la lengua nos fundó o al menos hizo posible nuestro nacimiento como nación. Sin ella, nuestros pueblos no existirían o serían algo

muy distinto a lo que son. El español nació en una región de la península ibérica y su historia, desde la Edad Media hasta el siglo XVI, fue la de una nación europea. Todo cambió con la aparición de América en el horizonte de España. El español del Siglo XX no sería lo que es sin la influencia creadora de los pueblos americanos con sus diversas historias, psicologías y culturas. El castellano fue trasplantado a tierras americanas hace ya cinco siglos, y se ha convertido en la lengua de millones de personas. Ha experimentado cambios inmensos y, sin embargo, sustancialmente sigue siendo el mismo. El español del Siglo XX, el que se habla y se escribe en Hispanoamérica y en España es muchos españoles, cada uno distinto y único, con su genio propio; no obstante, es el mismo en Sevilla, Santiago, La Habana. No es muchos árboles, es un solo árbol pero inmenso, con un follaje rico y variado, bajo el que verdean y florecen muchas ramas y ramajes. Cada uno de nosotros, los que hablamos español, es una hoja de ese árbol. ¿Pero realmente hablamos nuestra lengua? Más exacto sería decir que ella habla a través de nosotros. Los que hoy hablamos castellano somos una palpación en el fluir milenario de nuestra lengua.

Se dice con frecuencia que la misión del escritor es expresar la realidad de su mundo y su gente, es cierto, pero hay que añadir que más que expresar el escritor explora su realidad, la suya propia y la de su tiempo. Su exploración comienza y termina con el lenguaje. ¿Qué dice realmente la gente? El poeta y el novelista descifran el habla colectiva y descubre la verdad escondida de aquello que decimos y de aquello que callamos. El escritor dice, literalmente, lo indecible, lo no dicho, lo que nadie quiere o puede decir. De ahí que todas las grandes obras literarias sean cables de alta tensión, no eléctrica sino moral, estética y crítica. Su energía es destructora y creadora, pues sus poderes de reconciliación, con la terrible realidad humana no son menos poderosos que su potencia subversiva. La gran literatura es generosa, cicatriza todas las heridas, cura todas las llagas y aún en los momentos de humor más negro dice: sí a la vida.

Explorar la realidad humana, revelarla y reconciliarnos con nuestro destino terrestre, sólo es la mitad de la tarea del escritor: el poeta y el novelista son inventores, creadores de realidades. El poema, el cuento, la novela, la tragedia y la comedia son, en el sentido propio de la palabra, fábulas: historias maravillosas en las que lo real y lo irreal se enlaza y confunden. Los gigantes que derriban a Don Quijote son molinos de viento y simultáneamente tienen la realidad terrible de los gigantes. Son invenciones literarias que nublan y disipan las fronteras entre ficción y realidad. La ironía del escritor destila irrealidad en lo real, realidad en lo irreal. La literatura de nuestra lengua, desde su nacimiento hasta nuestros días, ha sido una incesante invención de fábulas, que son reales aún en su misma irrealidad. Menéndez Pidal decía que el realismo era el rasgo que distinguía a la ética medieval española, de la del resto de Europa. Verdad parcial y de la que me atrevo a disentir: en el realismo español, aun el más brutal, hay siempre una veta de fantasía.

La lengua es más vasta que la literatura. Es su origen, su manantial y su condición misma de existencia; sin lengua no habría literatura. El castellano contiene a todas las obras que se han escrito en nuestro idioma, desde las canciones de gesta y los romances, a las novelas y poemas contemporáneos; también a las que mañana escribirán, unos autores que aún no nacen. Muchas naciones hablan el idioma castellano y lo identifican como su lengua maternal; sin embargo, ninguno de esos pueblos tiene derechos de exclusividad, y menos aún de propiedad. La lengua es de todos y es de nadie, ¿Y las normas que la rigen? Si, nuestra lengua, como todas, posee un conjunto de reglas, pero esas reglas son flexibles y están sujetas a los usos y a las costumbres: el idioma que hablan los argentinos no es menos legítimo que el de los españoles, los peruanos, los venezolanos o los cubanos. Aunque todas esas hablas tienen características propias, sus singularidades y sus modismos se resuelven al fin en unidad. El idioma vive en perpetuo cambio y movimiento; esos cambios aseguran su continuidad, y ese movimiento, su permanencia. Gracias a sus variaciones, el español sigue siendo una lengua universal, capaz de albergar muchas singularidades y el genio de muchos pueblos.

Tal vez sea oportuno señalar aquí, de paso que precisamente la inmensa capacidad de cambio que posee el lenguaje humano le da un lugar único en los sistemas de comunicación del universo, desde los de las células a los de los átomos y los astros. Hasta donde sabemos esos sistemas son circuitos cerrados; entre la transformación de los glóbulos rojos en blancos y viceversa, en la circulación de la sangre, y la de los planetas alrededor del sol, por ejemplo, no hay, en el sentido propio de la palabra, comunicación. Cada sistema, además, obedece a un programa fijo y sin variaciones. Trátese de la información genética o de las numerosas interacciones entre las partículas elementales o en los sistemas solares que contiene el universo, los mensajes y sus modos de transmisión son siempre los mismos. Ciertamente, todos los sistemas conocen mutaciones -su función, justamente, en la mayoría de los casos, consiste en causarlas o producirlas- pero esos cambios son parte del sistema o se integran a él rápidamente. Cualesquiera que sean su duración y sus mutaciones, los sistemas no tienen historia, ocurre lo contrario con el lenguaje humano: su proceso es imprevisible y no está fijado de antemano; es una diaria invención, el resultado de una continua adaptación a las circunstancias y a los cambios de aquellos que, al usarlo, lo inventan: los hombres.

El lenguaje está abierto al universo y es uno de sus productos prodigiosos, pero igualmente por sí mismo es un universo. Si queremos pensar, vislumbrar siquiera el universo, tenemos que hacerlo a través del lenguaje. La palabra es nuestra morada, en ella nacimos y en ella moriremos. Ella nos reúne y nos da conciencia de lo que somos y de nuestra historia. Acorta las distancias que nos separan y atenúa las diferencias que nos oponen. Nos junta pero no nos aísla, sus muros son transparentes y a través de esas paredes diáfanas vemos al mundo y conocemos a los hombres que hablan en otras lenguas. A veces logramos entendernos con ellos y así nos enriquecemos espiritualmente. Nos reconocemos incluso, en lo que nos separa del resto de los hombres; estas diferencias nos muestran la increíble diversidad de la especie humana y simultáneamente su unidad esencial. Descubrimos así una verdad simple y doble: primero, somos una comunidad de pueblos que habla la misma lengua y segundo, hablarla es una manera, entre otras, de ser hombre. La lengua es un signo, el signo mayor de nuestra condición humana.

2.- Análisis del texto de Octavio Paz -

¿Qué simboliza el silencio?

Generalmente, el silencio sirve de **pausa reflexiva tras una comunicación, para ayudar a valorar el mensaje.**

La teoría **lacaniana**, influyente y a menudo compleja, se ha convertido en un terreno fértil para la exploración de la psique humana, la lingüística y la relación entre el lenguaje y el inconsciente.

Jacques Lacan (1901-1981), distinguía entre **tacere** y **silere**, y consideraba que el silencio es un elemento fundamental en el psicoanálisis. El silencio puede ser una decisión de no hablar, o el efecto de la represión o la inhibición. También puede ser un espacio en el discurso que expresa lo que está fuera del discurso, el decir (cómo se dice- qué palabras se eligen para decir) es más importante que lo que se dice, y el acto de enunciar hace aparecer algo diferente de lo no dicho. Lo no dicho es todo aquello que permanece en el inconsciente, que evitamos reconocer o expresar.

El no dicho es todo aquello que permanece en el inconsciente, aquello que evitamos reconocer o expresa.

“Somos una historia”: Las constelaciones familiares son una técnica terapéutica que busca identificar y resolver conflictos familiares. Se basa en la idea de que los problemas actuales de una persona pueden estar relacionados con dinámicas familiares no resueltas.

Esta técnica, desarrollada por el teólogo y filósofo alemán **Bert Hellinger**, ayuda a las personas a superar insatisfacciones en la relación de pareja, a hallar las causas **que** explicarían ciertos comportamientos de los hijos, a darse cuenta de los duelos no elaborados, a entender síntomas y enfermedades.

El español; En octubre de 2024, el español superó por primera vez los 600 millones de hablantes en el mundo, lo que representa el 7,5% (599.405.122 personas) de la población mundial.

Es la segunda lengua materna más hablada en el mundo, después del chino mandarín.

Es la tercera lengua más hablada en el mundo, si se considera a los hablantes nativos, a los que tienen competencia limitada y a los estudiantes de español.

Se habla oficialmente en más de 20 países, entre ellos España, México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Venezuela, Puerto Rico, República Dominicana, Cuba y Guinea Ecuatorial.

Escritor: “...explora su realidad, la suya propia y la de su tiempo”.



→ Momento histórico en el cual vivió el autor

→ OBRA LITERARIA (resultado de la elaboración y la conjunción de los elementos que influyen)

→ Biografía del autor

Ramón Menéndez Pidal (La Coruña, 13 de marzo de

1869-Madrid, 14 de noviembre de 1968) fue un filólogo, historiador, folclorista y medievalista español. Creador de la escuela filológica española, fue un miembro erudito de la generación del 98.

Canción de gesta: Una canción de gesta es una composición poética que narra las hazañas de un héroe, un género literario que se desarrolló en la Edad Media. Se caracterizan por ser anónimos y transmitirse oralmente, sobre todo por los juglares.

Romance: Un poema compuesto de versos octosílabos (ocho sílabas) con rima asonante en los versos pares.

3.- ¿Por qué escribir? – Reflexiones durante la pandemia

Escribir es pensar. Es canalizar miles de pensamientos en tu cabeza para que vayan de uno en uno. Es organizar, agrupar, tachar, concluir, aclarar... Escribir es una actividad solitaria porque tienes que procesar las ideas, madurarlas y encontrar tu voz para ponerlas sobre el papel. Y escribir puede ser en este tiempo de coronavirus una forma de calmar el torbellino de información, deseos e inquietudes que habitan en nuestra cabeza.

Una de las actividades que podemos hacer es escribir un diario que nos ayude a procesar todo lo que estamos viviendo. No tiene por qué ser un fiel reflejo de nuestra rutina casera, sino que podemos dejar fluir la consciencia si estamos nerviosos y permitir que nuestra mano vague por el folio para liberar el cerebro de inquietudes, aunque solo sea un placebo. O podemos reflexionar sobre las pequeñas cosas que vemos y oímos: la libertad del gato que dormita solo sobre un coche en la calle o las voces de los niños que se despiden del vecino Siguiendo la idea del diario y de la escritura como medicina para aclarar la mente, otra posibilidad que tenemos es crear una lista de las cosas que queremos hacer. Por ejemplo, cómo de largo va a ser ese paseo o cuánto va a durar ese abrazo. También podemos hacer una lista de las cosas en las que podemos mejorar en el futuro y preguntarnos si no es raro que visitemos tan poco a nuestros abuelos cuando podemos o que ahora que estamos encerrados podamos oír a los pájaros. Podemos incluso hacer una lista de las cosas que estamos haciendo bien ahora como quedarnos en casa, hacer reír a alguien por teléfono, ofrecer ayuda a los vecinos o dar las gracias a los cajeros del supermercado. Hacer listas nos da la ilusión temporal de control y al mismo tiempo es una oportunidad para reflexionar sobre esta situación y sobre lo que aprendemos de ella.

Escribir sirve también para evadirse y qué mejor momento que ahora para dar rienda suelta a nuestra creatividad. Si nos atrevemos con un relato, en internet se encuentran fácilmente temas o *writing prompts* en caso de que necesitemos un empujón. Por ejemplo, “Son las cuatro de la mañana y te despiertas porque la televisión se enciende sola. Cuando te acercas a apagarla, se corta el programa y aparecen unas letras en la pantalla que dicen *No mires directamente a la luna*. Hay luna llena y la ventana está abierta”.

Los niños son más creativos porque no pretenden ser perfectos. Se limitan a escribir cuentos, dibujar o tocar instrumentos sin ningún temor y se divierten. Podemos planificar las tramas de nuestras historias y describir minuciosamente a nuestros personajes, pero tampoco es necesario porque es algo que hacemos por pura diversión.

No solo tenemos por qué escribir para nosotros, sino que regalar palabras es una opción. Muchas personas están enviando cartas de apoyo a los aislados de los hospitales que solo reciben la visita de los sanitarios con buzos. Otras publican poemas y canciones en internet para conectar y aliviar. Los hay que creen fervientemente en la *biblioterapia* y recomiendan y reseñan libros en las redes sociales o en largos *WhatsApps* a sus seres queridos. Hay gente que cuelga mensajes de ánimo en el ascensor junto a los arcoíris de los niños. Todo esto porque la humana es una especie curiosa y paradójica.

No pretendo descubrir el mundo a nadie con estas sugerencias porque sé que ya muchos las aplican. Solo quiero seguir pasando la pelota informativa porque escribir es muchas cosas, pero ante todo es una **herramienta** con la que podemos buscar distintos efectos. Si el papel ayuda a liberar tensión, gestionar las emociones, pensar, entretener, expandir los horizontes o hacer sonreír a alguien, pues bienvenido sea. Enfrentarse a la hoja en blanco es para muchos como el miedo del portero al penalti, sobre todo si no estás acostumbrado, pero vale la pena.

Algunos llegaron a la literatura por vocación, por el placer de la lectura y para emular a los autores que admiraban. Ahora crean por necesidad vital, o simplemente lo hacen por dinero. Autores de renombre revelan los motivos por los que dedican sus vidas a la escritura.

En el principio fue el verbo... Así lo recoge **San Juan** en su Evangelio. La palabra que conforma el mundo, el nombre que lo explica todo. Puede que no fuera tal, puede que antes del verbo existieran cielos, mares, noche, día, estrellas, firmamento. Pero si nadie sabía cómo nombrarlos, no eran nada, absolutamente nada. Así que al principio fue el verbo, como bien dejó escrito Juan. Y a ese verbo bíblico lo siguieron la épica de Homero, la intemperie y el poder de los dioses, el amor y la guerra que nos relata la *Ilíada* y la *Odisea*, después, el delirio del Quijote, y luego, la soledad de Macondo.

¿Por qué escribir? ¿Para qué nombrar? ¿Para qué contar? Para entender. Para amar y que te amen. Para saber, para conocer. Por miedo, por necesidad, por dinero. Para sobrevivir, porque no todo el mundo sabe bailar el tango, ni jugar bien al fútbol. Por costumbre, para matar la costumbre, por vivir otras vidas y revivir la propia. Por dar testimonio.

Porque el verbo provoca desasosiego en **Nélida Piñón**; porque no se elige, como un amor, añade **Amélie Nothomb**. Por ser el masoquista que uno lleva dentro, aduce **Wole Soyinka**; por los arroyos y los torrentes de los libros leídos, cuenta **Fernando Iwasaki**; como forma de existencia, según **Elvira Lindo**. "Una manera de vivir", dice **Vargas Llosa**. Para sentirse vivo y muerto, proclama **Fernando Royuela**. Igual que uno respira, suelta **Carlos Fuentes**. O para sobrevivir a ese fin, "a la necesaria muerte que me nombra cada día", testimonia **Jorge Semprún**.

La escritura es dolor y placer. Como el cuento, como la retórica aristotélica, se arma, se aprende. Principio y fin. Antes que nada vino el verbo, lo deja claro San Juan. También lo sabía **Kafka**. Pero el escritor checo pregunta: "¿Y al final?". Quizás silencio.

Como testimonio también se mete uno entre papeles. Se escribe por el mismo motivo por el que **Ana Frank** comenzó a organizar su diario. O por el que la poeta rusa **Anna Ajmatova**, cuando se pasó 17 meses en la fila de las cárceles de Leningrado para ver a su hijo, respondió a una mujer que la reconoció y le preguntó si podría describir, aceptó.

"Entonces -dice Anna en *Réquiem* -, una especie de sonrisa se deslizó por lo que alguna vez había sido su rostro." Eso fue suficiente motivo. La emoción de la verdad, la justicia de dejar constancia. Para que otros quizás lo aplicaran a su presente, para que no se repitiera.

Pero **Anna Ajmatova** confesó, además, que escribía por sentir un vínculo con el tiempo. También lo hizo por amor, por miedo al amor, por desgarrar. En honor a las musas, como **Shakespeare**, "ese goloso de las palabras": "*Mi musa por educación se muerde la lengua y calla mientras se compilan/ elogios que te visten de oropeles/ y frases que las otras musas liman*".

Al principio fue el verbo. Pero **Cervantes** y **Shakespeare** lo enaltecieron, lo igualaron a la medida de Dios. Porque exploraron todos los delirios y las pasiones de sus criaturas.

¿Por qué escribir? Para emularlos, sin más. Podría ser. "*Para parecerme a Espronceda*"

Escribir porque se medita, como **Descartes**, como **Chesterton**, cuya obra nos envuelve en una paradoja sin fin. Para adentrarse en los laberintos y no necesariamente querer salir de ellos, como **Borges**. "*Porque estamos aquí, pero querríamos estar allí*", dice **Antonio Tabucchi**. Por emular la infancia, cuando la niña **Almudena Grandes** enmendaba la plana a los finales que

no le gustaban. Por volver a inventar historias de indios, vaqueros y pitufos, dice **David Safier**. Porque a la hora de hacerlo, "*disfrutar es una palabra que se queda corta*", confiesa **Ken Follet**.

Para fijar la memoria, una forma de "*hacer surgir los recuerdos y las imágenes*", cuenta **Álvaro Pombo**. Para volver a vidas anteriores, a las lecturas y los tumbos que cada uno lleva en la mochila, según **Arturo Pérez-Reverte**. Como vicio solitario, describe **Héctor Abad Faciolince**. Porque uno no se encuentra bien, asegura **Juan José Millás**. Por afición o por aflicción, dice **Gonzalo Hidalgo Bayal**. O porque le gustaban las redacciones en el colegio, como descubrió **Antonio Muñoz Molina**. Y hasta hoy.

La palabra es agua y cada historia, el río que las lleva. El escritor es quien domina la corriente, como hicieron **Balzac**, **Dostoyevski**, **Dickens**, **Galdós**, **Clarín**, **Flaubert**, **Tolstoi**, que siguió la estela épica de **Homero** como nadie. O el que va contra la corriente, como **Marcel Proust**, **James Joyce**, **Valle-Inclán**.

. El juego, la tortura de la palabra, también es lícito. Escribir es "*erosionar el idioma en la forma en que el idioma lo admite*". Es decir, maltratar el verbo, fustigarlo, estrangularlo. Pero para resucitarlo después, como el Evangelio. A lo largo de la historia, el escritor ha visto crecer Babel y ha contribuido a entenderla.

¿Qué es escribir? ¿Te pusiste a pensar qué pone en marcha el mecanismo de bajar al papel palabras y más palabras? ¿Cuál es la motivación íntima que nos embarga y nos lleva a dedicar

el bien máspreciado que tenemos, el tiempo, a la escritura?

Parece haber tantas razones como personas que escriben. Las ganas de escribir tienen distintos

orígenes, muchas veces inconscientes. Desde este espacio, en el que alentamos a escribir facilitando todo el proceso hasta la edición, nos planteamos esta reflexión y queremos explorarla

junto a nuestros seguidores.

- Como no podemos con nuestro genio, vamos a ver qué nos dice la etimología. El término «escribir» deriva del latín "scribere", que a su vez deriva de la raíz indoeuropea "skribh", vinculada a la idea de rayar, cortar, separar. Antes de la tinta, la gente escribía haciendo incisiones sobre barro fresco o sobre tablas de madera cubiertas de cera. Era "el medio de comunicación" que existía para "hacer pública" una idea. En el plano de lo teórico, existen al menos estas 7 razones por las que nos sentamos a escribir.

- 1.- **PARA NO OLVIDAR**. Una pulsión nos hace "documentar" eso que tenemos en mente, para

que queden registros. Así, intentamos que no se olvide.

- 2.- **PARA DEJAR EN CLARO NUESTRO PUNTO DE VISTA**. Cuando necesitamos expresar una

idea sobre algún tema, sea reflexionar, defender, atacar, reivindicar.

- 3.- **PARA QUE NOS RECUERDEN**. Muchos tienen en mente esa frase que dice: "Escribir un libro es enviarle una carta al mundo". Podríamos decir que es una forma de vencer a la muerte, si nos ponemos sentimentales. Pero es cierto: nos da cierto permiso de trascendencia.

- 4.- **PARA PENSAR MEJOR**. "Quien escribe bien, piensa bien". Es una manera interesante de ordenar nuestras ideas.

- 5.- **PARA REDUCIR LA ANSIEDAD**. El discurrir con las palabras nos hace sacar para afuera todo lo que sentimos, y nos permite relajarnos.

6.- **PARA CUMPLIR EL SUEÑO DE “SER ESCRITOR”.** Para muchos, la figura de “un artista de las letras” se termina de plasmar cuando ven su nombre impreso en la tapa de un libro.

7.- **PARA DIVERTIRNOS.** Acaso la mejor de las razones. Nada que explicar. Puro placer. ¿Cuál es tu motivación? ¿Por qué escribís? ¿Sabés por qué lo hacés? Muchas veces ni siquiera entendemos a ciencia cierta qué nos hace tipear palabras, tachar, corregir, volver a escribir, una y mil veces. No entendemos claramente por qué nos atrae dedicar tantas horas y tanta energía a borrar y escribir. Pero lo importante será canalizar esa pasión y sentirnos satisfechos con el pequeño (gran) deseo cumplido de ver nuestra historia escrita, y si se puede, editada y compartida.

4.- Decálogo del perfecto cuentista

El *Decálogo del perfecto cuentista* es un ensayo del escritor uruguayo **Horacio Quiroga**, publicado por primera vez en la revista bonaerense **Babel**, en julio de 1927.

- 1.- Cree en un maestro — Poe, Maupassant, Kipling, Chejov— como en Dios mismo.
- 2.- Cree que su arte es una cima inaccesible. No sueñes en domarla. Cuando puedas hacerlo, lo conseguirás sin saberlo tú mismo.
- 3.- Resiste cuanto puedas a la imitación, pero imita si el influjo es demasiado fuerte. Más que ninguna otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia.
- 4.- Ten fe ciega no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo desees. Ama a tu arte como a tu novia, dándole todo tu corazón.
- 5.- No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas.
- 6.- Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia: "Desde el río soplaba el viento frío", no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarla. Una vez dueño de tus palabras, no te preocupes de observar si son entre sí consonantes o asonantes.
- 7.- No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.
- 8.- Toma a tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea.
- 9.- No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir, y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino.
- 10.- No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento.

Horacio Quiroga *Decálogo del perfecto cuentista* (1927)

5.- Día del Libro: 23 de abril

Tres gigantes de las letras fallecieron en fechas cercanas, uniendo sus legados en una celebración global. La UNESCO eligió este día para honrar su impacto en la cultura y la educación

Cada 23 de abril, el mundo celebra el **Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor**, una fecha instituida por la **UNESCO** en 1995 para homenajear a los libros, los lectores y los autores.

La jornada busca resaltar el poder de la palabra escrita como herramienta de conocimiento, memoria e imaginación, y subraya el valor del libro como símbolo de transmisión cultural, de defensa de la diversidad lingüística y de acceso a la educación.

La elección del **23 de abril** no es arbitraria. Ese día en 1616 murieron tres figuras fundamentales de la literatura universal: **Miguel de Cervantes**, **William Shakespeare** y el **Inca Garcilaso de la Vega**.

Aunque las fechas reales de sus muertes no coinciden exactamente (Cervantes murió el 22 y fue enterrado el 23, Shakespeare murió según el calendario juliano, que difería del gregoriano), la coincidencia simbólica resultó decisiva para la **UNESCO**, que decidió consagrar ese día como una jornada de celebración global.

La fecha también coincide con el nacimiento o fallecimiento de otros grandes autores, como **Vladimir Nabokov**, **Manuel Mejía Vallejo**, lo que refuerza su significación como jornada dedicada a la literatura. Desde su instauración, cientos de países adoptaron esta conmemoración.

Miguel de Cervantes Saavedra murió el **22 de abril de 1616** en Madrid. Fue sepultado al día siguiente en el convento de las Trinitarias, pero su tumba se perdió durante siglos. **El 23 de abril es considerada su fecha simbólica de fallecimiento**, y en ella descansa uno de los fundamentos de esta celebración literaria.

William Shakespeare nació el **23 de abril de 1564** en **Stratford-Upon-Avon**. Murió el **23 de abril de 1616** en su ciudad natal, a los 52 años.

El Inca Garcilaso de la Vega, murió en **Córdoba, España**, el **23 de abril de 1616**, la misma fecha que Cervantes y Shakespeare. Su legado representa el intento más logrado de fusionar dos mundos, dos lenguas y dos formas de ver la historia: la indígena y la europea.



Cada **4 de octubre** se conmemora el **Día Mundial de los Animales** y la fecha tiene su origen en el día de **San Francisco de Asís**, considerado el santo patrón y defensor de los animales.

Este santo, nacido en **1182** en Italia, dejó como enseñanza a la humanidad que los seres humanos deben comprender cuál es su lugar en la Tierra, y que su bienestar está integrado al **bienestar de todos los animales y el medio ambiente**.

A su vez, el **Día Mundial de los Animales** fue establecido por la Organización Mundial de Protección Animal en una propuesta presentada en el año **1929**, en un congreso celebrado en **Viena**. El objetivo principal era generar una solución al problema de las **especies en peligro de extinción**.

En tanto, en **1978** se proclamó la Declaración Universal de Derechos del Animal, aprobada por la ONU, establece que todo animal posee derechos y cuáles son las especies en extinción en el mundo en 2025

De acuerdo a la información provista por *National Geographic*, en el planeta existen más de 7,7 millones de especies de animales y **más del 20% está en peligro de extinción**

- Ajolote
- Mandril
- Osos polares
- Mono dorado de nariz chata
- Lémures

Cuáles son las especies prioritarias en la Argentina

egún los registros que maneja la Fundación Vida Silvestre, en nuestro país existen distintas especies que corren peligro y es necesario tenerlas en cuenta para su preservación en el ecosistema natural.

Las siguientes son las **especies prioritarias en el país**:

- **Oso hormiguero**: fue declarado Monumento Natural en las Provincias de Misiones y Chaco, y su estado de conservación es vulnerable.
- **Yaguareté**: es considerada una especie “paraguas”, ya que su conservación protege indirectamente el ecosistema que habita.
- **Venado de las Pampas**: hoy está categorizado a nivel nacional como “en peligro” con una población total estimada en menos de 2500 individuos.
- **Delfín franciscana**: en nuestro país, un poco más de 13.000 individuos habitan las costas de la Provincia de Buenos Aires. Actualmente, se encuentra vulnerable y su principal amenaza es la pesca incidental.
- **Merluza común**: es la protagonista por excelencia del mar argentino, tanto por su abundancia como por su nivel de consumo en el país, pero también porque es la especie comercial de mayor volumen de captura y una de las que más sufre la pesca incidental y el descarte.
- **Escalandrún**: es uno de los representantes por excelencia de nuestras costas, en la actualidad se encuentra en peligro crítico de extinción, y su principal amenaza es la pesca deportiva con sacrificio.

Francisco de Asís (en italiano: **Francesco d'Assisi**, apodado *il poverello d'Assisi*, «el pobrecillo de Asís»; Asís, 1181/1182 -Asís, 3 de octubre de 1226), de nombre secular **Giovanni di Pietro di Bernardone**, fue un santo umbro (Umbría), diácono, también conocido como «El Padre Francisco» y



fundador de la Orden Franciscana, de una segunda orden conocida como Hermanas Clarisas y una tercera conocidas como Tercera Orden Regular y Tercera Orden Seglar, todas surgidas bajo la autoridad de la Iglesia católica en la Edad Media. Destaca como una de las grandes figuras de la espiritualidad en la historia de la cristiandad.

Pasó de ser hijo de un rico comerciante de Asís a vivir en la más estricta pobreza y observancia de los Evangelios. En Egipto intentó infructuosamente la conversión de los musulmanes al cristianismo. Su vida religiosa fue austera y simple, por lo que animaba a sus seguidores a hacerlo de igual manera. Tal forma de vivir no fue aceptada por algunos de los nuevos miembros de la orden mientras esta crecía; aun así, Francisco no fue reticente a una reorganización. Es el primer caso conocido en la historia de estigmatizaciones visibles y externas. Fue canonizado por la Iglesia católica en 1228, y su festividad se celebra el 4 de octubre. Sus fiestas se asocian con el fin de la estación lluviosa, un fenómeno denominado «cordonazo de San Francisco».

La Cruz de San Damián es un famoso crucifijo medieval pintado, originario de Asís, Italia, que simboliza un evento clave en la vida de San Francisco de Asís, cuando según la tradición, una voz le dijo que "reparara su iglesia" mientras oraba frente a este crucifijo. Esta cruz, que representa a un Cristo glorioso y victorioso más que sufriente, es un icono espiritual central para la familia franciscana y una imagen muy difundida en el mundo.



ORACIÓN SIMPLE DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Oh, Señor, hazme un instrumento de Tu Paz .
Donde hay odio, que lleve yo el Amor.
Donde haya ofensa, que lleve yo el Perdón.
Donde haya discordia, que lleve yo la Unión.
Donde haya duda, que lleve yo la Fe.
Donde haya error, que lleve yo la Verdad.
Donde haya desesperación, que lleve yo la Alegría.
Donde haya tinieblas, que lleve yo la Luz.

Oh, Maestro, haced que yo no busque tanto
ser consolado, sino consolar;
ser comprendido, sino comprender;
ser amado, como amar.
Porque es:
Dando , que se recibe;
Perdonando, que se es perdonado;
Muriendo, que se resucita a la Vida Eterna.



En Asís la exposición pública de los restos de San Francisco durante la cuaresma 2026

Del 22 de febrero al 22 de marzo de 2026 el cuerpo de San Francisco de Asís, con ocasión del 800 aniversario de su muerte, será trasladado de su tumba, situada en la cripta de la basílica franciscana, y depositado a los pies del altar papal en la iglesia baja. El anuncio procede del Sacro Convento en el día en que la Iglesia y el mundo celebran la fiesta del Poverello. Gracias a la aprobación del Papa León XIV.

Giovanni Zavatta - Ciudad del Vaticano

Un acontecimiento de importancia histórica: la primera exposición pública prolongada de los restos mortales de San Francisco durante todo un mes: del 22 de febrero al 22 de marzo de 2026. Con ocasión del 800 aniversario de su muerte, peregrinos de todo el mundo podrán reunirse ante el cuerpo del Poverello, visible para todos.

"Un don extraordinario, una profunda invitación a la oración y una oportunidad para ver el Evangelio de Cristo vivido en plenitud en la vida de una persona como nosotros", reza un comunicado del Sacro Convento que ha anunciado la noticia hoy, 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, fundador de la Orden Franciscana y patrón de Italia.

"Esta ostensión, enraizada en el tema evangélico de la semilla que muere para dar fruto en el amor y la fraternidad, nos invita a considerar la vida del santo que sigue dando fruto después de 800 años e inspirando a toda la humanidad en el camino de la paz, la fraternidad, el servicio a los últimos, la alegría y el cuidado de la creación".

Un camino accesible a todos

El octavo centenario de la muerte de San Francisco, por tanto, como tiempo de recuerdo y renovación, como celebración de la vida "que florece del don y de la ofrenda de sí mismo", una semilla "sembrada en la tierra que sigue generando frutos de paz, fe y amor". San Francisco vive el lema del acontecimiento. Con este espíritu -precisa la nota- "gracias a la aprobación concedida por el Santo Padre León XIV a través de la Secretaría de Estado vaticana, tendrá lugar la exposición pública de sus restos mortales" en la Basílica de San Francisco de Asís.

El cuerpo será trasladado desde su tumba, situada en la cripta, y depositado a los pies del altar papal en la iglesia baja de la basílica. Ante la previsible gran afluencia de fieles y para garantizar a todos una experiencia íntima y significativa, se ha puesto en marcha un sistema gratuito y obligatorio de reservas en línea en la página web del Centenario (www.sanfrancescovive.org) en italiano e inglés.

La veneración del cuerpo del santo tendrá lugar a través de un recorrido accesible a todos, pensado para favorecer el encuentro personal y comunitario. En el momento de la reserva se podrán elegir dos modalidades: en grupo y acompañados por un fraile que, con una breve meditación, ayudará a captar el sentido espiritual de la experiencia; de manera individual, con un momento de oración personal y silenciosa.

Al final del camino de veneración, se celebrará un breve rito litúrgico y cada participante recibirá un obsequio de la comunidad de frailes. Se prestará especial atención a las personas con discapacidad motriz o visual, para las que se habilitarán itinerarios adecuados.

Para los peregrinos, de lunes a sábado se celebrarán dos misas internacionales en la iglesia superior de la basílica de San Francisco (a las 11 h y a las 17 h). Están previstas varias veneraciones comunitarias nocturnas organizadas para familias, religiosos, religiosas y miembros de la Orden Franciscana Seglar.

Alfonsina Storni (Capriasca, 29 de mayo de 1892-Mar del Plata, 25 de octubre de 1938) fue una poetisa y escritora argentina vinculada con el modernismo.[5]

Sus padres eran dueños de una cervecería en la ciudad de San Juan y regresaron a Suiza, su país de origen, en 1891. En 1896 volvieron a Argentina junto con Alfonsina, quien había nacido en aquel país. En San Juan concurrió al jardín de infantes y allí transcurrió la primera parte de su niñez. A principios del siglo XX la familia se mudó a la ciudad de Rosario (provincia de Santa Fe), donde su madre fundó una escuela domiciliaria y su padre instaló un café cerca de la estación de ferrocarril Rosario Central. Alfonsina se desempeñó como camarera en el negocio familiar; pero, dado que este trabajo no le gustaba, se independizó y consiguió empleo como actriz. Más tarde recorrería varias provincias en una gira teatral.

Storni ejerció como maestra en diferentes centros educativos y escribió sus poesías y algunas obras de teatro durante este período. Su prosa es feminista y, según la crítica, posee una originalidad que cambió el sentido de las letras de Latinoamérica.

Le diagnosticaron cáncer de mama, del cual fue operada. A pedido de un medio periodístico Storni se realizó un estudio de quirología, cuyo diagnóstico no fue acertado. Esto la deprimió aún más y le provocó un cambio radical en el carácter que la llevó a descartar los tratamientos médicos para combatir la enfermedad.

Se suicidó en la ciudad de Mar del Plata arrojándose de la escollera del Club Argentino de Mujeres. Alfonsina consideraba que el suicidio era una elección concedida por el libre albedrío y así lo había expresado en un poema dedicado a su amigo y amante, el escritor Horacio Quiroga, quien también se había suicidado. Hay versiones románticas que dicen que se internó lentamente en el mar y sirvieron como inspiración para componer la zamba Alfonsina y el mar, la cual relata el suceso y sugiere el motivo. Su cuerpo fue velado inicialmente en Mar del Plata y finalmente en Buenos Aires. Sus restos se encuentran enterrados en el cementerio de la Chacarita.

Alfonsina aprendió a hablar en italiano, y en 1896 regresó a San Juan, de donde son sus primeros recuerdos.

“Estoy en San Juan, tengo cuatro años; me veo colorada, redonda, chatilla y fea. Sentada en el umbral de mi casa, muevo los labios como leyendo un libro que tengo en la mano y espío con el rabo del ojo el efecto que causo en el transeúnte. Unos primos me avergüenzan gritándome que tengo el libro al revés y corro a llorar detrás de la puerta”]

Su madre la anotó en el jardín de infantes, donde se la recuerda como una chica curiosa y que hacía muchas preguntas, imaginaba mucho y mentía. Su madre tenía dificultades para enseñarle a decir la verdad. Inventaba incendios, robos, crímenes que nunca aparecían en los policiales de los periódicos, metía a su familia en líos y en una oportunidad invitó a sus docentes a pasar las vacaciones en una quinta imaginaria en la periferia de la ciudad.

“A los doce años escribo mi primer verso. Es de noche; mis familiares ausentes. Hablo en él de cementerios, de mi muerte. Lo doblo cuidadosamente y lo dejo debajo del velador, para que mi madre lo lea antes de acostarse. El resultado es esencialmente doloroso; a la mañana siguiente, tras una contestación mía levantisca, unos coscorrónes frenéticos pretenden enseñarme que la vida es dulce. Desde entonces, los bolsillos de mis delantales, los corpiños de mis enaguas, están llenos de papeluchos borroneados que se me van muriendo como migas de pan”

Las tareas domésticas no le dejaban tomarse un descanso, ya que tenía que ayudar con la costura a su madre hasta la madrugada y con las tareas escolares a su hermanito.

El trabajo hogareño no la conformaba, ya que no le rendía económicamente y conllevaba largas horas de encierro. Para cambiar su situación, buscó trabajo en forma independiente: lo encontró en una fábrica de gorras y, posteriormente, se la vio entregando volantes en algún festejo del Día de los Trabajadores.

En 1909 dejó el hogar materno para terminar sus estudios en Coronda. En esa localidad se dictaba la carrera de maestro rural, en la Escuela Normal Mixta de Maestros Rurales. En el registro de inscripciones aparece la leyenda «Alfonsina Storni, 17 años, suiza». Fue aceptada por su entusiasmo, aunque no tenía certificado de estudios primarios y tampoco aprobó el examen de ingreso, pero la escuela recién abría y necesitaba alumnos. Además, la nombraron celadora a cambio de un sueldo de cuarenta pesos. La pensión donde se alojaba le costaba veinticinco pesos, lo que la obligaba a mantenerse con los quince pesos restantes.

En 1911 se trasladó a Buenos Aires, llevando consigo sus pocas pertenencias. Arribó a la estación del ferrocarril del Norte (actualmente Retiro) y se hospedó en una pensión hasta el año siguiente. El 21 de abril de 1912 nació su hijo Alejandro, sin padre conocido.] El parto se llevó a cabo en el hospital San Roque (hoy Hospital Ramos Mejía). Más tarde madre e hijo se debieron mudar a una casa compartida con un matrimonio.

Descansó unos meses y en 1913 consiguió trabajo de cajera en una farmacia y posteriormente en la tienda A la Ciudad de México. Realizó algunas colaboraciones en la revista Caras y Caretas, se supone que mediante recomendación. La remuneración era de veinticinco pesos. Además, leía todos los avisos que ofrecían empleos hasta que encontró una solicitud de «corresponsal psicológico» que contara con redacción propia. Cuando se presentó a la entrevista laboral, era la única mujer entre cien postulantes y tuvo que insistir firmemente para que le permitieran ser evaluada. El examen consistió en la redacción de una carta comercial y dos avisos publicitarios, uno de yerba mate y otro de aceite de la firma. Al cabo de unos días le notificaron que era la elegida. Por ser mujer, su sueldo fue de doscientos pesos, cuando al anterior empleado le pagaban cuatrocientos.

Eran épocas de crisis, en las que la poesía no alcanzaba para vivir. Para complementar sus actividades, Storni escribía gratis para el periódico La Acción —de tendencia socialista— y en la revista Proteo —de tendencia latinoamericanista—. Buscó un trabajo más rentable y consiguió ser directora en el colegio Marcos Paz, en la calle Remedios de Escalada y Argerich. La escuela, perteneciente a la Asociación Protectora de Hijos de Policías y Bomberos, funcionaba en una casa rodeada de un gran jardín, y además tenía una biblioteca con más de dos mil libros que le permitió completar sus lecturas.

Hacia la una de la madrugada del martes 25 de octubre de 1938, Alfonsina Storni abandonó su habitación y se dirigió a la playa La Perla. Esa noche su hijo Alejandro no pudo dormir; a la mañana siguiente, lo llamó la dueña del hotel para informarle que le habían reportado del hotel que su madre estaba cansada pero bien.

Esa mañana, la mucama Celinda había golpeado la puerta del dormitorio para darle el desayuno y no obtuvo respuesta y pensó que era mejor dejarla descansar y fue lo que le comunicó a la dueña. Pero cuando dos obreros descubrieron el cadáver en la playa, se difundió la noticia; su hijo se enteró por radio y el cuidador del hotel, José Porto, se lo confirmó vía

telefónica. Hay dos versiones sobre el suicidio de Alfonsina Storni: una de tintes románticos, que dice que se internó lentamente en el mar, y otra, la más apoyada por los investigadores y biógrafos, que afirma que se arrojó a las aguas desde una escollera.



Louisa May Alcott se inspiró en sus recuerdos de infancia y en miembros de su familia, basando a Meg de *Mujercitas* en su hermana mayor, Anna (una actriz que conoció a su propio "John Brooke", John Bridge Pratt, actuando junto a él en una producción teatral local). La tercera hermana de Alcott, la dulce Lizzie (Elizabeth), contrajo escarlatina de una familia pobre a la que ayudaba y murió dos años después, debilitada a pesar de su recuperación, como su contraparte ficticia, Beth March. Tenía solo 22 años. La más joven, May (Abigail), era una artista ambiciosa como Amy. Y la propia Alcott era una marimacha, escritora, una mujer independiente, como Jo March. Pero fue Alcott, no su padre, quien fue a la Guerra Civil; se alistó como enfermera, pero lamentablemente, contrajo fiebre tifoidea durante su servicio y estuvo plagada de problemas de salud (atribuidos durante mucho tiempo al compuesto de mercurio utilizado para tratar su enfermedad, pero en años más recientes, se especuló que se debían a la enfermedad autoinmune lupus) por el resto de su vida.

Cuando el editor Thomas Niles le pidió que escribiera un libro para niñas, accedió y escribió en su diario: «Marmee, Anna y May aprueban mi plan. Así que sigo adelante, aunque no disfruto de este tipo de cosas. Nunca me gustaron las chicas ni conocí a muchas, excepto a mis hermanas; pero nuestras peculiares obras y experiencias podrían resultar interesantes, aunque lo dudo».

De hecho, Louisa May Alcott escribió la primera mitad (402 páginas) ¡en menos de seis semanas!

Es revelador que la mujer que dijo famosamente: “Prefiero ser una solterona libre y remar en mi propia canoa” escribió en su diario: “Las niñas escriben para preguntar con quién se casarán las mujercitas, como si ese fuera el único fin y objetivo de la vida de una mujer...”

Su padre, Bronson Alcott, fundó una sociedad abolicionista en 1850, y su hogar de infancia, The Wayside Residence en Concord, Massachusetts, fue una parada para los esclavos fugitivos del Ferrocarril Subterráneo. Sobre su servicio como enfermera durante la Guerra de Secesión, Alcott escribió: «Mi mayor orgullo es haber vivido para conocer a los valientes hombres y mujeres que tanto hicieron por la causa, y haber tenido una participación muy pequeña en la guerra que puso fin a una gran injusticia».

Fue la primera mujer en registrarse para votar en Concord, cuando a las mujeres se les otorgó el sufragio escolar, fiscal y de bonos en Massachusetts, en 1879. En 1881, le escribió a Thomas Niles: «Recuerdo cuando la lucha contra la esclavitud estaba en el mismo estado que el sufragio ahora, y me enorgullezco más de la pequeña ayuda que los Alcott pudimos brindar que de todos los libros que escribí...».

Largometraje: 1917

Esta película muda británica, con la ex Gaiety Girl Ruby Miller como Jo, es la primera adaptación de *Mujercitas* a la gran pantalla. Se considera perdida.

Largometraje: 1918

Filmada en la casa de Alcott y sus alrededores en Concord, Massachusetts (también mostró la casa de Ralph Waldo Emerson), esta película muda estadounidense fue protagonizada por Dorothy Bernard como Jo.

Largometraje: 1933

La primera película sonora de *Mujercitas*, protagonizada por Katherine Hepburn y dirigida por George Cukor, fue enormemente popular entre la crítica y la taquilla. Una película verdaderamente propia de su momento —la Gran Depresión—, conectó con el público por su retrato de la sencillez, la frugalidad y la resiliencia del espíritu.

Para crear uno de los vestidos de Jo, Katherine Hepburn encargó a la diseñadora de vestuario que copiara un vestido que llevaba su abuela en una foto de ferrotipo.

- La actriz Joan Bennet, quien interpretó a Amy de 12 años a los 23, ¡estaba embarazada cuando aceptó el papel! Se lo ocultó a la mayoría de los productores.

Largometraje: 1949

En glorioso Technicolor, esta adaptación cinematográfica inmensamente popular estaba repleta de estrellas brillantes. (¡Gracias, sistema de estudios!) June Allyson, ya una estrella legítima cuando asumió el papel de Jo March, saltó a la fama como un tipo de "chica de al lado" en una serie de películas de MGM, mientras que Janet Leigh, quizás más famosa hoy en día por su papel como la condenada que se ducha en *Psicosis*, fue Meg March de *Mujercitas*. Margaret O'Brien, quien comenzó su carrera como actriz infantil y era conocida como la mejor llorona en el estudio de MGM, una habilidad que puso en práctica al protagonizar junto a Judy Garland en *Meet Me in St. Louis*, fue Beth March; y Elizabeth Taylor, entre su actuación revelación en *National Velvet* y su primer papel maduro en *A Place in the Sun*, lució una peluca rubia como Amy March en su último papel adolescente.

En la película, Beth lleva consigo una cesta que en realidad es la misma que llevaba Dorothy en *El mago de Oz*.

- June Allyson, quien interpreta a Jo, de 15 años y 31, estaba embarazada durante el rodaje y era solo 11 años menor que Mary Astor, quien interpretó a Marmee.

Largometraje: 1994

Nominada a tres Premios de la Academia, dirigida por una mujer y con un elenco de actrices de renombre, *Mujercitas* (1994) fue protagonizada por Winona Ryder como Jo March, Kirsten Dunst como la joven Amy y Samantha Mathis como la adulta Amy, Trini Alvarado como Meg, Claire Danes como Beth y Susan Sarandon como Marmee. Y esas son solo las mujeres: ¡Christian Bale como Laurie y Gabriel Byrne como el profesor Bhaer! Aclamada por su atemporalidad, calidez e interpretaciones, se considera una rival para la versión de 1933 como la mejor adaptación cinematográfica.

Largometraje: 2019

Este reinicio de Greta Gerwig trae el poder de las estrellas a Concord, Massachusetts, y directo a tus corazones, con un elenco que enganchará a todos, desde la Gran Generación hasta la Generación Z: nadie menos que Meryl Streep interpreta a la tía March; Saoirse Ronan es Jo; Emma Watson es Meg; Florence Pugh es Amy; y Eliza Scanlon es Beth. ¡Y Timothée Chalamet es Laurie!

Emma Stone fue originalmente planeada para el papel de Meg, pero tuvo que retirarse para filmar *La Favorita*.

- Greta Gerwig dirigió la película y escribió el guion.

Televisión: 1939-1970

1939. Esta primera versión televisiva de *Mujercitas* para NBC-TV se basó en la obra de Broadway de 1912 escrita por Marian de Forest. Se considera perdida.

1946. El libro fue adaptado de nuevo para la televisión estadounidense, con Margaret Hayes como Jo, y dirigido por Ernest Colling. También se considera perdido.

1949. Esta producción de la CBS, ahora perdida, "Ford Theatre Hour", fue protagonizada por Meg Mundy como Jo. Una joven June Lockhart (*Perdidos en el espacio*) interpretó a Amy.

1950. Esta adaptación en dos partes de "Studio One Hollywood" de Westinghouse de 1950 está protagonizada por Nancy Marchand (¡Livia, la madre de Tony Soprano!) como Jo March. La

primera parte se tituló "Mujercitas: La historia de Meg" y la segunda, "Mujercitas: La historia de Jo", está disponible en Amazon con un título erróneo, que la presenta erróneamente como una versión restaurada de la película de 1918.

1950 La primera *Mujercitas* de la BBC fue una adaptación televisiva de una obra basada en el libro de Alcott escrita por Winifred Oughton y Brenda R. Thompson, que se emitió en seis episodios titulados entre diciembre de 1950 y enero de 1951.

1958 Una versión musical televisada de *Mujercitas* para CBS-TV llegó a la pantalla a través de una serie de luminarias de Broadway de mediados de siglo, incluyendo a Richard Adler (*The Pajama Game* , *Damn Yankees*) haciendo música y letras. Florence Henderson (*The Brady Bunch*) interpretó a Meg March, y Margaret O'Brien repitió su papel de Beth del largometraje de 1949. Sin embargo, la producción fue considerada un fracaso, comprimiendo la historia a una hora y, extrañamente, omitiendo la muerte de Beth. Las reacciones de los fanáticos variaron de perplejos a enojados, y un espectador le dijo a la agencia de publicidad que producía la película: "¡Vamos a dejar que Beth viva y mate a Dick Adler!" Aún así, la banda sonora recibió elogios de la crítica y la grabación del elenco todavía está disponible.

1958 Una presentación de seis episodios de *Mujercitas* por la BBC.

La serie de televisión de nueve episodios de la BBC, *Mujercitas* , de **1970**, recibió malas calificaciones por su bajo presupuesto, su insulsez y su elenco con actrices demasiado mayores para sus papeles, con pelucas horribles y con dificultades para manejar su acento estadounidense. Heidi Thomas, guionista de la próxima *Mujercitas* en MASTERPIECE, recuerda haber visto la serie con ocho años y haberse horrorizado al ver a Amy caer en un pequeño estanque ornamental en lugar de estrellarse en un lago congelado.



Borges y Cortázar

“Hacia mil novecientos cuarenta y tantos, yo era secretario de redacción de una revista Literaria, más o menos secreta. Una tarde, una tarde como las otras, un muchacho muy alto, cuyos rasgos no puedo recobrar, me trajo un cuento manuscrito. Le dije que volviera a los diez días y que le dada mi parecer. Volvió a la semana. Le dije que su cuento me gustaba y que ya había sido entregado a la imprenta. Poco después, Julio Cortázar leyó en letras de molde "Casa tomada" con dos ilustraciones a lápiz de Norah Borges.

Pasaron los años y me confió una noche, en París, que ésa había sido su primera publicación. Me honra haber sido su instrumento. El tema de aquel cuento es la ocupación gradual de una casa por una invisible presencia. En ulteriores piezas Julio Cortázar lo retomaría de un modo más indirecto y por ende más eficaz.

Cuando Dante Gabriel Rossetti leyó la novela *Cumbres borrascosas* le escribió a un amigo:

"La acción transcurre en el infierno, pero los lugares, no sé por qué, tienen nombres ingleses".

Algo análogo pasa con la obra de Cortázar. Los personajes de la fábula son deliberadamente triviales. Los rige una rutina de casuales amores y de casuales discordias. Se mueven entre cosas triviales: marcas de cigarrillo, vidrieras, mostradores, whisky, farmacias, aeropuertos y andenes. Se resignan a los periódicos y a la radio. La topografía corresponde a Buenos Aires o a París y podemos creer al principio que se trata de meras crónicas. Poco a poco sentimos que no es así.

Muy sutilmente el narrador nos ha atraído a su terrible mundo, en que la dicha es imposible. Es un mundo poroso, en el que se entretejen los seres; la conciencia de un hombre puede entrar en la de un animal o la de un animal en un hombre. También se juega con la materia de la que estamos hechos, el tiempo. En algunos relatos fluyen y se confunden dos series temporales. El estilo no parece cuidado, pero cada palabra ha sido elegida. Nadie puede contar el argumento de un texto de Cortázar; cada texto consta de determinadas palabras en un determinado orden. Si tratamos de resumirlo verificamos que algo precioso se ha perdido”.



Edgar Allan Poe (1809-1849)

- **Vida de tragedia y misterio:** Conocido por sus historias de terror gótico, la vida de Poe fue tan oscura como su obra. Perdió a su madre, a su esposa y a otras mujeres importantes de su vida, que murieron de tuberculosis. Su muerte es un enigma, ya que fue encontrado delirando en las calles de Baltimore, vestido con ropa que no era suya, y falleció días después sin poder explicar lo que le había sucedido.
- **Obsesiones y adicciones:** Sus adicciones al alcohol y el opio se sumaron a su vida tortuosa. La influencia de sus fantasmas personales está muy presente en sus relatos, que exploran la muerte, la locura y los lados más oscuros de la mente humana.

Virginia Woolf (1882-1941)

- **Talento y enfermedad mental:** Una figura central del modernismo literario, Woolf tuvo una vida marcada por el genio creativo y una grave inestabilidad mental. Desde su infancia sufrió abusos y perdió a sus padres y a su medio hermana, lo que desencadenó crisis nerviosas que la afectaron el resto de su vida.
- **Una muerte trágica:** Tras publicar su última novela, *Entre los actos*, la guerra y la depresión se intensificaron. En 1941, se puso el abrigo, llenó sus bolsillos con piedras y se ahogó en el río Ouse. Su marido, Leonard Woolf, encontró su cuerpo tres semanas después.

Charles Bukowski (1920-1994)

- **El poeta de los bajos fondos:** La vida de Bukowski fue tan cruda y real como su poesía. Creció en un entorno de pobreza y maltrato por parte de su padre, lo que lo llevó a una juventud de alcoholismo y a trabajos precarios y repetitivos.
- **De oficinista a escritor:** Trabajó durante años en una oficina de correos, una experiencia que plasmó en su novela *Cartero*. No publicó su primera novela hasta los 50 años. Su vida estuvo llena de excesos, pero logró canalizar su autodestructividad en una obra literaria que le valió el reconocimiento mundial.

J. D. Salinger (1919-2010)

- **El recluso de la literatura:** Después del éxito arrollador de *El guardián entre el centeno*, Salinger se alejó por completo de la vida pública. Dejó de publicar y vivió como un ermitaño en Cornish, New Hampshire, para escapar de la fama.
- **Una vida de misterios:** Las entrevistas que concedió antes de su retiro son legendarias por su hostilidad, y los rumores sobre su vida privada y las obras inéditas que guardaba en su caja fuerte intrigaron a sus seguidores durante décadas.

Emily Dickinson (1830-1886)

- **La poetisa solitaria:** Dickinson es una de las grandes figuras de la poesía estadounidense, pero en vida solo se publicaron una docena de sus casi 1800 poemas. Vivió la mayor parte de su vida como una reclusa en la casa de sus padres en Amherst, Massachusetts.
- **Un legado póstumo:** Tras su muerte, su hermana Lavinia descubrió el baúl de la ropa con miles de poemas. Su particular estilo y su exploración de temas como la muerte, la inmortalidad y la naturaleza la convirtieron en un ícono póstumo.

Mary Shelley (1797-1851)

- **Un genio precoz y una vida de pérdidas:** Hija de la feminista Mary Wollstonecraft, que murió poco después de su nacimiento, Mary Shelley tuvo una vida llena de tragedias personales. Se fugó con el poeta Percy Bysshe Shelley, y sus hijos, excepto uno, murieron durante la infancia.
- **La creación de un monstruo:** A los 18 años, durante una reunión con el poeta Lord Byron y su médico, John Polidori, concibió la idea para *Frankenstein* como respuesta a un desafío para escribir una historia de fantasmas. Esta novela la catapultó a la fama, convirtiéndose en una obra inmortal de la literatura gótica.

6.- Violeta del Carmen Parra Sandoval (San Carlos, Ñuble, **4 de octubre de 1917**-La Reina, Santiago, 5 de febrero de 1967) fue una artista, música, compositora y cantante chilena, reconocida como una de las principales folcloristas en América del Sur y divulgadora de la música popular de su país. Fue miembro de la célebre familia Parra.

Su contribución al quehacer artístico chileno se considera de gran valor y trascendencia. Su trabajo sirvió de inspiración a varios artistas posteriores, quienes continuaron con su tarea de rescate de la música del campo chileno y las manifestaciones constituyentes del folclore de Chile y América Latina. Sus canciones han sido versionadas por diversos artistas, tanto chilenos como extranjeros. En conmemoración de su natalicio, el 4 de octubre se celebra el «Día de la música y de los músicos chilenos». Su recorrido creativo logró, en menos de cuatro décadas, un alto nivel de reconocimiento como expresión auténtica de identidad nacional, con plena fuerza artística y sociocultural.

Según **Margot Loyola**, Violeta Parra le habría dicho: «*Uno, comadre, tiene que decidir el momento de su muerte [... Yo] decidiré el momento en que quiero morir*».

Después de al menos tres intentos fallidos —en 1966 y 1967 había ingerido barbitúricos e intentado cortarse las venas—, se suicidó de un disparo en la cabeza a los 49 años en su carpa de La Reina a las 17:40 del 5 de febrero de 1967.

En su última carta, dirigida a su hermano Nicanor, escribió, entre otras cosas: «*Yo no me suicido por amor. Lo hago por el orgullo que rebalsa [sic] a los mediocres*».¹

Cuando se enteró de su muerte, **Pablo Neruda** expresó: «*De cantar a lo humano y a lo divino, voluntariosa hiciste tu silencio, sin otra enfermedad que la tristeza*».¹

Una capilla ardiente se levantó en su carpa^[42] y su funeral se llevó a cabo dos días más tarde, cuando fue enterrada en un nicho de la galería 31 del Cementerio General de Santiago.^[34] Posteriormente, sus restos fueron trasladados cerca del Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político en el mismo cementerio, y en 2018 se construyó una plazoleta alrededor de su sepultura.¹ Casa NatalTumba en Santiago de Chile.



7. Horacio Quiroga (1878-1937) fue un célebre escritor uruguayo, considerado un maestro del cuento latinoamericano, conocido por su prosa naturalista, modernista y la influencia del ambiente salvaje de la selva en su obra. Su vida estuvo marcada por la tragedia, incluyendo la muerte accidental de su padre, el suicidio de su primera esposa y el suicidio de su hija mayor, así como la muerte de un amigo a quien él mismo disparó. Sus obras más famosas incluyen *Cuentos de amor de locura y de muerte* y *Cuentos de la selva*, y se suicidó en 1937 al serle diagnosticado cáncer.

Primeros años y vida personal

- **Nacimiento y familia:**

Nació en Salto, Uruguay, el 31 de diciembre de 1878. Su vida estuvo marcada por la tragedia desde joven: su padre murió en un accidente de caza cuando él tenía solo dos meses.

- **Influencia de la literatura:**

Descubrió a Edgar Allan Poe, cuya influencia fue decisiva en su estilo literario.

Carrera literaria

- **Modernismo y vida en la selva:**

Su obra se sitúa entre el modernismo y las vanguardias. Tras viajar a Europa y vivir en la selva de Misiones, Argentina, la naturaleza salvaje se convirtió en un tema central de sus cuentos.

☐ ☐ **Obras destacadas:**

Publicó obras maestras como *Anaconda* (1921), *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917) y *Cuentos de la selva* (1918).

☐ ☐ **El Decálogo del perfecto cuentista:**

Escribió un conjunto de consejos para escritores, que se convertiría en un referente para el género.

Tragedias y suicidio

Suicidios familiares:

Su primera esposa, María Cirés, se suicidó en 1915, y su hija Eglé también se quitó la vida en 1935.

Últimos años:

Diagnosticado con cáncer, se suicidó en 1937 en Buenos Aires, tomando una sobredosis de cianuro, como un acto de despedida de su vida, marcada por la desgracia y la enfermedad.



Octavio Paz nació el 31 de marzo de 1914, durante la dictadura militar de Victoriano Huerta y la Revolución mexicana. Apenas unos meses después, al unirse su padre, Octavio Paz Solórzano, al ejército zapatista junto con Antonio Díaz Soto y Gama, su madre, Josefina Lozano, lo llevó a vivir a la casa del abuelo paterno, Ireneo Paz, en Mixcoac, entonces un poblado cercano a la Ciudad de México. Ahí radicaron hasta que Octavio Paz Solórzano tuvo que asilarse en Los Ángeles con la representación de Emiliano Zapata ante los Estados Unidos, cargo que mantuvo hasta el año del asesinato de Zapata (1919).

En ese tiempo lo cuidaron su madre Josefina Lozano, su tía Amalia Paz Solórzano y su abuelo paterno, Ireneo Paz (1836-1924), un soldado retirado de las fuerzas de Porfirio Díaz, intelectual liberal y novelista. Su padre, Octavio Paz Solórzano (1883-1935), el menor de siete hermanos, trabajó como escribano y abogado para Emiliano Zapata; estuvo involucrado en la reforma agraria que siguió a la Revolución, fue diputado y colaboró activamente en el movimiento vasconcelista. Todas estas actividades provocaron que el padre se ausentara de casa durante largos periodos.

Vida de estudiante

Su educación se inició en los Estados Unidos, en donde su padre Paz Solórzano, llegó en octubre de 1916 como representante de Zapata.

La estancia en los Estados Unidos, de casi dos años, significó para Octavio Paz el enfrentamiento con la imposibilidad de comunicarse; según recuerda Paz, en Los Ángeles sus padres lo llevaron a un colegio, «y como no hablaba ni una sola palabra de inglés me costó mucho trabajo comunicarme con mis compañeros. El primer día hubo burlas y, claro, una pelea. Regresé a casa con el traje desgarrado, un ojo semicerrado y la boca rota. A los dos años volví a México y sufrí lo mismo entre mis compatriotas: otra vez burlas y puñetazos».

En 1929 José Vasconcelos se lanza a la aventura de buscar la presidencia, apoyado por aspiraciones legítimas de un sector social identificado con la autonomía universitaria. Arrebatado por la huelga estudiantil, Octavio Paz, pese a no haber participado en el movimiento vasconcelista, comulgó con el ideal que lo guiaba, ya que se vio envuelto «en la gran fe vasconcelista, en ese fervor que posteriormente produjo muchas cosas y, entre ellas, una organización de estudiantes pro obrero y campesino de la que a su vez surgieron muchas personas que con los años se convirtieron al marxismo o al sinarquismo».

Octavio Paz se adhirió al anarquismo sostenido por José Bosch, un joven catalán a quien conocería entonces y que lo introduciría al «pensamiento libertario». Momento también de elecciones, Paz se enfrentaría a la que sería la disyuntiva de su generación: política o violencia, «de ahí la predisposición de algunos a las soluciones extremas: las tendencias al fascismo o al marxismo. Yo me identifiqué con la gente de izquierda».

Asumiendo esta elección, y siendo consecuente con ella, es como a los quince años Octavio Paz se convierte en activista de la fugaz Unión de Estudiantes Pro Obreros y Campesinos.

Primeras experiencias literarias

Deslumbrado por la lectura de *The Waste Land* de **T. S. Eliot**, traducido por Enrique Munguía como *El páramo*, y publicado en la revista *Contemporáneos* en 1930. Por eso, aunque mantuviese en sus actividades un prioritario interés en la poesía, atendía desde la prosa un panorama inevitable: "Literalmente, esta práctica dual fue para mí un juego de reflejos entre poesía y prosa".

Preocupado por confirmarse la existencia de vínculos entre la moral y la poesía, escribió en 1931, a los dieciséis años, el que sería su primer artículo publicado, *Ética del artista*, donde, antes de plantearse la pregunta sobre el deber del artista entre lo que denomina arte de tesis o arte puro, descalifica al segundo en razón de la enseñanza de la tradición. Asimilando un lenguaje que recuerda al estilo religioso y, paradójicamente, marxista, encuentra el verdadero valor del arte en su intención, en su sentido, por lo que, los seguidores del arte puro, al carecer de él, se

encuentran en una posición aislada y favorecen la idea kantiana del «hombre que pierde toda relación con el mundo».

La revista *Barandal* apareció en agosto de 1931, dirigida por Rafael López Malo, Salvador Toscano, Arnulfo Martínez Lavalle y Octavio Paz, jóvenes anteceditos, excepto por Salvador Toscano, por cierta celebridad literaria debida a sus padres. Rafael López participó en la revista **Moderna** y, al igual que Miguel D. Martínez Rendón, en el movimiento de los agoristas, aunque era más comentado y conocido por los estudiantes preparatorianos, sobre todo por su poema "*La bestia de oro*". A Octavio Paz Solórzano se le conocía en este círculo como el autor ocasional de narraciones literarias aparecidas en el suplemento dominical del periódico El Universal, además de que Ireneo Paz era el nombre que le daba ya identidad a una calle de Mixcoac.

En medio de encuentros, verdaderas confrontaciones, entre representantes de la generación del Ateneo, especialmente quienes se agruparon en el Ateneo de la Juventud Mexicana, después denominado Ateneo de México, y de los Siete Sabios, sobre las ruinas de un positivismo sobreviviente en crónicas periodísticas, donde se debatían las posibilidades del materialismo histórico, el realismo socialista crecía como la única doctrina viable, a la que debían apegarse todos, o casi todos, los que simpatizaran con las promesas del comunismo. Octavio Paz, cercano a estas ideas, fundó, después de la desaparición de la revista *Barandal*, y ya estando inscrito en la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), unos *Cuadernos del Valle de México* que solo lograrían aparecer por dos números, pero que sirvió para, además de publicar algunos poemas, constatar que el grupo original no tendría la solidez para la continuación de una empresa en común.

En 1933, Octavio Paz publicó el poemario *Luna Silvestre*, editado por Miguel N. Lira, que revelaba ya cierta asimilación de temas románticos; como expresa Carlos H. Magis, «los poemas de Luna Silvestre tocan aspectos del espíritu romántico vigentes aún en la poesía moderna: el desprendimiento de la realidad puramente sensible, el misterio de la poesía, la verdad del sueño».

Los siete poemas de *Luna silvestre* no tendrían cabida en la revisión que Paz hiciera posteriormente de su obra, pero revelan a pesar de ello un rigor en la palabra mecida en la sensualidad de sí misma, seducida por la presencia inasible de la mujer, de la naturaleza. El deseo y la pasión andan por los poemas como desprendidos del silencio y de la memoria, se recrean y se recuerdan, se fijan y se desvanecen en el pronunciamiento.

En este momento, prendido a una escritura de tipo intimista, Paz tendrá oportunidad de mostrar sus poemas a Rafael Alberti, quien le señalará una contradicción entre su ideal revolucionario de la poesía y de la política. Llegado a México en 1934, Rafael Alberti representaba la encarnación del poeta de los nuevos tiempos, el advenimiento de un lenguaje socialista congruente con la poesía: su presencia fue un acontecimiento que fascinó sobre todo a los más jóvenes, teniendo en ellos a sus mejores lectores. «Abanderado con el poema *La toma del poder* de Louis Aragón», según recuerda Efraín Huerta, Alberti venía como afiliado del Partido Comunista Español para dictar una serie de conferencias, después de las cuales se reunía con los jóvenes poetas, entre ellos Octavio Paz, quien recuerda que «Una noche, todos los que lo rodeábamos le leímos nuestros poemas... Todos éramos de izquierda pero ya desde entonces sentía cierta desconfianza ante la poesía política y la literatura que después se llamó 'comprometida'. En aquella época, en 1934, Alberti escribía una poesía política —es la época de Consignas—, aquel librito en el que había afirmado que la poesía debía estar al servicio del partido comunista, una posición muy semejante a la de Louis Aragón en Francia. Y cuando yo le enseñé mis poemas a Alberti, él me dijo: 'Bueno, esto no es poesía social' (al contrario, era una poesía intimista —una palabra horrible ésta, intimista, pero eso era: intimista—), 'no es una poesía revolucionaria en el sentido político', dijo Alberti, 'pero Octavio es el único poeta revolucionario entre todos ustedes, porque es el único en el cual hay una tentativa por transformar el lenguaje'».

La confrontación con la fatalidad provoca rebeldías: Octavio Paz, recogido en sí mismo, se enfrenta a sí mismo. La calidad de sus expresiones románticas empieza a cobrar verdadero sentido y empieza a realizar una lectura más atenta de San Juan de la Cruz, de Novalis, de Rilke y de D. H. Lawrence, en quienes encuentra el mismo interés por tender puentes entre la vida y la poesía, entre la realidad y el mito: develamiento de aquel punto de intersección que llamará «comunidad». La redacción del diario íntimo que comenzará a expresar, solo conocerá la publicación hasta cuatro años después, en 1938, bajo el título de *Vigilias: diario de un soñador*, en la revista *Taller*, cuando hayan sucedido dos hechos trascendentales en su vida, su estancia en Yucatán y la guerra civil española.

A fines de 1936, Octavio Paz escribiría la primera versión del libro de poemas *Raíz del Hombre*, que fue publicada en enero del siguiente año. El libro fue saludado por dos reseñas: una crítica y aguda, de Jorge Cuesta, la otra, despiadada e intranquila, de Bernardo Ortiz de Montellano; ambas, publicadas en el número dos de la revista *Letras de México*, reflejan la visión de un grupo forjado en los ataques y la incompreensión.

II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura.

Jorge Cuesta, conocido de Paz desde 1935, le destaca una voluntad para dejarse consumir por su objeto, le reconoce en posesión de un destino y le advierte una filiación con las voces de Ramón López Velarde, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia y Pablo Neruda. *Raíz del Hombre*, en gran medida, despejará el silencio que entornara a *Luna silvestre* y a *¡No pasarán!*; en su relación con los Contemporáneos modificará la visión que había provocado su último poema – considerado por Bernardo Ortiz de Montellano como un texto que no era poesía; será también el poemario que lo dará a conocer frente a Pablo Neruda y que le permitirá en 1937 ser invitado al *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura*, celebrado en España por haber escrito el poema *¡No pasarán!*—.

Aunque Paz conocía a algunos de los Contemporáneos desde su época de *Barandal*, el libro y su recepción le valieron conocerlos a todos ellos juntos. Frente a Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta, Ortiz de Montellano, José y Celestino Gorostiza, Samuel Ramos, Octavio G. Barreda (director de *Letras de México*), Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo y el abate Mendoza, Paz fue, nuevamente cuestionado: «Me interrogaron largamente sobre la contradicción que les parecía advertir entre mis opiniones políticas y mis gustos poéticos».

Plegándose, entonces, sobre su propia angustia, Octavio Paz entendió que solo con la renuncia podría obtener. Renunciar a los estudios de Derecho, renunciar a la familia, renunciar a la ciudad: acción de desprendimiento que intentaba, o que era símil, de la instauración de una congruencia entre la política y la poética, congruencia vista, pero no sentida. Parte en 1937 hacia Mérida, Yucatán, por un periodo de cuatro meses en los que, junto con Octavio Novaro y Ricardo Cortés Tamayo, participa en la fundación de una escuela secundaria para hijos de trabajadores, en los que escribe para *El Diario del Sureste* -mismo periódico en el que un año antes colaborara Efraín Huerta-, en los que ayuda a organizar un Comité Pro-Democracia Española, en los que escribe el poema «Entre la piedra y la flor».

Hora de palpar la realidad, Octavio Paz se encuentra con una tierra entrañable y extraña, acogedor espacio que se ata por la memoria y se desvanece en el filo del descubrimiento; otra vida, otra presencia late y se respira en medio del calor: la de lo indígena, imagen que en la luz se erige como un signo para ser descifrado o comprendido, que exige una acción, como dice Octavio Paz: «De este encuentro parte, en realidad, todo intento de comprensión, todo esfuerzo por acercarse a lo que verdaderamente mueve a la Península. Aquí lo indígena no significa el caso de una cultura capaz de vivir, precaria y angustiosamente, frente a lo occidental, sino el de los rasgos perdurables y extraordinariamente vitales de una raza que tiñe e invade con su espíritu la superficial fisonomía blanca de una sociedad».

En junio de 1937, las actividades de Octavio Paz en Yucatán se vieron de pronto interrumpidas por una «carta de invitación al Congreso. La carta, me parece, la firmaban Pablo

Neruda y Rafael Alberti». Se trataba del *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura* que había de celebrarse del 4 al 17 de julio de 1937 en Madrid, Barcelona y Valencia, ciudad esta última donde se encontraba la sede del gobierno republicano presidido por Juan Negrín.

Invitado por Neruda y Alberti, asistiría también Carlos Pellicer, conocido por su catolicismo y franco antifascismo; él, al igual que Paz, eran los únicos mexicanos que no pertenecían a la LEAR aunque, a diferencia de este, no era mirado con tanta suspicacia y menos con la desaprobación de algunos grupos por su reticencia frente a la doctrina del realismo socialista; Paz viajaba así con la velada acusación de ser trotskista, sin serlo. Paz se había casado recientemente con Elena Garro con la también viajó al congreso.

El viaje de Octavio Paz a España estaba antecedido por una admiración a los poetas de la generación del 27, conocidos en México sobre todo por la *Antología poética en honor a Góngora* que dirigiera Gerardo Diego con motivo de la celebración y recuperación del poeta barroco a trescientos años de su muerte, y en la que la propuesta de Diego era la de crear objetos verbales que en su ensalmo rebasaran al verso. Junto con Carlos Pellicer, Octavio Paz llegó a París el 1 de julio de 1937. Ahí conoció a Neruda y a Vallejo, al «mito nacido del océano» y al «vagabundo de la ciudad», como les llamó. De París fueron a Barcelona y de ahí a Valencia, donde sería la inauguración.

Su padre se retiró de la política en 1928, y murió el 10 de marzo de 1935, en la colonia Santa Marta Acatitla, al ser arrollado por un tren, en un accidente ocasionado por su embriaguez.

Después de la muerte de su padre, se trasladó a España para combatir en el bando republicano en la guerra civil, y participó en la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Al regresar a México fue uno de los fundadores de *Taller* (1938) y *El Hijo Pródigo*.^[19]

En 1937 viajó a Yucatán como miembro de las misiones educativas del general Lázaro Cárdenas en una escuela para hijos de obreros y campesinos de Mérida. Ahí comenzó a escribir *Entre la piedra y la flor* (1941, revisado en 1976), poema sobre la dramática explotación del campo y el campesino yucateco. Estuvo casado con la dramaturga, escritora y poeta Elena Garro a quien conoció en la UNAM (1937-1959), con quien tuvo una hija, Laura Helena Paz Garro, se divorció en 1950. En 1959 se unió a Bona Tibertelli de Pisis, con quien convivió hasta 1965, mientras era embajador de México en la India. Al año siguiente contrajo matrimonio con la francesa Marie José Tramini, su compañera hasta el final.

En 1937, Paz fue invitado a España durante la guerra civil como miembro de la delegación mexicana al Congreso Antifascista, donde mostró su solidaridad con los republicanos, y donde conoció y trató a los poetas de la revista *Hora de España*, cuya ideología política y literaria influyó en su obra juvenil. Sin embargo, como confesó años después en la serie televisiva *Conversaciones con Octavio Paz*, ese sentimiento de solidaridad con la causa republicana se vio afectado por la represión contra los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista de Cataluña entre quienes tenía camaradas. Este prolongado proceso de desilusión lo llevaría a denunciar los campos de concentración soviéticos y los crímenes de Stalin en marzo de 1951.

En 1943 recibió la Beca Guggenheim e inició sus estudios en la Universidad de California, Berkeley en los Estados Unidos. Dos años después comenzó a servir como diplomático mexicano, y fue destinado a Francia donde permaneció hasta 1951 y donde conoció a los surrealistas, que le influyeron, y colaboró en la revista *Esprit*. Durante esa estancia, en 1950, publicó *El laberinto de la soledad*, un innovador ensayo antropológico sobre los pensamientos y la identidad mexicanos.

De enero a marzo de 1952 trabaja en la embajada mexicana en la India y después, hasta enero de 1953, en Japón. Regresa a la Ciudad de México a dirigir la oficina de Organismos Internacionales de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En 1954, Paz tuvo «una participación muy estrecha en la fundación de la *Revista Mexicana de Literatura*, influenciada «políticamente con la idea de la llamada 'tercera vía', que significaba ni con la izquierda, ni con la derecha. Esta idea venía de París, con León Blum». El primer número fue el de septiembre-octubre de 1955, y contó con el apoyo de Paz hasta que 4 años más tarde este regresó a Europa.

En 1959 regresó a París y tres años más tarde fue designado embajador en la India. En 1964 conocería a la francesa Marie-José Tramini, que se convertiría en su última esposa.

En 1968, estaba en Nueva Delhi cuando tuvo lugar la masacre de Tlatelolco como parte del Movimiento de 1968 en México el 2 de octubre. En señal de protesta contra estos lamentables sucesos, que empañaron la celebración de los Juegos Olímpicos, renunció a su cargo de embajador, dejando patentes sus diferencias con el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Fue el único que se atrevió a hacerlo. Trabajaría los próximos años enseñando en diversas universidades estadounidenses, como las de Texas, Austin, Pittsburgh, Pensilvania, Harvard.

Tres años más tarde, en octubre de 1971, ya bajo la presidencia de Luis Echeverría, «un poco con esa idea de redescubrir los valores liberales y democráticos en la sociedad mexicana», fundaría la revista *Plural*, «elegante fusión de literatura y política»,^[25] y que dirigiría hasta su desaparición en 1976 el mismo Paz. A diferencia de otros escritores e intelectuales mexicanos, Paz no tardó en retirarle su apoyo al presidente Echeverría, una vez que este demostró su escasa voluntad de aclarar las matanzas de Tlatelolco, en 1968, y en San Cosme, el llamado Jueves de Corpus, en 1971, en donde hubo una represión brutal contra una protesta estudiantil.

El 19 de abril de 1998 Octavio Paz a sus 84 años de edad, murió en la Casa de Alvarado, ubicada en la calle Francisco Sosa del barrio de Santa Catarina, Coyoacán, Ciudad de México.

Sus restos fueron velados hasta el mediodía por familiares y amigos cercanos en la sede de la Fundación Octavio Paz. Posteriormente, fueron trasladados al Palacio de Bellas Artes, donde el cortejo fúnebre fue recibido con aplausos por miles de personas congregadas en las inmediaciones del recinto. El presidente de México, Ernesto Zedillo, encabezó el homenaje oficial.

El escritor había sido trasladado por la presidencia de la República en enero de 1997, ya enfermo, luego de que un incendio destruyó su departamento (en Río Guadalquivir 109, esquina con paseo de la Reforma, a una cuadra del *Ángel de la Independencia*) y parte de su biblioteca, el domingo 22 de diciembre de 1996. Durante un tiempo, la Casa Alvarado fue sede de la Fundación Octavio Paz y ahora lo es de la Fonoteca Nacional.

Sus cenizas, junto con las de su pareja de vida, la pintora francesa Marie-José Tramini, yacen en un memorial en el Colegio de San Ildefonso.

Obras Leídas

Narrativa

Cartas y más cartas

Querido

pequeño

ser:

Quiero contarle algo placentero e inesperado que me pasó: hace tres días me acosté con el pequeño Bost. Naturalmente, fui yo quien lo propuso; el deseo era de ambos y durante el día manteníamos serias conversaciones, mientras que las noches se hacían intolerablemente pesadas. Una noche lluviosa, en una granja, estábamos tumbados de espaldas, a diez centímetros el uno del otro, y nos estuvimos observando más de una hora. Al final, me puse a reír tontamente mirándole, y él me preguntó: “¿De qué se ríe?”

Y le contesté: “Me estaba preguntando qué cara pondría si le propusiera acostarse conmigo”. Y replicó: “Yo estaba pensando que usted creía que tenía ganas de besarla y no me atrevía”.

Remoloneamos aún un cuarto de hora más antes de que se atreviera a besarme. Le sorprendió muchísimo que le dijera que siempre había sentido ternura por él, y anoche acabó por confesarme que hacía tiempo que me amaba. Le he tomado mucho cariño. Estamos pasando unos días idílicos y unas noches apasionadas. Me parece una cosa preciosa e intensa, pero es leve y tiene un lugar muy determinado en mi vida: la feliz consecuencia de una relación que siempre me había sido grata. Hasta la vista, querido pequeño ser; el sábado estaré en el andén. Tengo ganas de pasar unas interminables semanas a solas contigo. Te besa tiernamente tu Castor.

Destinatario: Su pareja sentimental, Jean-Paul Sartre. Fecha: 1937.

Contexto: La pareja tenía un pacto por el cual se permitían otras relaciones. Aquí, ella relata el inicio de su romance con Jacques-Laurent Bost, un intelectual ocho años más joven.

De Ernest Hemingway a Marlene:



Te estás poniendo tan hermosa que tendrán que sacar fotografías de tu pasaporte de 2,7 metros. ¿Qué es lo que realmente quieres hacer en tu vida? ¿Romper el corazón de todos por una moneda de diez centavos? Siempre podrías romper el mío por una de cinco centavos, y yo pondría la moneda.

La respuesta de Marlene Dietrich a Ernest.

Amado Papá, ya es hora de que te diga que pienso en ti constantemente. Leo tus cartas una y otra vez, y hablo de ti con algunos hombres selectos. He cambiado tu foto a mi alcoba y la mayoría de las veces que la

observo me siento bastante impotente. Fecha: 1947.

Contexto: El escritor y la actriz se conocieron en 1934, e iniciaron una relación que duró hasta 1950. De ella queda un conjunto de treinta cartas en las que se llaman cariñosamente “hija” y “papá”.

Homburg, 24 de mayo de 1867.

Ania, esposa mía, perdóname y no me llames canalla. He cometido un crimen: lo perdí todo; todo lo que me enviaste, todo, hasta el último kreuzer. Ayer lo recibí y ayer mismo lo perdí. Ania, ¿cómo voy a poder mirarte ahora?

¿Qué vas a decir de mí? Una sola cosa me horroriza: qué vas a decir, qué vas a pensar de mí. Solo tu opinión me asusta. ¿Podrás respetarme todavía? ¿Vas a seguir haciéndolo? ¡Qué es el amor cuando no hay respeto! El juego es lo que siempre ha perturbado nuestro matrimonio. Ah, amiga mía, no me culpes definitivamente. Odio el juego, no solamente ahora, ayer también, anteayer también lo maldije; cuando recibí ayer el dinero y cambié la letra, fui con la idea de

desquitarme aunque fuera un poco, de aumentar aunque solo fuera mínimamente nuestros recursos. Tenía tanta confianza en ganar algo... Al principio perdí muy poco, pero cuando comencé a perder de verdad, sentí deseos de resarcir lo apostado y cuando perdí aún más, ya fue forzoso seguir jugando para recuperar aunque solo fuera el dinero necesario para mi partida, pero también eso lo perdí. Ania, no te pido que te apiades de mí, preferiría que fueras imparcial, pero tengo mucho miedo a tu juicio. Por mí no tengo miedo. Al contrario: ahora, después de esta lección, de repente me he sentido perfectamente tranquilo respecto de mi futuro. De hoy en adelante voy a trabajar, voy a trabajar y voy a demostrar de qué soy capaz. Ignoro cómo se presenten las circunstancias en adelante, pero ahora Katkov no rehusará. En adelante, todo dependerá de los méritos de mi trabajo. Si es bueno, habrá dinero. Oh, si solo se tratara de mí, ni siquiera pensaría en todo esto, me reiría y me marcharía. Pero tú no dejarás de emitir tu juicio sobre lo que he hecho, y esto es lo que me preocupa y me atormenta. Ania, si sólo pudiera conservar tu amor... En nuestras circunstancias, ya de por sí difíciles, he gastado en este viaje a Homburg más de mil francos; es decir, alrededor de 350 rublos. ¡Es un crimen!

Destinataria: Su esposa, Anna Grigorievna. Fecha: 1867.

Contexto: El autor de *Crimen y castigo* fue un jugador empedernido. Su casa y las joyas de su esposa fueron embargadas para pagar sus deudas.

Cartas de Frida Kahlo a Diego Rivera

La artista mexicana Frida Kahlo encontró en las cartas una forma de canalizar su amor y sufrimiento por su esposo, el reconocido muralista Diego Rivera.

Escritas durante los altibajos de su matrimonio, reflejan la pasión, la angustia y la complejidad emocional que existía entre ambos. Las palabras de Kahlo son una ventana al mundo íntimo de una de las pintoras más influyentes del siglo XX.

Carta a Diego sin fecha

"Nada comparable a tus manos, ni nada igual al oro-verde de tus ojos. Mi cuerpo se llena de ti por días y días. Eres el espejo de la noche. La luz violeta del relámpago. La humedad de la Tierra. El hueco de tus axilas es mi refugio.

Toda mi alegría es sentir brotar la vida de tu fuente-flor que la mía guarda para llenar todos los caminos de mis nervios que son los tuyos, tus ojos, espadas verdes dentro de mi carne, ondas entre nuestras manos".

NAPOLEÓN Y JOSEPHINE

Napoleón Bonaparte, el humilde soldado de **Córcega** que llegó a ser un gran general y Emperador de Francia, se casó con **Josephine de Beauharnais** en marzo de 1796 en una sencilla ceremonia civil en el Ayto. de París.



Josephine era una viuda aristócrata seis años mayor que él y que tenía dos niños.

El matrimonio entre Napoleón y Josephine debería haber sido de conveniencia pero, algo salió mal: el novio (de 27 años) se enamoró perdidamente de su esposa.

SU HISTORIA DE AMOR

Después de la boda, solo pudieron pasar dos noches juntos, Napoleón tenía que partir al frente. Las numerosas victorias en el campo de batalla hicieron que Napoleón ganara reconocimiento y que Josephine, mientras tanto, gozara de la libertad de una vida en París llena de fiestas y grandes lujos.

Como a tantas mujeres de su tiempo, la fidelidad a su esposo no era algo que le preocupara y, aunque Napoleón empezó a sospechar de ella, no fue hasta dos años más tarde cuando la brecha que había entre ellos se hizo notoria.

Durante los trece años que duró su matrimonio, la cantidad de cartas de amor escritas entre Napoleón Bonaparte y Josephine fue grandiosa. Especialmente las que él le envió a su esposa que era mucho más ‘perezosa’ a la hora de dar noticias.

La mayor parte de esa correspondencia se ha perdido y solo se conservan cinco cartas de las enviadas por Josephine a Bonaparte y doscientas sesenta y cinco de Bonaparte a Josephine.

SU DESAMOR

Con el paso de los años la intensidad del amor de Bonaparte a su amada fue decayendo. Las mentiras de su esposa e infidelidad le hicieron sentirse autorizado a comportarse como un marido común de la época, de los que solían gozar de amantes.

El prestigio de Napoleón crecía al mismo ritmo que lo hacían sus logros y decidió seguir con su matrimonio. Un matrimonio lleno de altibajos cada vez que él conocía o se encaprichaba de alguna mujer.

Josephine, que entonces sí le era fiel, empezó a sentir los celos y el miedo a que la dejara. Solo el nacimiento de un heredero le haría estar unida ‘indisolublemente’ a él pero, ese momento no llegó nunca.

Aquel hombre que suspiraba por ella y que tanto la amaba en sus primeros años de matrimonio, ahora quería mantenerla lejos de él.

La cuestión del divorcio se hizo patente cuando Napoleón supo que una de sus amantes estaba embarazada. Garantizar la continuidad de la dinastía era necesario y había llegado a la conclusión de que un segundo matrimonio bien planeado supondría todo lo que él había deseado.

Y así fue como preparó todo. En enero de 1810, tras divorciarse de Josephine, Napoleón se comprometió con una joven princesa austríaca de tan solo 19 años. Un año más tarde nacería su tan ansiado heredero.

Josephine y Napoleón continuaron escribiéndose cartas hasta la muerte de ella en 1814 y a pesar de todo, mantuvieron una buena relación.

CARTAS DE AMOR DE NAPOLEÓN

– 30 de Marzo de 1796

«No he pasado ni un solo día sin amarte; no he pasado ni una sola noche sin estrecharte entre mis brazos; no he tomado ni una taza de té sin maldecir la gloria y la ambición que me mantienen alejado del alma de mi vida.

En medio de las reuniones, a la cabeza de mis tropas, mientras recorro los campos, sólo mi adorable Josefina está en mi corazón, ocupa mi mente, absorbe mi pensamiento.

Si me alejo de ti con la velocidad del torrente del Ródano, es para volver a verte más pronto. Si en medio de la noche me levanto para trabajar, es porque eso puede adelantar algunos días la llegada de mi dulce amiga.

Y sin embargo, en tu carta del 23 al 26 de ventoso, me tratas de vos. ¡Tú, de vos!

¡Ah!, malvada, ¡cómo has podido escribir esa carta! ¡Qué fría es! Y además, del 23 al 26 hay cuatro días; ¿qué estuviste haciendo, por qué no escribiste a tu marido?...

¡Ah!, amiga mía, ese vos y esos cuatro días me hacen añorar mi antigua indiferencia. ¡Malhadado quien quiera que sea el culpable! ¡Ojalá, por medio de la condena y del suplicio, llegue a sentir lo que la convicción y la evidencia, puestas a mi servicio, me hacen sentir a mí! ¡No hay suplicio semejante en el Infierno! ¡Ni las Furias poseen tales serpientes! ¡Vos! ¡Vos! ¡Ah! ¿Qué sucederá dentro de quince días?...

Mi alma está triste; mi corazón se siente esclavo, y mi propia imaginación me aterra... Tú me quieres menos, y eso te consolará. Un día, ya no me querrás; dímelo; al menos, sabré merecer la desdicha...

Adiós, mujer, tormento, felicidad, esperanza y alma de mi vida, a la que amo, a la que temo, que me inspira sentimientos tiernos que me atraen a la Naturaleza, y movimientos impetuosos tan volcánicos como el trueno.

No te pido ni amor eterno ni fidelidad; sólo... la verdad, una franqueza sin límites. El día en que digas «te quiero menos», será el último de mi amor o el último de mi vida.

Si mi corazón fuese lo bastante vil como para amar sin recibir nada a cambio, me lo desgarraría con los dientes.

¡Josefina, Josefina! Recuerda lo que a veces te he dicho: la Naturaleza me ha dado un alma fuerte y decidida. A ti te ha hecho de encaje y de gasa. ¿Has dejado de amarme?

Perdón, alma de mi vida, mi alma está preocupada por mil vastos planes. Mi corazón, enteramente ocupado por ti, siente temores que me hacen ser desdichado... Estoy harto de no poder decir tu nombre. Espero que me escribas.

¡Adiós! ¡Ah!, si me quieres menos, es porque nunca me has amado. Entonces seré digno de lástima.

Bonaparte

P.D.: Este año la guerra es completamente diferente. He hecho repartir carne, pan, forraje; mi caballería armada pronto estará en marcha. Mis soldados me demuestran una confianza indescriptible; sólo tú me causas pena; sólo tú, placer y tormento de mi vida. Un beso a tus hijos, de los que no me hablas. ¡Caramba! Eso alargaría tus cartas el doble. Y los visitantes no tendrían el placer de verte a las diez de la mañana. ¡¡¡Mujer!!! «

– 23 de Noviembre de 1796

«Ya no te quiero; más bien te detesto. Eres mala, torpe, boba y sucia. No me escribes, no quieres a tu marido; sabes el placer que le producen tus cartas, ¡y no le escribes ni siquiera seis líneas deprisa y corriendo!

¿Qué hacéis durante todo el día, señora? ¿Qué asunto tan importante os roba el tiempo para escribir a vuestro amante? ¿Qué afecto ahoga y deja a un lado el amor, el tierno y constante amor que le habíais prometido? ¿Quién puede ser ese nuevo amante portentoso que os absorbe cada instante, tiraniza vuestros días y os impide ocuparos de vuestro marido?

Josefina, tened cuidado: cualquier noche tiro las puertas abajo y me presento ahí.

En realidad, estoy preocupado, mi buena amiga, por no recibir noticias tuyas; escríbeme pronto cuatro hojas, repletas de esas cosas preciosas que llenan mi corazón de sentimientos y de placer.

Espero poder estrecharte pronto entre mis brazos, y te cubriré con un millón de besos ardientes como el ecuador.

Bonaparte»

Carta de Cortázar a Alejandra Pizarnik

París, 9 de septiembre de 1971



Mi querida, tu carta de julio me llega en septiembre, espero que entre tanto estás ya de regreso en tu casa. Hemos compartido hospitales, aunque por motivos diferentes; la mía es hartamente banal, un accidente de auto que estuvo a punto de. Pero vos, vos, ¿te das realmente cuenta de todo lo que me escribís? Sí, desde luego te das cuenta, y sin embargo no te acepto así, no te quiero así, yo te quiero viva, burra, y date cuenta que te estoy hablando del lenguaje mismo del cariño y la confianza —y todo eso, carajo, está del lado de la vida y no de la muerte. Quiero otra carta tuya, pronto, una carta tuya. Eso otro es también vos, lo sé, pero no es todo y además no es lo mejor de vos. Salir por esa puerta es falso en tu caso, lo siento como si se tratara de mí mismo. El poder poético es tuyo, lo sabés, lo sabemos todos los que te leemos; y ya no vivimos los tiempos en

que ese poder era el antagonista frente a la vida, y ésta el verdugo del poeta. Los verdugos, hoy, matan otra cosa que poetas, ya no queda ni siquiera ese privilegio imperial, queridísima. Yo te reclamo, no humildad, no obsecuencia, sino enlace con esto que nos envuelve a todos, llámale la luz o César Vallejo o el cine japonés: un pulso sobre la tierra, alegre o triste, pero no un silencio de renuncia voluntaria. Sólo te acepto viva, sólo te quiero Alejandra.

Escribíme, coño, y perdona el tono, pero con qué ganas te bajaría el slip (¿rosa o verde?) para darte una paliza de esas que dicen te quiero a cada chicotazo.

Julio

Oscar Wilde a lord Alfred Douglas

Corría 1891 y **Oscar Wilde** ya era un escritor consagrado. Para entonces, el excéntrico autor británico había publicado dos de sus grandes éxitos literarios -*El príncipe feliz* y *otros cuentos* (1888) y *El retrato de Dorian Gray* (1890)- y llevaba siete años de vida familiar con su esposa Constanze Lloyd y sus dos hijos.

Sin embargo, las cosas darían un giro de 180 grados para Wilde cuando su camino se cruzó con el de lord Alfred Douglas, un poeta de 21 años que desarmó los esquemas del escritor en una época donde la homosexualidad era rechazada e incluso castigada dentro de la sociedad británica. Aunque nada de eso importó mucho.

Lo cierto es que Wilde cayó perdidamente enamorado del joven artista, un muchacho atractivo y carismático con el que comenzó una relación a escondidas que se extendió por cuatro años. Tampoco fue todo miel sobre hojuelas, pues el poeta solía tener una actitud caprichosa que el autor supo sortear.

Todo se fue a pique en 1895, cuando el padre de Douglas descubrió el amorío entre ambos. Su reacción fue demandar al escritor por atentar contra la moral y corromper a su hijo, en un juicio que escandalizó a la clase media de Gran Bretaña y que se resolvió a favor del demandante. Así fue como Wilde terminó condenado a dos años de presidio y trabajos forzados.

Antes de ingresar a la cárcel, escribió una sentida carta a su enamorado:

“Mi dulce rosa, mi delicada flor, mi lirio de los lirios, será quizás en prisión donde pondré a prueba el poder del amor. Veré si el intenso amor que siento por tí logra endulzar estas aguas amargas. Ha habido momentos en los que he pensado que sería más sabio separarnos. ¡Ay, momentos de debilidad y locura! Ahora me doy cuenta de que eso habría mutilado mi vida, arruinado mi arte, roto los acordes que hacen un alma perfecta.

Estoy resuelto a no rebelarme, a aceptar todas estas atrocidades por devoción al amor, a dejar que deshonren mi cuerpo con tal que mi alma siempre pueda mantener tu imagen viva. Desde tu cabello de seda hasta tus delicados pies, eres para mí la perfección.

Ámame siempre, ámame siempre. Tú has sido el amor supremo y perfecto de mi vida; no puede haber otro. He decidido que es más noble y más hermoso quedarme. No habríamos podido estar juntos. No quise que me tildaran de cobarde o desertor”.

Tras la liberación de Wilde, ambos vivieron un tiempo bajo el mismo techo. Pero la oposición de sus familias terminó por separarlos de forma definitiva.

“¡Hermano, querido amigo!

¡Ya está todo decidido! Me han sentenciado a cuatro años de trabajos forzados en la fortaleza (creo que la de Orenburgo) y después tendré que hacer de solado raso. Hoy, 22 de diciembre, nos han llevado al campo de tiro de Semionov. Una vez allí nos han leído a todos la sentencia de muerte, nos han dicho que besáramos la Cruz, nos han partido las espadas en la cabeza y nos han permitido lavarnos por última vez (camisas blancas). Luego han atado a un poste a tres de los nuestros para ejecutarlos. Yo era el sexto. Nos iban a llamar de tres en tres, en consecuencia, yo iba en el segundo turno y no me quedaba más que un minuto de vida. Me he acordado de ti, hermano, y de los tuyos: durante el último minuto, en mi mente estabas tú y nadie más que tú y sólo entonces me he percatado de cuánto te quiero, amado hermano mío. (...) Pero al fin han tocado retirada, los que estaban atados han vuelto con nosotros y se nos ha anunciado que su Majestad Imperial nos perdonaba la vida. (...) Tu hermano, **Fiódor Dostoievski**”.

A: Mijaíl Dostoevski: San Petersburgo, 22 de diciembre de 1849
El escritor, preso, narra a su hermano cómo ha estado a punto de morir ante un pelotón de fusilamiento, por pertenecer a un club literario que se reúne para leer y comentar libros prohibidos por el zar. Cinco años después, será liberado y podrá escribir obras como *Crimen y castigo* o *Los hermanos Karamázov*.

“Apreciado Brian Sibley

Disney era un soñador y un hombre de acción. Mientras los demás hablábamos del futuro, él lo construía. Las cosas que nos enseñó en Disneyland sobre planificación de calles, movimientos de multitudes, comodidad, humanidad, influirán a constructores, arquitectos y urbanistas durante el siglo que viene.

Gracias a él humanizaremos nuestras ciudades, volveremos a planificar ciudades pequeñas en las que podremos relacionarnos otra vez entre nosotros y poner en marcha un funcionamiento creativo de la democracia porque podremos votar a alguien CONOCIDO.

Estaba tan adelantado a su tiempo que para darle alcance nos faltan todavía cincuenta años. Tienes que venir a Disneyland, comerte tus palabras, tragarte las dudas. La mayoría de los demás arquitectos del mundo moderno eran burros y estúpidos que hablaban contra el Gran Hermano y luego construían prisiones en las que meternos a todos... Ese ambiente moderno que nos reprime y nos destruye.

Disney, el supuesto conservador, resulta ser Disney, el gran previsor y constructor. Basta. Ven pronto. Te montaré en el *Barco de la Jungla* y subiremos al tren del mañana, el ayer y el más allá.

Con mis mejores, deseos, **Ray B.**

10 de junio de 1974

El escritor de ciencia-ficción respondía a su colega británico Sibley acerca de sus miedos a los robots y al universo Disney.

Mi muy Ilustre Señor Ludovico Sforza

Me propongo, sin el ánimo de desacreditar a nadie, dar a Vuestra Excelencia las explicaciones convenientes para que podáis entender el desarrollo de mis secretos y ponerlos, a continuación, a

vuestra entera disposición Tengo planos para toda clase de puentes ligeros, fuertes y fáciles de transportar, con los que perseguir al enemigo, o en ocasiones huir de él, robustos e indestructibles tanto por medio del fuego como en la batalla, cómodos y fáciles de colocar, así como de retirar.

También dispongo de los medios para quemar y destruir los del enemigo. También tengo un tipo de cañón, muy cómodo y de fácil transporte, con el que lanzar piedras pequeñas, casi como si se tratara de granizo, el humo de ese cañón causa un gran pavor en el enemigo a causa de la confusión y los grandes daños que provoca. Donde el uso de los cañones resulte impracticable, yo armaré catapultas y otros instrumentos de eficacia asombrosa que no son de uso común. Además, puedo hacer esculturas en mármol, bronce y arcilla. También en la pintura soy capaz de hacerlo todo tan bien como cualquier otro artista, sea éste quien fuere.

Por añadidura, podría trabajar en un caballo de bronce para mayor gloria inmortal y honor eterno de la memoria propicia de vuestro padre, Su Señor, y de la ilustre casa de los Sforza.

Y si alguien considerase imposible o impracticable algo de cuanto hasta aquí se ha mencionado, estoy plenamente dispuesto a demostrarlo en vuestro parque o en cualquier lugar que os parezca, Vuestra Excelencia, a quien me encomiendo con toda la humildad posible”. **Leonardo Da Vinci**
- 1493

Muchos años antes de que pintara sus obras maestras, **Leonardo da Vinci** se ofreció como ingeniero para trabajar en la corte de **Sforza**, casi sin aludir a sus dotes artísticas, sino a las militares

Estimada Phyllis:

Los científicos creen que todo cuanto sucede, incluidos los asuntos de los seres humanos, se debe a las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, un científico no tenderá a creer que el curso de los acontecimientos pueda verse influido por la oración, es decir, por la manifestación sobrenatural de un deseo.

No obstante, hemos de admitir que nuestro conocimiento real de esas fuerzas es imperfecto, de manera que, al final, creer en la existencia de un espíritu último y definitivo depende de una especie de fe. Es todavía una creencia generalizada incluso ante los logros actuales de la ciencia.

Al mismo tiempo, todo aquel que se dedica seriamente a la ciencia termina convencido de que algún espíritu se manifiesta en las leyes del universo, un espíritu muy superior al del hombre.

Así, la dedicación a la ciencia conduce a un sentimiento religioso un tanto especial, sin duda muy diferente de la religiosidad de alguien más cándido.

Saludos cordiales, **A.Einstein.**

24 de enero de 1936

Respuesta del físico a una niña que le preguntó: “¿Rezan los científicos?”

A Walt Whitman:

¡Qué grandes nacimientos has presenciado! La plancha de vapor, los barcos de vapor, los buques de acero, el tren, la desmotadora de algodón, el telégrafo, el fonógrafo, la fotografía, los fotograbados, la electrotipia, la luz de gas, la luz eléctrica, la máquina de coser, los asombrosos, infinitamente variados e innumerables productos del alquitrán, las últimas y más extrañas maravillas de una edad maravillosa. Y has visto nacimientos aún más grandes que esos; porque

has visto la aplicación de la anestesia en las prácticas quirúrgicas, gracias a la cual el dolor, que empezó al crearse la primera vida, llegó a su fin para siempre en esta tierra; has visto la liberación de los esclavos, has visto la prohibición de la monarquía en Francia y su reducción en Inglaterra a una maquinaria con una imponente exhibición de diligencia y atención al negocio, pero desconectada de los trabajos verdaderos.

Sí, desde luego has visto mucho, pero quédate un poco más, porque lo más grande está aún por llegar. Espera treinta años y entonces ¡échale un vistazo a la tierra! Mark Twain

24 de mayo de 1889

Felicitación por el 70 cumpleaños del poeta

Carta de Adolfo Bioy Casares a Elena Garro

Mi querida, aquí estoy recorriendo desorientado las tristes galerías del barco y no volví a Víctor Hugo. Sin embargo, te quiero más que a nadie... Desconsolado canto, fuera de tono, Juan Charrasqueado (pensando que no merezco esa letra, que no soy buen gallo, ni siquiera parrandero y jugador) y visito de vez en vez tu fotografía y tu firma en el pasaporte. Extraño las tardes de Víctor Hugo, el té de las seis y con adoración a Helena. Has poblado tanto mi vida en estos tiempos que si cierro los ojos y no pienso en nada aparecen tu imagen y tu voz. Ayer, cuando me dormía, así te vi y te oí de pronto: desperté sobresaltado y quedé muy acongojado, pensando en ti con mucha ternura y también en mí y en cómo vamos perdiendo todo. Te digo esto y en seguida me asusto: en los últimos días estuviste no solamente muy tierna conmigo sino también benévola e indulgente, pero no debo irritarte con melancolía; de todos modos cuando abra el sobre de tu carta (espero, por favor que me escribas) temblaré un poco. Ojalá que no me escribas diciéndome que todo se acabó y que es inútil seguir la correspondencia... Tú sabes que hay muchas cosas que no hicimos y que nos gustaría hacer juntos. Además, recuerda lo bien que nos entendemos cuando estamos juntos... recuerda cómo nos hemos divertido, cómo nos queremos. Y si a veces me pongo un poco sentimental, no te enojés demasiado... Me gustaría ser más inteligente o más certero, escribirte cartas maravillosas. Debo resignarme a conjugar el verbo amar, a repetir por milésima vez que nunca quise a nadie como te quiero a ti, que te admiro, que te respeto, que me gustas, que me diviertes, que me emocionas, que te adoro. Que el mundo sin ti, que ahora me toca, me deprime y que sería muy desdichado de no encontrarnos en el futuro. Te beso, mi amor, te pido perdón por mis necesidades.

La naturaleza de esta relación salió a la luz en septiembre de 1997, cuando la Universidad de Princeton abrió al público el archivo de Garro, adquirido unos meses antes. Se trata de cinco cajas de documentos, en las que hay manuscritos originales y una abundante correspondencia, entre otros papeles.

Carta de Fidel Castro a Salvador Allende La Habana , 29 de julio de 1973
Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la reunión de países no alineados, Carlos y Piñero realizan un viaje a ésta. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso. La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la D.C. en medio de acontecimientos graves como el brutal asesinato de tu edecán naval y la nueva huelga de los

dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para caso de que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir. Estos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política páfida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la Revolución , lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la Revolución en peligro, paralizar los golpistas, mantener la adhesión de los vacilantes, imponer sus condiciones y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercibida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor aun cuando otras circunstancias sean desfavorables. Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida constituyen la clave de la situación. Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos. Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo. Fraternalmente, Fidel Castro.

El árbol que lloraba **Inongo-vi-Makomè** (Camerún)

La noche antes de nacer Riekà, su madre, Diba da Menanga, tiene un extraño sueño. Su suegro, muerto pocos años atrás, le dice que su niña será una niña muy especial, esperada por el clan y que debe cuidarla mucho. Al despertar, no recuerda lo soñado y ese día nace la pequeña. Al día siguiente, el padre de Riekà decide abandonar el pueblo para dirigirse a la ciudad como habían pactado sus padres antes de que ella naciese. La madre queda con la niña en el pueblo muy cuidadas por sus vecinos. Pasaron ocho lunas y la madre comenzó a trabajar en el campo. Siempre con la niña a sus espaldas, Diba da Menanga soportaba mucho trabajo. Un día, decidió dejar a su hija en las raíces de un árbol que estaba muy cerca de donde trabajaba. La cara de la pequeña era todo felicidad y su madre observó que algo cambiaba en la pequeña. Hizo lo mismo durante varios días y la mamá de Riekà se dio cuenta que entre el árbol y su hija había una conexión especial. La niña reía, hacía gestos como si hablase con alguien y acariciaba a la raíz. Su madre no comentó nada de lo observado a nadie del clan.

Llegó el momento de abandonar el pueblo. Riekà y su madre debían irse a vivir junto al padre de la niña a un país de blancos. La niña ya tenía seis años. Todo el poblado se alegró de esa noticia y antes de marchar, ambas fueron despedidas con una gran celebración. Pero Riekà estaba triste por tener que decir adiós a su amigo el gigante árbol. El árbol la animó a irse. Siempre se querrían estuviesen donde estuviesen. Además, este especial amigo le prometió que allá en el país de los blancos encontraría otros árboles como él. Ella era la salvación de los árboles en el futuro. Será de las pocas personas en el mundo que sabrá que los árboles hablan, ríen y lloran cuando se les hace daño o matan.

Una vez ya en Europa, la niña se adaptó muy bien a la nueva vida en la ciudad donde vivían, a pesar de que Riekà echaba de menos a su amigo el árbol. En el colegio, Riekà aprendía con rapidez. La madre estaba muy orgullosa de cada comentario positivo que hacían de la pequeña, pero también era muy consciente, cuando paseaban por las calles, del enorme interés de su hija hacia los árboles. Ella no olvidaba el extraño comportamiento de la pequeña con el árbol de su finca y el sueño tenido la noche antes de que ella naciese.

Un día, Riekà y su amiga Silvia, junto a sus respectivas madres, fueron a jugar a un parque. Allí, Riekà se fijó en un arbolito que estaba triste y se acercó a él. El arbolito le dijo que se iba a morir si no lo devolvían al bosque del que había sido arrancado. La madre de la pequeña se alarmó al ver a su hija haciendo gestos con las manos junto al árbol. La llamó y Riekà se despidió del arbolito. No sería la última vez que se verían. Desde ese momento, Riekà se transformó en una niña tremendamente triste. Su madre tuvo que contar a su marido el especial interés de la niña hacia los árboles desde que era una bebé. Sabía que esta situación en el país de los blancos podría traerles problemas. Riekà les había contado el motivo de su tristeza a sus padres pero ellos le pidieron que, por favor, olvidase al arbolito. Riekà no quería hacer daño a sus padres y aceptó, pero no podía olvidar la llamada de auxilio del pequeño arbusto. Tan triste estaba que su maestra notó perfectamente el cambio de esta niña de seis años en el aula. Trató de hablar con su madre y con ella para que le contase qué pasaba, pensando que podía haber una situación de maltrato en el hogar. Tras mucho insistir, Riekà confió su situación a su maestra la señorita Suni. Ella le confesó que le hablaban los árboles. Le contó también que en África había uno muy grande que la quería mucho. Le contó además lo que le pasaba al arbolito del parque y que no podía dormir porque cada noche el arbolito en sueños le pedía que lo salvase. La maestra quedó aturdida y sorprendida por la seguridad con la que la pequeña contaba la historia. Desde este momento, la señorita Suni decide confiar en la pequeña y seguirle en su verdad.

Un sábado por la mañana, la señorita Suni y Riekà van juntas al parque del arbolito. La maestra quería confirmar la historia de la pequeña. Una vez allí, Riekà habla con el arbolito y la

maestra se estremece. El arbolito quiere que la maestra le ayude a salvarse o morirá y es en ese momento cuando la señorita Suni llega a la conclusión de que la pequeña le estaba tomando el pelo y que había que acabar con esta ridícula situación. Estaba muy enfadada. Con todo, ya con la tranquilidad del hogar, pensó detenidamente en lo que estaba pasando y el lunes a primera hora antes de dirigirse al colegio, pasó de nuevo por el parque del arbolito moribundo.

HYDRA CEREBRUM - María Francisca Barbero Las Heras (1970 esp.)

Tengo la capacidad de permanecer invisible. Soy un invertebrado gelatinoso de la familia de los Hydridae. Deambulo por las casas, los parques y los espacios abiertos, hasta que encuentro seres humanos y me instalo en sus cráneos. Me alimento por la noche. Mis presas favoritas son las personas mientras duermen; aunque ahora, una gran cantidad de ellas, padecen insomnio. Por esta razón, me estoy especializando en nutrirme de sus obsesiones, y si ellas consiguen acabar con una, yo las regenero como si tuvieran varias cabezas.

El basilisco - María Belén Alemán (1960 arg.)

Es invierno en mi ciudad y parece que nada alterará mi rutina de este frío domingo. Mi heladera casi vacía me dice que me convendría almorzar afuera, pero los cinco grados me acobardan. Hay huevos y queso, además de un yogur vencido y un pedazo de tortilla de espinaca. Elijo los huevos y el queso. Un omelette es una buena opción. El primer huevo que rompo me sorprende sin su yema. En la gelatinosa clara se mueve algo así como una mínima víbora, una rara arañita. No me gusta nada su aspecto. Tendría que tirarlo pero me hipnotiza su lento danzar en la acuosidad pegajosa. En un instante, la viborita se convierte en un horrible bicho semejante a una iguana, un camaleón, una lagartija con un enorme ojo sin párpado que me paraliza. Me doy cuenta de lo que ocurre demasiado tarde y no tengo un espejo a mi alcance para repeler su mirada.

Desde entonces ando reptando paredes. Me escondo en los rincones, entre los escombros y observo con mi ojo ciclópeo. Cuando alguien me descubre se persigna y huye espantado. No vaya a ser que mi desgracia lo alcance... aunque no entiendo por qué, si dicen que todo es puro cuento, una leyenda... que no existo...

Basilisco: m. Animal fabuloso, al cual se atribuía la propiedad de matar con la mirada

Encantato - Mariángeles Abelli Bonardi (1974 arg.)

Nadie sabe que lo es, que puede cambiar de forma; que un sombrero oculta su redondeada frente, su espiro y que, transformado en apuesto joven, entrará al salón, y allí, sumergido en la música y los colores titilantes de la fiesta, derramará labia y besos por su cara y sus pómulos antes de derramarse en ella, dejándola en la playa, embarazada y sola (sin que nadie le crea que el padre no es un hombre), para luego entrar al agua y volver a su forma verdadera: un delfín rosado que en Brasil conocen como Boto.

Leyenda: Según la creencia popular, en los días de fiesta, la criatura abandona el agua y se convierte en un joven bello y elegante que conquistaba mujeres. Se le reconocía por jamás sacarse el sombrero, pues allí se encontraban los orificios nasales que era incapaz de esconder. Esta historia solía utilizarse para explicar los embarazos fuera del matrimonio. En este relato, se muestra cómo seduce a una chica a la que dejará embarazada y abandonada a su propia suerte. Asimismo, se constata el terror de la muchacha al darse cuenta de que se ha relacionado con un ser que no es ni animal ni humano.

Un creyente - George Loring Frost

Al caer la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

-Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

-Yo no -respondió el otro-. ¿Y usted?

-Yo sí -dijo el primero, y desapareció.

Este cuento se encuentra recogido en la famosa *Antología de la Literatura Fantástica* (1940) de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo. Aunque se le otorga la autoría a George Loring Frost, nacido en Inglaterra en 1887, no existen más datos sobre este

escritor. Debido a esto, se asume que podría haber sido creado por Borges, quien decidió inventar una personalidad literaria para jugar con los lectores.

Ven a jugar conmigo Historias de miedo para campamentos

Hace un tiempo, una amiga mía y yo decidimos hacer espiritismo por primera vez, ya que nunca antes nos habíamos atrevido a hacerlo. Llamamos a otras dos amigas para que nos acompañaran, ya que a mí me habían dicho que probablemente con solo dos personas sería más difícil que pasara algo. Nos costó trabajo convencerlas, pero al final cedieron. Lo preparamos todo y, un poco asustadas, comenzamos a hacer la ouija.

Durante la sesión, una de las compañeras a las que habíamos llamado dijo: “Yo me voy de aquí, menuda tontería esta de la ouija”. Nosotras nos asustamos un poco y decidimos dejarlo para otro momento.

Al cabo de unos días, la compañera que se había ido me llamó aterrorizada, diciéndome que, de camino a casa después de haber ido a estudiar a la biblioteca, al pasar por delante de una casa en ruinas que hay cerca de su hogar, una niña vestida de blanco le había pedido que jugara con ella. Mi amiga le dijo que no podía ya que tenía prisa por llegar a su casa, y acto seguido, la niña comenzó a llorar con lágrimas de sangre. Mi amiga salió de allí corriendo y al llegar a casa fue cuando me llamó. Hasta ahí fue lo que me contó mi amiga. En un principio me lo tomé a broma, pero algo me hacía pensar que mi amiga hablaba muy en serio.

En mi habitación comencé a darle vueltas al asunto y me acordé del día en que habíamos hecho espiritismo y de las malas maneras con las que mi amiga se había retirado. Pensé que no tendría nada que ver y me dormí. Al día siguiente esa misma amiga me llamó porque iba a quedarse sola en casa estudiando y tenía miedo, así que decidí acompañarla ya que yo tenía también que estudiar. Tomé un autobús y, ya en su casa, nos pusimos a estudiar. De repente, oímos a nuestra espalda un ruido como de arañazos. Las dos miramos y comprobamos horrorizadas que la niña que ella me había descrito estaba sentada sobre la cama de mi amiga, arañando la pared. Salimos corriendo de la habitación y al llegar a la puerta observé que mi amiga no estaba, pero yo estaba demasiado asustada para esperarla.

Un rato después, la policía llamó a mi casa informándome de que mi amiga había muerto de un ataque de asma. La habían encontrado en las escaleras de su casa, con una expresión de terror en su cara. Yo estuve en tratamiento psiquiátrico unos meses y ya me estaba recuperando, pero el otro día, en mi buzón apareció una nota escrita con letra de niña pequeña que decía: “Tu amiga murió por no jugar conmigo. Tengo una muñeca nueva... Ven a jugar conmigo”.

Sitio para uno más

Un hombre llamado Joseph Blackwell llegó a [...] en un viaje de negocios. Se hospedó en la gran casa que unos amigos poseían en las afueras de la ciudad. Esa noche pasaron un buen rato conversando y rememorando viejos tiempos. Pero cuando Blackwell fue a la cama, comenzó a dar vueltas y no era capaz de dormir.

En un momento de la noche, oyó un coche llegar a la entrada de la casa. Se acercó a la ventana para ver quién podía arribar a una hora tan tardía. Bajo la luz de la luna vio un coche fúnebre de color negro lleno de gente. El conductor alzó la mirada hacia él. Cuando Blackwell vio su extraño y espantoso rostro, se estremeció. El conductor le dijo: “Hay sitio para uno más”. Entonces el conductor esperó uno o dos minutos, y se retiró.

Por la mañana, Blackwell les contó a sus amigos lo que había pasado. “Estabas soñando”, dijeron ellos. “Eso debe haber sido”, repuso él, “pero no parecía un sueño”. Después del desayuno se marchó a la ciudad. Pasó el día en las oficinas de uno de los nuevos y altos edificios de la urbe.

A última hora de la tarde, él estaba esperando un ascensor que lo llevara de vuelta a la calle. Pero cuando se detuvo en su piso, este se encontraba muy lleno. Uno de los pasajeros lo miró y le dijo: “Hay sitio para uno más”. Se trataba del conductor del coche fúnebre. “No, gracias”, dijo Blackwell. “Esperaré al siguiente”.

Las puertas se cerraron y el ascensor empezó a bajar. Se oyeron voces y gritos, y un gran estruendo. El ascensor se había desplomado contra el fondo. Todas las personas que habían a bordo murieron.

[De *Historias de miedo para contar en la oscuridad*, de Alvin Schwartz].

El monte de las ánimas - Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870 esp.)

La noche de difuntos me despertó, a no sé qué hora, el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca, y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí a escribirla, como, en efecto, lo hice.

Yo no la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza, con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, ahí va, como el caballo de copas.

— I —

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro día no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible.

Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua; yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré la historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

«Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquista da Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran sabido solos defenderla como solos la conquistaron.

»Entre los caballeros de la nueva y poderosa orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos.

»Cundió la voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus

hijos. Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres; los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey; el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse.

»Desde entonces dicen que, cuando llega la noche de Difuntos, se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche».

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporársele los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

— II —

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor, iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Sólo dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de Difuntos, cuentos tenebrosos en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban—: pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo su carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido—se apresuró a añadir el joven—. De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía...

¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada: mi padre se lo regaló a la que me dio el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo —contestó la hermosa—, pero en mi país, una prenda recibida compromete la voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo..., que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

—Lo sé prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvíose a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:

—Y antes de que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? —dijo él, clavando una mirada en la de su prima, que brilló

como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? —exclamó ésta, llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! ¿Y dónde? —preguntó Alonso, incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé...; en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Ánimas —murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitio!—, ¡en el Monte de las Ánimas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendientes, he llevado a esta diversión imagen de la guerra todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; y he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; esta noche..., esta noche, ¿a qué ocultarlo?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas...; ¡las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento, sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido exclamó, con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de Difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—¡Adiós Beatriz, adiós! Hasta... pronto.

—¡Alonso, Alonso! —dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso, o aparentó querer, detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho, que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

— III —

Había pasado una hora, dos, tres; la media roche estaba a punto de sonar, y

Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrà tenido miedo! —exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la iglesia consagra en el día de Difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos.

Creía haber oído, a par de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz apagada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento —dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes, con un chirrido agudo prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden; éstas con un ruido sordo y suave; aquéllas con un lamento largo y crispador. Después, silencio; un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante; lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi no se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar; nada, silencio.

Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando, dilatándose, las fijaba en un punto, nada; oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! —exclamó, yendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada, de raso azul, del lecho—. ¿Soy yo tan miedosa como estas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse, más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin despuntó la aurora; vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del

día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal decoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto, sangrienta y desgarrada, la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos a noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros: muerta, ¡muerta de horror!

— IV —

Dicen que después de acaecido este suceso un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos Templarios y de los nobles de

Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

El último árbol - María Quintana Silva (esp)

En las afueras de la ciudad vivían un chico y una chica. El guardabosque iba a verlos frecuentemente y siempre les llevaba algo del bosque. A veces, los dos niños acompañaban al guardabosque. Recogían las hojas de árboles, agujas de pino y piñas. Luego las dibujaban y colgaban las hojas sobre las paredes del cuarto de estar de su casa. El viejo guardabosque les contaba muchas historias. Así aprendieron los niños que los abetos crecían en tierras más secas, que los pinos podían vivir en la arena, y que el plátano sufría con los fríos del invierno. Y que el abedul crecía mucho más al norte, en las tierras frías, mientras que el cedro necesitaba las temperaturas templadas de las costas.

—El roble puede vivir cien años —les decía el guardabosque mientras caminaba por el bosque—. Para los pueblos antiguos era un árbol sagrado. Y el cedro aún puede vivir más años. El rey Salomón construyó su templo con cedros. La madera de estos árboles es muy resistente.

Los niños observaron un cedro gigantesco. Su copa sobresalía por encima de los demás árboles.

—Quizá se deba a la resina —continuó el guardabosque— La resina hace a la madera más duradera. Nuestros antepasados frotaban los pergaminos con resina de cedro para que lo escrito en ellos se conservase durante muchísimos años. Antes, los cedros crecían junto al Mediterráneo. En Arabia y en el norte de África había bosques de cedros. Pero los hombres acabaron con ellos.

Un día, el alcalde fue a visitar a los niños y vio todos los dibujos que habían hecho. En todas las paredes había dibujos. —Es la mejor manera de conocer el bosque —dijo satisfecho.

Luego, se dirigió al guardabosque:

—En la ciudad hay que construir un nuevo puente. ¿Cómo andas de madera?

El guardabosque sacudió la cabeza.

—Los retoños aún son muy jóvenes y un puente necesita mucha madera. Tendremos que esperar.

El alcalde estuvo de acuerdo. Luego, dijo a los niños:

—El bosque nos ayuda a vivir. Por mucho que utilicemos su madera, el bosque no se acaba. ¿Sabéis por qué?

Los niños no lo sabían. El alcalde sonrió.

—Porque quien tala un árbol tiene que plantar otro nuevo. Así lo hemos hecho durante muchos años.

El viejo guardabosque asintió.

—Sí, aunque no siempre fue así —dijo.

Y rellenó su pipa, la encendió con una rama fina y comenzó a contar:

«Hace muchos, muchos años, en las afueras de la ciudad vivían dos niños. La niña se llamaba Lea y el niño, Said. Se parecían mucho a vosotros. Vivían en una cabaña y recorrían juntos el bosque. Con el tiempo llegaron a reconocer las diversas especies de árboles. Aprendieron que las agujas de los pinos son más claras que las de los abetos y que cuelgan de las ramas de dos en dos. Descubrieron que las agujas de los abetos no duran eternamente, sino que se caen a los pocos años, pero vuelven a crecer otras nuevas. Y que las agujas de los cedros, verde oscuras como las de los abetos, no se caen nunca. Said y Lea estaban asombrados. ¡Qué distintos eran unos árboles de otros! Y entonces empezaron ellos mismos a plantar árboles.

Todos los días iban al bosque. Arrancaban con cuidado los pequeños árboles que crecían salvajes entre los grandes troncos y los plantaban en su jardín. Estaban contentos. Se sentían como profesores de una escuela de árboles. Y cuidaban de que sus alumnos no crecieran torcidos. Por las tardes, cuando el sol rozaba el horizonte, llenaban unas grandes regaderas y daban agua a sus protegidos. Un día, al atardecer, los niños vieron que tres hombres cruzaban el puente. Los tres forasteros fueron a la plaza del mercado y dejaron sus sacos. Dentro había pesados collares de oro y adornos brillantes. Rodaron por todas partes pulseras con ámbar incrustado, perlas, corales y nácar. La gente sintió curiosidad. ¿Qué querrían los comerciantes a cambio de aquellos tesoros?

—Nada de particular, sólo madera —dijeron los extranjeros—. Pero mucha, toda la que podáis conseguir. Si traéis mucha, os daremos aún más joyas. Y también hemos pensado en los niños —añadieron sonrientes—. Tenemos peladillas, chocolate, caramelos y azúcar cande.

La gente miraba aquellos adornos tan caros y todos estaban como hechizados. Brindaron con los extranjeros y bailaron y cantaron sin parar durante toda la noche. Al día siguiente empezaron a trabajar. Los árboles, unos tras otros, fueron cayendo al suelo. Los golpes de las hachas retumbaban por el bosque. Los tres forasteros estaban contentos. Repartían el oro y la plata y se llevaban la madera. Así pasó una semana y otra. En el bosque empezaron a aparecer claros y algunas colinas ya se veían peladas. Pero nadie se daba cuenta. Ni nadie tenía tiempo para plantar nuevos retoños. La tierra se volvió áspera y seca. Los arroyos llevaban poca agua y sólo llovía de vez en cuando. A medida que el bosque clareaba, las arcas de la gente se llenaban de oro, plata, piedras preciosas y alhajas. Los cuellos de las mujeres se doblaban bajo el peso de los collares. Los dientes de los niños ya estaban amarillos, azules, verdes y negros de tantas golosinas. Hacía ya mucho tiempo que Said y Lea habían tirado sus caramelos.

Todas las noches recogían el rocío en unos grandes pañuelos que extendían sobre el suelo. Con el rocío y la poca agua que aún salía de la fuente regaban con cuidado los jóvenes arbolitos de su jardín. En el lugar en donde antes crecía el bosque, ahora el suelo estaba árido. Y si alguna vez llovía, el agua se evaporaba enseguida. Los pájaros no encontraban sombra alguna y caían extenuados al suelo. Pero la gente seguía cortando madera... Un día, todos se encontraron alrededor de un gran árbol. Iban a empezar con sus sierras y sus hachas, cuando se dieron cuenta de que se trataba del viejo cedro. El bosque que antes lo rodeaba había desaparecido por completo. El gran cedro era el último árbol que les quedaba. Las colinas se erguían peladas. Detrás se divisaba el desierto. La gente se asustó.

— ¡Hemos acabado con nuestro bosque! —gritaron—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Pero nadie sabía la respuesta. La tierra se había secado y estaba cuarteada. Un suave vientecillo trajo granos de arena. Las arenas se acercaban cada vez más. Se extendían por todos los alrededores. Se apilaban al pie del cedro. Amenazaban con invadir la ciudad. Las gentes se arrancaron los collares de perlas de sus cuellos: ¡eran bolas de cristal! Abrieron los cofres: ¡el oro se había convertido en metal corriente; la plata, en mica! Todos estaban rabiosos. Esperaron a que volvieran los extranjeros, pero éstos no regresaron. A lo lejos, los mercaderes contemplaban lo que quedaba del bosque. Se reían. Tenían la madera y con ella podrían construir muchos barcos. No les importaba que la ciudad se hundiera en la arena. Volvieron la espalda y empezaron a huir. Pero eso no fue fácil: había arena por todas partes. De repente

empezaron a hundirse en una duna. Cada vez se hundían más. Y pronto no quedó de ellos más que un sombrero.

— ¿Qué debemos hacer? —preguntó la gente, ansiosa. — ¿Cómo podríamos salvarnos del desierto?

Entonces Said y Lea les dijeron:

--Tenéis que plantar de nuevo. En nuestro jardín crecen árboles de todas las especies. Podemos trasplantarlos. Empezaremos con los pinos y los cedros, pues la arena no les impide crecer. Y cuando la tierra se haya asentado, traeremos los demás árboles y los plantaremos junto a ellos. Luego recogeremos sus semillas y las enterraremos en el suelo. Con el tiempo tendremos un pequeño bosque. Y volverán a caer el rocío y la lluvia. Pero para eso aún falta mucho tiempo. Primero tenemos que regar los árboles pequeños por la noche, mientras haya agua en la fuente.

La gente admiró a los niños. E hicieron lo que Said y Lea les habían aconsejado. Trabajaron día y noche. Y por fin volvió a llover. Y después de muchos meses lograron tener un pequeño bosque. Los vecinos respiraron. ¡La ciudad estaba salvada! ¡El bosque crecía! Un día, las gentes llegaron a la cabaña de madera situada al extremo de la ciudad. Despertaron a Said y a Lea y los llevaron al bosque. Allí les dieron las gracias y prometieron cuidar el bosque con cariño. Todos comieron, bebieron y bailaron alrededor del cedro. Y han cumplido su promesa hasta el día de hoy.»

El viejo guardabosque vació su pipa. El alcalde miró pensativo el fuego. Los dos niños callaban. Luego, preguntaron al guardabosque con curiosidad: — ¿Quiénes fueron Said y Lea? ¿Los conociste? El guardabosque sonrió. —Sí, claro, fueron mis abuelos.

Cuando todo brille

Por: Liliana Heker

Todo empezó con el viento. Cuando Margarita le dijo a su marido aquello del viento. Él ni atinó a cerrar la puerta de su casa. Se quedó como congelado en la actitud de empujar, el brazo extendido hacia el picaporte, los ojos clavados en los ojos de su mujer. Pareció que iba a perpetuarse en esta situación pero al fin aulló. Fue sorprendente. Durante varios segundos los dos permanecieron estáticos, estudiándose, como si trataran de confirmar en la presencia del otro lo que acababa de suceder. Hasta que Margarita rompió el sortilegio. Con familiaridad, casi con ternura, como si en cierto modo nada hubiera pasado, apoyó una mano en el brazo de su marido para mantener el equilibrio mientras con la otra mano daba un suave empujón a la puerta y, con el pie derecho y un patín de fieltro, eliminaba del piso el polvo que había entrado.

—¿Cómo te fue hoy, querido? —preguntó.

Y lo preguntó menos por curiosidad (dadas las circunstancias no esperaba una respuesta, y tampoco la obtuvo) que por restablecer un rito. Necesitaba comunicarse cifradamente con él, transmitirle un mensaje mediante su pregunta habitual de todos los atardeceres. *Todo está en orden sin embargo. Nada ha pasado. Nada nuevo puede pasar:*

Acabó de limpiar la entrada y soltó el brazo de su marido. Él se alejó muy rápido camino del dormitorio y le dejó la impresión que deja en los dedos una mariposa a la que se ha tenido sujeta por las alas y a la que de pronto se libera. No había usado los patines para desplazarse; así pudo verificar Margarita que su marido estaba furioso. Sin duda exageraba: ella no le había pedido que se arrojara desnudo desde lo alto del obelisco al fin y al cabo. Pero no le dijo nada. Con sus propios patines fue limpiando las marcas de zapatos que él había dejado. Sin embargo al dormitorio no entró: sabía que mejor es no echarle leña al fuego. Justo en la puerta desvió su trayectoria hacia la cocina; más tarde encontraría el momento oportuno para hablarle del viento.

Ya había terminado de preparar la cena (al principio, sólo por complacerlo y a pesar de que era miércoles había pensado en unos bifés con papas fritas, pero enseguida desistió: la grasa vaporizada impregna las alacenas, impregna las paredes, impregna hasta las ganas de vivir; si una la deja desde un miércoles hasta un lunes, que es el día de la limpieza profunda, la grasitud tiene tiempo de penetrar hasta el fondo de los poros de las cosas y se queda para siempre; de modo que al fin Margarita sacó una tarta de la heladera y la puso en el horno) y estaba tendiendo la mesa cuando oyó que su marido entraba al baño. Un minuto después, como un buen agujero, el alegre zumbido de la ducha resonaba en la casa.

Era el momento de ir al dormitorio. Apenas entró, Margarita pudo comprobar que él había dejado todo en desorden. Cepilló el saco, cepilló el pantalón, los colgó, hizo un montoncito con la camisa y las medias, y fue a golpear la puerta del baño.

—Voy a entrar, querido —dijo con dulzura.

Él no contestó, pero canturreaba. Margarita se llevó la camiseta y los calzoncillos y los agregó al montoncito. Lavó todo con entusiasmo. Cuando cerró la canilla lo oyó a él, en el living, tarareando el vals *Sobre las olas*. La tormenta había pasado.

Sin embargo recién a la mañana siguiente, mientras tomaban el desayuno, medio riéndose como para restarle importancia a la escena del día anterior, Margarita mencionó lo del viento. Una bobada, ella estaba dispuesta a admitirlo, pero costaba tan poco, ¿sí? Él no tenía que pensar que eso le iba a complicar la vida de algún modo. Simplemente, ella le pedía que cuando el viento soplaba del norte él entrara por la puerta del fondo que daba al sur; y cuando soplaba del sur, entrara por la puerta del frente, que daba al norte. Un caprichito, si a él le gustaba llamarlo así, pero la ayudaría tanto, él ni se imaginaba. Ella había notado que, por más que barrera y lustrara, el piso de la entrada siempre se llenaba de tierra cuando había viento norte. Por supuesto, él podía entrar por donde se le antojase cuando el viento soplara del este o del oeste. Y ni que hablar de cuando no había viento.

—Vio mi salvaje, vio mi protestón que no era para hacer tanto escándalo —dijo.

Rió traviesamente.

Él se puso de pie como quien va a pronunciar un discurso, gargajeó con sonoridad, casi con delectación. Después inclinó levemente el torso, escupió en el suelo, recuperó su posición erguida y, con pasos medidos, salió de la cocina.

Margarita se quedó mirando el redondel, refulgente a la luz del sol matinal, como se debe mirar a un diminuto ser de otro planeta sentado muy orondo sobre el piso de nuestra cocina. Una puerta se cerró y se abrió, unas paredes retumbaron, pasos cruzaron la casa, otra puerta se cerró con estrépito. El cerebro de Margarita apenas detectó estos acontecimientos. Toda su persona parecía converger hacia el pequeño foco del suelo. Foco infeccioso. La expresión aleteó livianamente en su cabeza, se expandió como una onda, la inundó.

En los colectivos, cuando la gente tose desparrama invisibles gotitas de saliva, cada gotita es portadora de millares de gérmenes, cuántos gérmenes hay en... Millares de millones de gérmenes se agitaron, se refocilaron y brincaron sobre el mosaico rojo.

Mecánicamente Margarita tomó lo primero que tuvo a mano: una servilleta. De rodillas en el piso se puso a frotar con energía el mosaico. Fue inútil: por más que frotaba la zona pegajosa resaltaba como un estigma. *Gérmenes achatados arrastrándose como amebas.* Margarita dejó la servilleta sobre la mesa y fue a embeber una esponjita en detergente. Friccionó el mosaico con la esponjita y echó un balde de agua. Iba a secar el piso cuando se quedó paralizada. ¿Había estado loca ella? ¿No había usado una servilleta para? Dios mío, con lo fácil que es llevarse una servilleta a los labios. La tomó por una punta y la contempló con pavor. ¿Qué haría ahora? Lavarla le pareció poco prudente de modo que llenó una cacerola con agua, la puso al fuego, y echó la servilleta adentro.

Estaba friccionando la mesa con desinfectante (la servilleta había estado largo tiempo en contacto con la mesa) cuando sonó el teléfono. Fue a atender y apenas traspuso la puerta del dormitorio captó algo inusual, algo que se le manifestó bajo la forma de una opresión en el pecho y cuya realidad no pudo constatar hasta que colgó el teléfono y abrió la puerta del placard. Entonces sí lo supo con certeza, la ropa de él no estaba, muy bien, se había ido, maravillosamente bien, ¿iba a llorar ella por eso? No iba a llorar. ¿Iba a arrancarse los pelos y tirarse de cabeza contra las paredes? No iba a arrancarse los pelos y mucho menos iba a tirarse de cabeza contra las paredes. ¿Acaso un hombre es algo cuya pérdida hay que lamentar? Tan desprolijos como son, tan sucios, cortan el pan sobre la mesa, dejan las marcas de sus zapatos embarrados, abren las puertas contra el viento, escupen en el suelo y una nunca puede tener su casa limpia, el cuerpo, una nunca puede tener su cuerpo limpio, de noche son como bestias babosas... ¡oh su aliento y su sudor!,

¡OH! Dios mío. Tú que todo lo podías, por qué hiciste tan sucio el amor, el cuerpo de tus hijos tan lleno de inmundicia, el mundo que creaste tan colmado de basura. Pero nunca más. En su casa nunca más. Margarita arrancó las sábanas de la cama, sacó las cortinas de sus rieles, levantó las alfombras, removié almohadones, apiló carpetas.

Margarita fregó y sacudió y cepilló hasta que se le enrojecieron los nudillos y se le acalambraron los brazos. Lavó paredes, enceró pisos, bruñó metales, arrancó resplandores solares de las cacerolas, otorgó un centelleo diamantino a los caireles, bañó como a hijos adorados a pastoras de porcelana, pulió maderas, perfumó armarios, blanqueó opalinas, abrigó alabastros. Ya las siete de la tarde, como un pintor que le pone la firma al cuadro con que había soñado toda su vida, empuñó el escobillón y lo sacudió en el tacho de basura.

Después respiró profundamente el aire embalsamado de cera. Echó una lenta mirada de satisfacción a su alrededor. Captó fulgores, paladeó blancuras, degustó transparencias, advirtió que un poco de polvo había caído fuera del tacho al sacudir el escobillón. Lo barrió; lo recogió con la pala, vació la pala en el tacho. De nuevo sacudió el escobillón, pero esta vez con extrema delicadeza, para que ni una mota de polvo cayera afuera del tacho. Lo guardó en el armario e iba

a guardar también la pala cuando un pensamiento la acosó: la gente suele ser ingrata con las palas; las usa para recoger cualquier basura pero nunca se le ocurre que un poco de esa basura ha de quedar por fuerza adherida a su superficie. Decidió lavar la pala. Le puso detergente y le pasó el cepillo, un líquido oscuro se desparramó sobre la pileta. Margarita hizo correr el agua pero quedaba como una especie de encaje negro en el fondo. Lo limpió con un trapo enjabonado, enjuagó la pileta y lavó el trapo. Entonces se acordó del cepillo. Lo lavó y se volvió a ensuciar la pileta. Fregó la pileta con el trapo y se dio cuenta de que si ahora lavaba el trapo en la pileta esto iba a ser un cuento de nunca acabar. Lo más razonable era quemar el trapo. Primero lo secó con el secador del pelo y después lo sacó a la calle y le prendió fuego. Justo cuando entraba a la casa vino un golpe de viento norte y Margarita no pudo evitar que algo de ceniza entrara en el living.

Era mejor no usar el escobillón, ahora que ya estaba limpio. Utilizó un trapito con un poco de cera (con los trapitos siempre queda la posibilidad de prenderles fuego). Pero fue un error. El color quedaba desparejo. Lustró, extendió la cera a una zona más amplia: todo fue inútil.

Aproximadamente a las cinco de la mañana los pisos de toda la casa estaban rasqueteados pero un polvo rojo flotaba en el aire, cubría los muebles, se había adherido a los zócalos. Margarita abrió las ventanas, barrió (ya encontraría el momento de limpiar el escobillón y en el peor de los casos podía tirarlo), estaba terminando de lavar los zócalos cuando advirtió que un poco de agua se había derramado. Miró con desaliento las manchas de humedad en el suelo, le faltaban fuerzas, por el color del cielo debían ser casi las siete de la mañana. Decidió dejar eso para más tarde, con buena suerte no iba a tener que rasquetear todos los pisos otra vez. Se tiró en la cama vestida (no olvidarse, después, de cambiar nuevamente las sábanas) y se durmió de inmediato pero las manchas húmedas se expandieron, se ablandaron, extendían sus pseudópodos. La atraparon. Eran una ciénaga donde Margarita se hundía, se hundía. Se despertó sobresaltada. No había dormido ni media hora. Se levantó y fue a ver las manchas: ya estaban bastante secas pero no habían desaparecido. Rasqueteó la zona pero nunca quedaba del mismo color. Un ligero desvanecimiento la hizo caer; abrió soñadoramente los ojos, vislumbró las vetas blancuzcas y dio un suspiro; calculó que no había comido nada en las últimas veinticuatro horas.

Se levantó y fue a la cocina. Una comida caliente tal vez la haría sentir mejor pero no: después hay que lavar las ollas. Abrió la heladera e iba a sacar una manzana cuando la invadió una ola de terror: no había barrido el polvo del rasqueteo y las ventanas estaban abiertas. Retiró con brusquedad la mano de la heladera y tiró una canastita con huevos. Observó el charco amarillo que se dilataba lenta y viscosamente. Creyó que iba a llorar. De ninguna manera: cada cosa a su tiempo. Ahora, a barrer el polvo del rasqueteo; ya le llegaría su turno al piso de la cocina, no hay como el orden. Buscó el escobillón y la pala, fue hasta el living y cuando estaba por ponerse a barrer, reparó en las suelas de sus zapatos; sin duda no estaban limpias: habían trazado sobre el parquet un discontinuo senderito de huevo. A Margarita casi le dio risa verse con el escobillón y la pala. *Polvo del rasqueteo, murmuró, polvo del rasqueteo.* Recordó que todavía no había comido nada, dejó el escobillón y la pala y se fue para la cocina.

La manzana estaba en el centro del charco amarillo. Margarita la alzó, ávidamente le dio unos mordiscos, y de golpe descubrió que era absurdo no prepararse una comida caliente, ahora que todo estaba un poco sucio. Puso la plancha sobre el fuego, peló papas (era agradable dejar que las largas tiras en espiral se hundieran esponjosamente en las yemas y las claras ahora que las cosas habían empezado a ensuciarse y de cualquier manera habría que limpiar todo más tarde). Puso un bife sobre la plancha y aceite en la sartén. La grasa se achicharró alegremente, las papas chisporrotearon, Margarita se dio cuenta de que se había olvidado de abrir la ventana de la cocina pero de cualquier modo era demasiado tarde: la grasa vaporizada ya había penetrado en los poros de las cosas, y en sus propios poros, había impregnado su ropa y su pelo, espesaba el aire. Margarita aspiró profundamente. El olor de la carne y de lo frito entró por su nariz, la anegó, la hizo enloquecer de deleite.

La impaciencia puede volver a la gente un poco torpe. Algo de aceite se le volcó a Margarita al sacar las papas; ella disimuladamente lo desparramó con el pie, sacó el bife, se le cayó al suelo, al levantarlo la cercanía, el contacto, el maravilloso aroma de la carne asada la embriagaron: no pudo resistir darle algunas dentelladas antes de colocarlo en el plato.

Comió con ferocidad. Puso las cosas sucias en la pileta pero no las lavó: tenía mucho sueño, ya llegaría el momento de lavar todo. Abrió la canilla para que el agua corriera y se fue para el dormitorio. No llegó. Antes de salir de la cocina el aceite de las suelas la hizo patinar y cayó al suelo. De cualquier manera se sentía muy cómoda en el suelo. Apoyó la cabeza en los mosaicos y se quedó dormida. La despertó el agua. Ligeramente aceitosa, el agua serpenteaba por la cocina, se ramificaba en sutiles hilos por las junturas de los mosaicos y, adelgazándose pero persistente, avanzaba hacia el comedor. A Margarita le dolía un poco la cabeza. Hundió su mano en el agua y se refrescó las sienes. Torció el cuello, sacó la lengua todo lo que le fue posible, y consiguió beber: ahora ya se sentía mejor. Un poco descompuesta, nomás, pero le faltaban fuerzas para levantarse e ir al baño. Todo estaba ya bastante sucio de todos modos.

No debía ensuciarse el vestidito. Margarita tenía seis años y no debía ensuciarse el vestidito. Ni las rodillas. Debía tener mucho cuidado de no ensuciarse las rodillas. Hasta que al caer la noche una voz gritaba: ¡a bañarse!, entonces ella corría frenéticamente al fondo de la casa, se revolcaba en la tierra, se llenaba el pelo y las uñas y las orejas de tierra, ella debía sentir que estaba sucia, que cada recoveco de su cuerpo estaba sucio para poder hundirse después en el baño purificador, el baño que arrastrará toda la mugre del cuerpo de Margarita y la dejará blanca y radiante como un pimpollo. ¿Hay pimpollos de margarita, mamá? Sintió una inefable sensación de bienestar.

Se corrió un poco del lugar donde estaba tendida y tuvo ganas de reírse. Su dedo señaló un lugar, próximo a ella, sobre el suelo. Caca, dijo. Su dedo se hundió voluptuosamente y después escribió su nombre sobre el suelo. Margarita. Pero sobre el mosaico rojo no se notaba bien. Se levantó, ahora sin esfuerzo, y escribió sobre la pared. Mierda. Firmó: Margarita. Después envolvió toda la leyenda en un gran corazón. Una corriente en la espalda la hizo estremecer. El viento. Entraba por las ventanas abiertas, arrastraba el polvo de la calle, arrastraba la basura del mundo que se adhería a las paredes y a su nombre escrito en las paredes y a su corazón, se mezclaba con el agua que corría en el comedor, entraba por su nariz y por sus orejas y por sus ojos, le ensuciaba el vestidito.

Cinco días después, un luminoso día de sol con el cielo gloriosamente azul y pájaros cantando, el marido de Margarita se detuvo ante un puesto de flores.

—Margaritas —le dijo al puestero—. Las más blancas. Muchas margaritas.

Y con el ramo enorme caminó hasta su casa. Antes de introducir la llave hizo una travesura, un gesto pícaro y colmado de amor, digno de ser contemplado por una esposa amante que estuviera espiando detrás de los visillos: se chupó el dedo índice y, levantándolo como un estandarte, analizó la dirección del viento. Venía del norte. De modo que el hombre, dócilmente, alegremente, paladeando de antemano el inigualable sabor de la reconciliación, dio la vuelta a su casa. Silbando una canción festiva abrió la puerta. Un chapoteo blando, gorgoteante, le llegó desde la cocina.

La hormiga Marco Denevi

Un día las hormigas, pueblo progresista, inventan el vegetal artificial. Es una papilla fría y con sabor a hojalata. Pero al menos las releva de la necesidad de salir fuera de los hormigueros en procura de vegetales naturales. Así se salvan del fuego, del veneno, de las nubes insecticidas. Como el número de las hormigas es una cifra que tiende constantemente a crecer, al cabo de un tiempo hay tantas hormigas bajo tierra que es preciso ampliar los hormigueros.

Las galerías se expanden, se entrecruzan, terminan por confundir se en un solo Gran Hormiguero bajo la dirección de una sola Gran Hormiga. Por las dudas, las salidas al exterior son tapiadas a cal y canto. Se suceden las generaciones. Como nunca han franqueado los límites del Gran Hormiguero, incurren en el error de lógica de identificarlo con el Gran Universo. Pero cierta vez una hormiga se extravía por unos corredores en ruinas, distingue una luz lejana, unos destellos, se aproxima y descubre una boca de salida cuya clausura se ha desmoronado.

Con el corazón palpitante, la hormiga sale a la superficie de la tierra. Ve una mañana. Ve un jardín. Ve tallos, hojas, yemas, brotes, pétalos, estambres, rocío. Ve una rosa amarilla. Todos sus instintos despiertan bruscamente. Se abalanza sobre las plantas y empieza a talar, a cortar y a comer. Se da un atracón. Después, relamiéndose, decide volver al Gran Hormiguero con la noticia. Busca a sus hermanas, trata de explicarles lo que ha visto, grita: “Arriba... luz... jardín... hojas... verde... flores...”

Las demás hormigas no comprenden una sola palabra de aquel lenguaje delirante, creen que la hormiga ha enloquecido y la matan.



El laberinto de Creta

La casa donde nació Teresilda Palomeque tenía cuarenta habitaciones, diez patios y ocho jardines.

Sin prisa y sin pausa se le fueron muriendo los padres, los hermanos todos solteros pero con una picadura en los huesos, las hermanas todas casadas aunque de salud muy frágil.

Teresilda, la menor, no se casó y sin embargo persistió en vivir sola y unánime en la insondable mansión.

Deambulaba por los aposentos, se paseaba por balcones y belvederes, subía y bajaba escaleras, trepaba a los áticos y a las terrazas, descendía a los sótanos, recorría los pasillos, las logias y los diez patios, serpenteaba entre los muebles y mariposeaba en los jardines.

En la vecindad corría el rumor de que Teresilda se había dividido en quince o veinte Teresildas todas iguales, porque costaba creer que una sola abriese tantas puertas y se asomase a tantas ventanas, por no mencionar el hecho increíble de que no tuviera el menor vestigio de fatiga ni alguna sirvienta que la ayudase en los quehaceres.

Una vez al mes los sobrinos la visitaban para aliviarle hoy un marfil y mañana una tetera de plata y le decían:

—Por Dios, tía Teresilda. Es absurdo que te empeñes en vivir sola en este tremendo caserón. El día menos pensado amanecerás muerta de esa misma fatiga que estás acumulando sin darte cuenta pero que en cualquier momento se te caerá encima como una montaña.

Y agregaban con alguna brutalidad, fruto de la preocupación:

—Si es que antes no entran ladrones y te estrangulan o te clavan un puñal en el pecho.

Al fin Teresilda se convenció de que se sentía cansada, aparte de amenazada por la delincuencia. En seguida los sobrinos iniciaron los trámites.

Una mañana Teresilda supo que la llevaban a una escribanía y que le hacían firmar unos papeles. Y esa misma tarde se enteró de que se había mudado a un departamento de la calle Vidt llevándose algunos muebles porque para qué más, Teresilda, por Dios, gemían los sobrinos, quienes enseguida la dejaron sola para distribuirse el resto del mobiliario.

Teresilda estaba acostumbrada a la soledad, así que se sintió a gusto. Pero también estaba acostumbrada a las felices correrías por las habitaciones, y quiso reanudarlas.

Dio un paso y tropezó con una pared. Dio otro paso en dirección contraria y chocó contra otra pared. Volvió a cambiar el rumbo y se llevó por delante una cómoda. Giró y la detuvo una mesa. Volvió a girar y embistió un aparador.

Vio una puerta, la abrió y no era una puerta para salir sino para entrar. Retrocedió, se golpeó con una ventana, quiso abrirla y asomarse, se asomó y del lado de afuera estaba el lado de adentro. Miró y miró y donde miraba los ojos se le hacían pedazos.

Entendió que estaba atrapada en un laberinto, en los vericuetos de una arquitectura caótica, en un dédalo tan enredado que no habría forma de salir, y ella moriría de hambre y de sed o devorada por algún minotauro.

Para qué gritar: nadie la oiría desde la remota calle Vidt.

Un mes después los sobrinos la buscaron por todo el único cuarto del departamento, la buscaron en la cocina americana y en el baño empotrado, la buscaron hasta en el pozo de aire y dentro de los muebles. Pero no la encontraron.

Es un misterio cómo habrá podido Teresilda abandonar el laberinto y fugarse nadie sabe a dónde.

Denevi. Marco

Punto Cruz

Cuando yo era chica tenía una maestra de Actividades Prácticas muy exigente.

Más bien sádica.

Nos proponía tareas muy difíciles. Un día llegó, trajo una ramita de aramo, la apoyó sobre el pupitre, y dijo que había que copiarla del natural. Por entonces, yo no tenía ninguna habilidad manual, y como en clase no me dejaban hablar, prácticamente no me lucía en nada. Pero aquel día, copiando el estilo del dibujo de mi compañera, tuve la sensación de que la ramita de aramo me había quedado realmente bien. En la clase siguiente, me la devolvió la maestra con un 3 al pie de la página y con una nota en rojo atravesando el dibujo que decía “Aprende a dibujar”.

En la clase siguiente, llegó y dijo: “A partir de ahora, empezarán a entrenarse en el bordado del futuro ajuar”. Estábamos en 5º grado, pero yo sabía que había que prepararse con tiempo.

—Deben traer un rectángulo de tela blanca de 25 x

40. Les recomiendo que la tela sea muy delicada: batista o nansú.

Por mis características personales, mi telita es- taba toda arrugada antes de empezar la tarea. Dijo la maestra que había que sacar del costado unos hilitos, dejar en la trama un caminito vacío para iniciar- nos, antes que nada, en la práctica de una vainilla simple. Ese punto lo conocía mi mamá. No tuve ningún problema.

Segunda clase: Vainilla doble.

Mi abuela, mi nona. Me hizo unos bastoncitos bastante chuecos para disimular su colaboración.

Tercera clase: Punto turco.

Recurrimos a una bordadora de la vuelta de mi casa, una señora tan buena que no nos quiso cobrar.

Hasta que el miércoles anterior a Semana Santa, en la última hora de clase, nos dijo: “Para el próximo lunes, me traen terminado el Punto... Richelieu!”.

Nadie lo conocía. Pero yo hice lo que tenía que hacer: me olvidé de la tarea.

Quedó en el fondo del portafolio.

El domingo por la noche, cuando lo abro, encuentro la telita toda arrugada entre los cuadernos. Llegué a la cocina yo también hecha un trapo. Mi mamá me lanzó una frase de domingo: “Te hubieses ocupado antes”. Mi papá, en cambio, miraba la telita de reojo, silencioso y conmovido.

De pronto, golpearon a la puerta de mi casa. Do- mingo de Pascua por la noche, después de cenar, en una ciudad chica, estaba lloviznando... ¿quién podría ser?

Abro la puerta. En la vereda, un matrimonio que yo no conocía. Detrás, una camioneta llena de barro. Venían del campo. La mujer traía en la mano una bolsa de arpillera con algo que se movía adentro.

—¿Acá vive el señor Walter Bovo?

—Es mi papá.

—Ay, querida... hace como 3 horas que estamos dando vueltas con mi marido buscando esta casa y no la podíamos encontrar. Le traigo 2 gallinas de regalo a tu padre (están vivas) porque él vino a darme sangre cuando me operaron de vesícula. Sin conocerme, mirá. Como es Pascua, le quería agradecer.

—Pasen, pasen.

Mi papá tenía un grupo y un factor sanguíneo muy poco frecuente, y venían muy seguido a pedirle sangre. Así que acá estaba una de las destinatarias de la sangre de mi padre.

—Adelante, adelante.

Mi mamá hizo pasar a las gallinas al patio y a las visitas al comedor.

De pronto, la cocina se llenó de voces entusiastas, de una conversación amena e inesperada. Vi a mi madre preparando café y a mi papá sirviendo un licor.

Miré las manos de la mujer: regordetas y bastante delicadas por ser una mujer que trabajaba en el campo.

Me acerqué despacito y le pregunté al oído:

—Señora... ¿usted por casualidad no conocerá un punto... Richelieu?

Hizo un silencio. Se llevó la mano a un prendedor de oro con sus iniciales que le cerraba la blusa.

—...Ay querida, mirá el recuerdo que me trajiste.

Es el que más usé para bordar mi ajuar.

Le alcancé la telita y en un instante me resolvió la tarea. Después la dejó sobre la mesa, se levantaron, se fueron.

En mi casa nunca supimos cómo se llamaban ellos ni de qué pueblo habían venido. Me encanta pensar ahora que mi papá era capaz de dar su sangre con tal de que a mí, un domingo por la noche, con la tarea sin hacer, se me presente en mi propia casa una señora que borda con las manos de un hada.

Ana María Bovo

Córdoba, 1951

Escritora, narradora oral, actriz, docente, dramaturga y directora de teatro. Ha escrito *Cuentos de humor y amor* (2011) y *Cuentos de humor y amor 2* (2012); las novelas *Rosas colombianas* (2008) y *La mujer del tiempo* (2018). Referente de la narración oral, ha realizado espectáculos, como *Fiesta en el jardín y otros cuentos*, *Humor Bovo*, *Maní con chocolate* y *Hasta que me llames*, entre otros.

De todos los textos leídos se seleccionaron los más desconocidos.

Obras Leídas

Lírica

Cuando sea grande, de Álvaro Yunque

Mamá: cuando sea grande
voy a hacer una escalera
tan alta que llegue al cielo
para ir a coger estrellas.
Me llenaré los bolsillos
de estrellas y de cometas,
y bajaré a repartirlos
a los chicos de la escuela.
Para ti voy a traerte,
mamita, la luna llena,
para que alumbré la casa
sin gastar en luz eléctrica.

Apegado a mí, de Gabriela Mistral

Velloncito de mi carne
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmeme apegado a mí!
La perdiz duerme en el trébol
escuchándote latir:
no te turben mis alientos,
¡duérmeme apegado a mí!
Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir
no te sueltes de mi pecho
¡duérmeme apegado a mí!
Yo que todo lo he perdido
ahora tiemblo hasta al dormir.
No resbales de mi brazo:
¡duérmeme apegado a mí!

Madre Teresa de Calcuta

Enseñarás a volar... pero no volarán tu vuelo.
Enseñarás a soñar... pero no soñarán tus
sueños.
Enseñarás a vivir... pero no vivirán tu vida.
Enseñarás a cantar... pero no cantarán tu
canción.
Enseñarás a pensar... pero no pensarán como
tú.
Pero sabrás que cada vez que ellos vuelen,
sueñen, vivan, canten y piensen...

¡Estará en ellos la semilla del camino
enseñado y aprendido!

Palabras a mi madre Alfonsina Storni

No las grandes verdades yo te pregunto, que
No las contestarías; solamente investigo
Si, cuando me gestaste, fue la luna testigo,
Por los oscuros patios en flor, paseándose.

Y si, cuando en tu seno de fervores latinos
Yo escuchando dormía, un ronco mar
sonoro
Te adormeció las noches, y miraste, en el
oro
Del crepúsculo, hundirse los pájaros
marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera,
Y la envuelve una nube de locura ligera
Cuando la luna nueva sube al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros.
Arrullada en un claro cantar de marineros
Mirar las grandes aves que pasan sin
destino.

A mi madre Rosalía de Castro

Porque es ángel de amor en el cielo
y es amor en la tierra una madre;
porque madre es perdón y consuelo,
dulce abrigo, seguro de paz.



Algunas veces encuentras en la vida
 una amistad especial:
 ese alguien que al entrar en tu vida
 la cambia por completo.
 Ese alguien que te hace reír sin cesar;
 ese alguien que te hace creer que en el mundo
 existen realmente cosas buenas.
 Ese alguien que te convence
 de que hay una puerta lista
 para que tú la abras.
 Esa es una amistad eterna...
 Cuando estás triste
 y el mundo parece oscuro y vacío,
 esa amistad eterna levanta tu ánimo
 y hace que ese mundo oscuro y vacío
 de repente parezca brillante y pleno.
 Tu amistad eterna te ayuda
 en los momentos difíciles, tristes,
 y de gran confusión.
 Si te alejas,
 tu amistad eterna te sigue.
 Si pierdes el camino,
 tu amistad eterna te guía y te alegra.
 Tu amistad eterna te lleva de la mano
 y te dice que todo va a salir bien.
 Si tú encuentras tal amistad
 te sientes feliz y lleno de gozo
 porque no tienes nada de qué preocuparte.
 Tienes una amistad para toda la vida,
 ya que una amistad eterna no tiene fin.

Neruda

Amigo mío, tengo tanta necesidad de tu amistad.
 Tengo sed de un compañero que respete en mí,
 por encima de los litigios de la razón, el peregrino
 de aquel fuego.
 A veces tengo necesidad de gustar por adelantado
 el calor prometido
 Y descansar, más allá de mi mismo, en esa cita
 que será la nuestra.
 Hallo la paz. Más allá de mis palabras torpes,
 más allá de los razonamientos que me pueden
 engañar,
 tú consideras en mí, simplemente al Hombre,
 tú honras en mí al embajador de creencias, de
 costumbres, de amores particulares.*
 *Si difiero de ti, lejos de menoscabarte te
 engrandezco.
 Me interrogas como se interroga al viajero,
 Yo, que como todos, experimento la necesidad de
 ser reconocido,
 me siento puro en ti y voy hacia ti. Tengo
 necesidad de ir allí donde soy puro.
 Jamás han sido mis fórmulas ni mis andanzas
 las que te informaron acerca de lo que soy,
 sino que la aceptación de quien soy te ha hecho,
 necesariamente, indulgente para con esas
 andanzas y esas fórmulas.
 Te estoy agradecido porque me recibes tal como
 soy.
 ¿Qué he de hacer con un amigo que me juzga?
 Si todavía combato, combatiré un poco por ti.
 Tengo necesidad de ti. Tengo necesidad de
 ayudarte a vivir.

Antoine de Saint-Exupéry

«La Loba» - En: La inquietud del rosal 1919 -

Alfonsina Storni

Mujer, madre, feminista, poetisa, actriz, dramaturga, gremialista, revolucionaria, maestra rural, Alfonsina Storni. Una mujer que se abrió camino en un mundo de hombres, en una época donde luchar por la igualdad era de locas, entró en la literatura dejando marcas de introspección, pero sobre todo de visión social hacia las desigualdades, denunciando los privilegios de los varones, pero sin dejar de lado el amor en sus versos.

Yo soy como la loba.

Quebré con el rebaño

Y me fui a la montaña

Fatigada del llano.

Yo tengo un hijo fruto del amor, de amor sin ley,

Que no pude ser como las otras, casta de buey

Con yugo al cuello; ¡libre se eleve mi cabeza!

Yo quiero con mis manos apartar la maleza.

Mirad cómo se ríen y cómo me señalan

Porque lo digo así: (Las ovejitas balan

Porque ven que una loba ha entrado en el corral

Y saben que las lobas vienen del matorral).

¡Pobrecitas y mansas ovejas del rebaño!

No temáis a la loba, ella no os hará daño.

Pero tampoco riáis, que sus dientes son finos

¡Y en el bosque aprendieron sus manejos felinos!

No os robará la loba al pastor, no os inquietéis;

Yo sé que alguien lo dijo y vosotras lo creéis

Pero sin fundamento, que no sabe robar

Esa loba; ¡sus dientes son armas de matar!

Ha entrado en el corral porque sí, porque gusta

De ver cómo al llegar el rebaño se asusta,

Y cómo disimula con risas su temor

Bosquejando en el gesto un extraño escozor...

Id si acaso podéis frente a frente a la loba

Y robadle el cachorro; no vayáis en la boba

Conjunción de un rebaño ni llevéis un pastor...

¡Id solas! ¡Fuerza a fuerza oponed el valor!

Ovejitas, mostradme los dientes. ¡Qué pequeños!

No podréis, pobrecitas, caminar sin los dueños

Por la montaña abrupta, que si el tigre os acecha

No sabréis defenderos, moriréis en la brecha.

Yo soy como la loba. Ando sola y me río

Del rebaño. El sustento me lo gano y es mío

Donde quiera que sea, que yo tengo una mano

Que sabe trabajar y un cerebro que es sano.

La que pueda seguirme que se venga conmigo.

Pero yo estoy de pie, de frente al enemigo,

La vida, y no temo su arrebató fatal

Porque tengo en la mano siempre pronto un puñal.

El hijo y después yo y después... ¡lo que sea!

Aquello que me llame más pronto a la pelea.

A veces la ilusión de un capullo de amor

Que yo sé malograr antes que se haga flor.

Yo soy como la loba,

Quebré con el rebaño

Y me fui a la montaña

Fatigada del llano.

Gracias a La Vida

Violeta Parra

Gracias a la vida, que me ha dado tanto
Me dio dos luceros, que cuando los abro
Perfecto distingo lo negro del blanco
Y en el alto cielo, su fondo estrellado
Y en las multitudes, el hombre que yo amo

Gracias a la vida, que me ha dado tanto
Me ha dado el oído, que en todo su ancho
Graba noche y días, grillos y canarios
Martillos, turbinas, ladridos, chubascos
Y la voz tan tierna de mi bien amado

Gracias a la vida, que me ha dado tanto
Me ha dado el sonido y el abecedario
Con él, las palabras que pienso y declaro
Madre, amigo, hermano, y luz alumbrando
La ruta del alma del que estoy amando

Gracias a la vida, que me ha dado tanto
Me ha dado la marcha de mis pies cansados
Con ellos, anduve ciudades y charcos
Playas y desiertos, montañas y llanos
Y la casa tuya, tu calle y tu patio

Gracias a la vida, que me ha dado tanto
Me dio el corazón, que agita su marco
Cuando miro el fruto del cerebro humano
Cuando miro el bueno tan lejos del malo
Cuando miro el fondo de tus ojos claros

Gracias a la vida, que me ha dado tanto
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto
Así yo distingo dicha de quebranto
Los dos materiales que forman mi canto
Y el canto de ustedes que es el mismo canto
Y el canto de todos que es mi propio canto

Gracias a la vida, que me ha dado tanto

Patria - Leopoldo Díaz

(Soneto)

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
patria es la tierra donde se ha soñado,
patria es la tierra donde se ha luchado,
patria es la tierra donde se ha nacido.

Patria es la selva, en el oscuro nido,
la cruz del cementerio abandonado,
la voz de los clarines que ha rasgado
con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
que en el enorme piélago sonoro
deja una blanca estela en su camino.

Y Patria es el airón de la bandera,
que ciñe con relámpagos de oro
el sol, como una virgen cabellera.

Leopoldo Díaz (Chivilcoy, Argentina, 1862-Buenos Aires, 1947) fue un poeta, abogado y diplomático argentino. Uno de los impulsores del movimiento modernista en la poesía. Fue académico de número de la Academia Argentina de Letras, donde ocupó el sillón n.º 10:

Carlos Guido y Spano

Tú me quieres blanca

Tú me quieres alba,
me quieres de espumas,
me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada.

Ni un rayo de luna
filtrado me haya.
Ni una margarita
se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
tú me quieres blanca,
tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
las copas a mano,
de frutos y mieles
los labios morados.
Tú que en el banquete
cubierto de pámpanos
dejaste las carnes
festejando a Baco.
Tú que en los jardines
negros del Engaño
vestido de rojo
corriste al Estrago.

Tú que el esqueleto
conservas intacto
no sé todavía
por cuáles milagros,
me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
¡me pretendes alba!

Huye hacia los bosques,
vete a la montaña;
límpiame la boca;

vive en las cabañas;
toca con las manos
la tierra mojada;
alimenta el cuerpo
con raíz amarga;
bebe de las rocas;
duerme sobre escarcha;
renueva tejidos
con salitre y agua:

Habla con los pájaros
y lévate al alba.
Y cuando las carnes
te sean tornadas,
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada,
entonces, buen hombre,
preténdeme blanca,
preténdeme nívea,
preténdeme casta.

Voy a dormir

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación, la que te guste;
todas son buenas: bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

Hombre pequeñito

Hombre pequeñito, hombre pequeñito,
Suelta a tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeñito,
Déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeñito,
Hombre pequeñito que jaula me das.

Digo pequeñito porque no me entiendes,
Ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
Ábreme la jaula que quiero escapar;
Hombre pequeñito, te amé media hora,
No me pidas más.

Nuestros textos

Las vocaciones

14.04.25

Recuerdo tener, de niña, muchos lápices de colores y hojas. Me gustaba mucho dibujar y colorear dibujos impresos.

Solía bailar horas y horas, buscando crear alguna coreografía. La vida, en algunas ocasiones, me permitió participar en clases de baile. Practiqué danza jazz, cuando era algo más grande, ya que lograba pagar las clases con mi trabajo. También practiqué salsa y baile americano, pero las situaciones en la vida, los problemas con el papá de mis hijos y algunos problemitas de salud me desanimaron y hace tiempo que no bailo...ni siquiera en casa y porque sí.

Respecto al dibujo, cada tanto me tomo un ratito para pintar o realizar alguna artesanía. Siempre mi vida está atravesada por el arte. En una época estudié lenguaje musical y tomé clases de guitarra y percusión.

Actualmente participo de este taller.

Otra cosa que recuerdo es que jugaba a cuidar a mis bebotes como si fueran reales. Adoraba cambiarlos, simular que les daba de comer, pasearlos. Con la llegada de mis hijos, reafirmé mi vocación por el cuidado de los niños, ser madre.

Cuando crecí, comencé a ser una gran compañía para mi abuela. Ella vivía sola y tenía depresión. Me gustaba acompañarla, jugar con ella y hacerla reír. Entonces descubrí que me gusta ayudar a la gente para que su vida sea mejor, y es algo que hoy trato de hacer pero no sé cómo...o tal vez huyo de ello, o no creo en mí misma.

Mi abuela ha sido el eje central en mi vida. Ella tuvo tres hijos varones y deseaba mucho una hija. En algún momento, consideró, junto a mi abuelo, adoptar a una niña. Pero la vida los separó en malos términos y ella aguardó a tener nietas.

Por problemas familiares a su primera nieta casi no la pudo ver ni compartir su crecimiento, mi tía dejó bien claro que era su hija y que no quería intromisiones. Mi mamá fue más blanda, así que nací yo y ocupé ese lugar: la hija que no tuvo.

Aquello fue fuente de interminables conflictos por no ocupar de lleno su rol de abuela y solapar el de mi madre. A la vez ha sido un regalo para mí, porque mi madre no tenía el carácter suficiente para ser guía y a diferencia de mi crianza, mis hermanos han crecido “con el tronco torcido” y no lograron tener una vida medianamente normal.

Y como la vida te recuerda estas cosas, cuando nació mi hija, viví una situación muy parecida con la suegra, que quiso ocupar el lugar de la madre. A diferencia de mi madre, me impuse, si bien atravesé muchos conflictos, errada o no, con aciertos y desaciertos cuidé de mi hija lo mejor que supe. Y ahora, que es más grande, logra interactuar con su vuela como nieta.

Laura Cappabianca

En mi infancia viví con mi abuela materna, venía de una familia muy pobre, no tenía juguetes, tampoco una muñeca, usaba una tijera abierta para vestirla...por supuesto no tenía cabeza, pero era lo único que tenía para entretenerme. Era muy feliz poco.

Viví inmensamente feliz al lado de mi abuela con lo poco que teníamos.

Pensaba que en el futuro iba a ser docente en escuelitas rurales, para poder ayudar a esos niños que también sufren pobreza y a los que todo les cuesta más que a otros.

Pero no lo pude hacer, quedó trunco mi sueño. Mi vocación era enseñar.

Susana Rucca

Desde que era chica, siempre cociné. Fue algo que me fascinó durante mucho tiempo. Con el paso de los años dejé de hacerlo ya que empecé a hacer otras cosas.

Eso de cocinar podría ser mi vocación u ocupación cuando sea grande. Aunque no sé porque hoy me gustan otras cosas.

Creo que lo que me hizo SER, es mi mamá. Ella tuvo muchas actitudes que me hicieron ser lo que soy como persona aunque yo fui la que tomó la decisión de llevar a cabo respuestas a sus estímulos.

Otra persona importante puede ser mi tío paterno, él tiene muchos problemas, tanto físicos como emocionales que yo también padezco.

Zahira Chávez

Fui la hermana mayor y era la que tenía que cuidar y tener responsabilidades.

Hacer las cosas bien y como me decían mis padres: “dar el ejemplo” a mis hermanos.

Cintia Valdez

Cuando era muy chica, me encantaban los libros. No leer, puesto que no me gustaba para nada. Pero sí la forma de un libro, el olor a viejo de las hojas y el color amarillento.

En mi casa no había muchos: nadie leía ni escribía. Algunas personas de mi familia nunca se han interesado por esas cosas. Es por eso que, tanto para ellos como para mí, es difícil entender mi gran amor y fascinación por ellos.

Sí reconozco que mi abuelo cuando era joven escribía poemas. Hace poco lo descubrí quedé maravillada. No solo porque había encontrado a alguien con quien compartir el amor por la poesía sino también porque me pareció que tenía mucho talento.

Con él tengo mucho en común y me encanta pensar que mi amor por el dibujo, la música, la cocina y ahora la poesía provienen de él, de todos sus sueños frustrados.

Maia Gerez

Lo que hacía mucho, era dar órdenes a mis hermanos. Mi abuela paterna decía que iba a ser policía o general. Tengo seis hermanos varones.

Mi abuela materna siempre me decía que uno es el sustento de la familia. La mujer siempre tiene que estar bañada y perfumada para cuando llegue el marido, tenerle la comida preparada, no contarle problemas a la hora de cenar.

Mi mamá lo seguía al pie de la letra.

Siempre el ama de casa debe tener la casa hecha un espejo, jamás hablar con hombres en la calle: “Uno es una mujer casada, no puede hacer eso...qué diría la gente”

Todas las cosas que se deben hacer, nunca se podía ir a tomar el té con amigas, descansar, salir a dar una vuelta o simplemente no hacer nada. Nada de eso se podía hacer, uno solo estaba para servir al hombre. Entre la casa, los hijos y el esposo...¿Uno dónde quedaba?

Para colmo, era yo la única mujer ¿¿Por qué?! Y me olvidaba: tenía que saber hacer de todo para cuando me casara. Mi marido no tendría que quejarse. Lo que faltaba, ya tenía veinticuatro años y aún soltera.

Mi abuela ponía el grito en el cielo. No vaya a ser que me quede para vestir santos.

Silvana Molina

En mi infancia me gustaba escribir cuentos de terror con mi vecina.

Por las noches, en época de verano, nos juntábamos en la casa de una de las dos y llevábamos a todos lados un cuaderno con nuestras creaciones. Barbi y yo subíamos al techo a escribir sobre alguna temática que había surgido durante el día, en el barrio.

Los personajes de nuestras historias eran los vecinos: la almacenara, el camionero de la cuadra. Sobre ellos recaían los delirios imposibles que nuestras mentes decidían.

Disfrutábamos al crear situaciones para ellos que hubiésemos querido que vivieran. Los matábamos en nuestros cuentos, los secuestrábamos. Nuestros vecinos fueron el material de nuestra infancia. Con ellos comencé a experimentar la escritura.

Otro aspecto que conecto entre mi presente y la infancia es que yo rezaba mucho. Sentía una profunda emoción por la vida de Jesús, la virgen María y la energía de Dios. Hubo una época en la que creí que mi futuro iba a ser vivir en un monasterio.

Hoy, esa espiritualidad la sigo conservando pero desde una perspectiva más desprejuiciada.

Sobre mis constelaciones me parece que veo a las mujeres que me anteceden como mujeres solitarias en lo que se refiere al amor.

Mi bisabuela tuvo un amor que iba y venía, como las olas del mar. Estaba enamorada de un marinero. Ese amor que no pudo vivir o disfrutar como ella hubiese deseado hizo que su corazón guardara cierto rencor o herida de abandono.

Mi abuela fue una mujer desconfiada con los hombres. Ello me decía con énfasis: que los hombres están pero no son de fiar porque su marido se fue cuando ella quedó embarazada y volvió cuando mi mamá tenía cinco años. Mi abuela siempre amó a mi abuelo a pesar de su historia y en sus ojos siempre vi que se hubiera entregado nuevamente al amor.

Mi madre me mostró la imagen de una mujer sola, rodeada de otras gentes que aportaban mayor plenitud que un amor de pareja.

Hoy asumo que me reconozco en esas mujeres que sintieron un amor que no lograron disfrutar por miedo. Veo en mis antepasados mujeres con creencias repetidas sobre los hombres y el amor, pero veo posibilidades de continuar o no con lo que me mostraron.

Agradezco lo que fue en la historia familiar y les pido permiso para hacerlo de otra manera...a mi manera.

Denise Fredes

Leímos cuentos de terror: *El monte de las ánimas* - **Gustavo Adolfo Bécquer**

Historia real

Era una noche fría y lluviosa; despertó aterrado, sin poder contenerse comenzó a llorar desconsoladamente...

Esa noche, Erik se había ido a dormir con un sentimiento extraño, lo atribuyó al hecho de que había estado todo el día en el cementerio, pero algo le resonaba en la cabeza; algo así como un mal presentimiento.

Cuando estaba a punto de dormirse logró divisar la figura de su abuela Lorena, la madre de su papá. Ella es muy importante para él, puesto que no tiene a otra; la madre de su mamá estaba en el cementerio. Siempre que visitaban su tumba Erik lograba verla, un poco tenue o translúcida dando vueltas alrededor de la cripta familiar. Ella nunca lo miraba, solo está ahí con la mirada fija en la nada.

Ese día, algo extraño sucedió, casi por un segundo, él sintió que ella lo observaba pero cuando se percató ya se había ido.

Mientras dormitaba, oía a Lorena hablarle, no entendía nada pero supo en qué momento se fue.

En algún momento de esa noche, comenzó a soñar, era un sueño diferente, mucho más oscuro de lo habitual. Se encontraba con una nena que tomaba mate con su abuela Lorena. De la nada surgía la otra, la que yacía en el cementerio. Se sentó junto a ellos, tenía la mirada triste y sin decir una palabra. Al cabo de un rato se levantó de prisa, miró a Lorena, quien, casi involuntariamente, asintió, se levantó de su silla y juntas, casi a coro dijeron: “Ya nos tenemos que ir” y se desvanecieron en una neblina densa.

Luego de esta escena despertó.

El susto por perder a su abuela lo atormentaba demasiado, no podía vivir con la idea de que ella no estuviera; así que se levantó de su cama y corrió hacia su casa.

En el camino, su miedo fue creciendo; ese sueño lo había afectado. Creyó que venía a avisarle de la pronta muerte de su abuela.

Cuando llegó, la encontró sentada bajo el árbol de naranjas...parecía dormir. La emoción le ganó y corrió a abrazarla mientras lloraba. No le contó su sueño. No quería preocuparla.

Luego de ese día, nunca más volvió al cementerio.

Ese sueño aún lo a tormenta.

Maia

Gerez

Todo lo que las demás personas hacen con normalidad, siempre implicó un mayor esfuerzo para mí.

Durante la mañana, si como una tostada, lo hago con lentitud y el café lo bebo a pequeños sorbos. Cuando me visto para ir a la oficina, procuro no usar prendas que puedan ceñir mi cuello y asfixiarme. El día en que todo cambió, tiré a la basura todas mis bufandas y corbatas.

Fui a una feria que se hace en la ciudad, entré a un stand por curiosidad para que me leyera las cartas.

Para llegar al trabajo, conduzco mi auto y es uno de los peores momentos del día, la ansiedad me hace transpirar a pesar de que lo hago meticulosamente por caminos alternos a las avenidas, donde mayormente ocurren accidentes.

Una noche en el programa de televisión que solía mirar, dieron la impactante noticia de la muerte en masa de una familia. Un abuelo veterano los había envenenado a todos, aludiendo que eran espías de Rusia o algo así.

Desde ese momento comencé a alejarme de mi familia y amigos. Me aislé del mundo y desconfío hasta de mi sombra. Salgo a la calle solo para trabajar y hago mis compras online.

Me aterra salir y encontrarla en cualquier esquina.

Me aterra que aquella profecía se cumpla. Un seis de junio a las seis de la tarde una tarotista con aspecto de bruja me dijo que las cartas no podían ver mi futuro, que la muerte se interponía en él.

Asustado pero incrédulo, fui a ver a otra adivina que leyera mi mano, también dijo que no veía futuro, solo a la muerte.

Al salir de ese lugar, unos gitanos se me quedaron mirando de manera extraña, pero decidí ignorar todos los hechos, seguramente se trataría de una singular coincidencia.

El sol empezaba a caer. Miré hacia abajo y me encontré cara a cara con la sombra de la muerte. Una Parca me susurró: “No podés escapar de tu destino”

Ahora vivo como puedo. Trato de esquivarla pero cada día la siento más cerca de mí. Puedo sentir sus pasos, sus asquerosas risas. Es como si se hubiera enamorado de mí

Morela Peralta

Apareció un señor que era tan grande y tan feo que causaba mucho miedo en la ciudad.

Era muy alto y en lugar de piel tenía escamas como el pez. Para poder caminar se bamboleaba, lugar de hablar, soltaba un sonido mezcla de bocina y silbido. Sus ojos eran muy grandes y redondos. Entre ellos, en lugar de nariz, tenía dos aberturas como rajaduras.

En lugar de brazos, tenía como dos pontones para los costados y era totalmente recto.

Francisco Lorenzo Schemberger

Hoy mi abuela se siente enferma, así me lo comunicó su amable vecina.

Es que ella no quiere usar la nueva tecnología, añora su viejo teléfono que en estos tiempos, con el pretexto de la modernización cayeron en desuso / se extinguieron.

Como la vecina no refirió demasiados detalles, decidí que luego de la jornada laboral, iría a acompañarla para que no pasara sola la noche. Pero hoy hubo balance y salimos hacia nuestras casas mucho más tarde que de costumbre. Esto me obliga a comprar comida al paso y me es difícil qué compartir con ella. Esas comidas no son adecuadas para su edad. Prefiero enroscar mi mente con este asunto, no quiero que se detenga en el pequeño detalle, me provoca escalofríos.

La última vez que recorrí esos pasos a esas horas, me juré no volver por allí, más temprano, claro que sí. Este día se complotó conmigo y no sucede así.

Debo planear una estrategia, tener un plan, no quiero que se me pegue nada. No quiero sentir mis pasos y otros tantos detrás. La primera vez creí que se trataba de un asalto, en estos tiempos, es muy común cuando encuentran a una mujer sola caminando a ciertas horas, cuando ya todos están dentro de sus hogares.

Sentí alegría por equivocarme, pero me quitó el sueño de unas tantas noches y me llenó el tiempo de rezos y actos a los que personas conservadoras no se atreverían: el quitarme ese frío pesado de la espalda y los chasquidos de la hojarasca por las medianoches. Hoy no estoy lista para enfrentarme a ello. Pero tengo que ir.

Laura Cappabianca.

Las gotas se oían golpear sobre la chapa del techo de la cucha del perro.

Últimamente, a pesar de la adoración que tenía por mi hermana, no dormía allí, en la cucha al lado de su habitación y hoy tampoco era la excepción.

No la culpo, yo tampoco quiero estar cerca de ese cuarto, no es porque haya olor a algo por el estilo, es simplemente por un muñeco.

Acurrucado en mi cama junto al perro, tapados hasta la cabeza, intentaba dormir, pero era imposible por los ruidos provenientes del cuarto de al lado, el de mi hermana. No iba a ir, no diré nada, solo me aferraré al perro. Sé bien que no es ella sino que el muñeco, ese muñeco hecho de tela, semidescosido, que hizo ella y al que dejó su cara a medio hacer, tras su muerte.

He visto moverse por sí mismo al muñeco desde entonces, a través de la ventana. A veces se recuesta en la cama como lo hacía ella, mirando el techo, con el único hueco, como un ojo, que le hizo mi hermana. Otras veces se para frente a la puerta como esperando que se abra.

También lo he visto remover algunos objetos de ella: sus libros, ropa o revolver los cajones llenos de “materiales para manualidades” como decía ella...busca algo y yo sé qué es: la llave.

La llave con la que cerramos el cuarto tras la muerte de mi hermana.

Tengo miedo, creo que debería huir o bloquear la puerta. Pero lo único que acierto a hacer es aferrarme más al perro que tiembla al igual que yo y está empezando a llorar. Nos cubro aún más con las mantas, pues hemos escuchado la puerta, aquella de la cual se quejaba mi hermana por lo ruidosa que era.

Pues ahora se ha abierto y sé perfectamente que luego sigue la mía y sé que nadie me va a socorrer. Solo estamos nosotros dos en casa y aquel malévolo muñeco.

Karen Leguizamón

Nuestras cartas

02 de agosto 2025

Leímos *Carta a una señorita en París* de **Julio Cortázar**; y algunas cartas interesantes de Napoleón a Josefina; de Einstein a una niña; de Simone de Beauvoir a Jean Paul Sartre; de Hemingway a Marlene Dietrich; de Dostoievsky a su esposa Ania; de Frida Kahlo a Diego Rivera; de Cortázar a Alejandra Pizarnik; de Oscar Wilde a Alfred Douglas.

Luego escribimos una **Carta a...**

Carta a mis abuelos

¿Cómo empezar a escribir mis pensamientos hacia ustedes? Si a diario les hablo y converso con los consejos y enseñanzas que me dejaron.

Sus voces susurran a mis oídos como si nunca las hubiese dejado de oír.

De vos, abuelo, tomo tu paciencia inagotable frente a las penurias de la vida. Tu silencio “hablador” ante las exigencias sistemáticas de un tiempo en aceleración.

Hoy te preguntaría cómo aprendiste la templanza y la resignación frente a las situaciones que se jactan de su sorpresa y sé que tus ojos dirían: “Esto ya sucedió muchas veces antes. No te preocupes”.

Te preguntaría, abuelo, cómo atravesar las despedidas sin derrumbar mis huesos y continuar fingiendo que me asombro. Te pediría que me acompañes una vez más a comer mandarinas al sol, para seguir desafiando el desarraigo que habitó en tu corazón.

Abuelo, hoy entiendo por qué tuviste y quisiste tan poco.

Sé que no necesitabas nada más que estar con nosotros. Gracias por haberme dejado tanto.

A vos, abuela, quiero agradecerte el haberme tapado con tus manos invisibles siempre que necesité abrigar mi cuerpo y mi corazón.

De vos aprendí a cuidar a los que amo, a tenerle miedo a las tormentas y un poco al amor.

Elijo quedarme con la incondicionalidad de tus abrazos y la calidez de tus ojos. Todos querían estar a tu lado abuela, porque a pesar de tu firmeza, resultaste ser el cobijo de plumas para muchos.

Mis abuelos. Mis primeros guías en la vida. Quienes me enseñaron como pudieron, pero siendo muy conscientes de ello ¡Cuánta grandeza y entrega a la familia!

Les dejo esta carta de confesión, de amor eterno. Gracias.

Denise Fredes

Carta a Dios

Caminaba por los pasillos de tu templo, cuando creí verte pasar, pero no estabas. Mirando hacia el cielo busqué un destello de tu gloriosa luz, pero no vi nada. En una plegaria imaginé que me hablabas, otra vez, no estabas.

Me disfracé de cielo y de infierno, tal vez, así aparecías pero solo sentí tu lejanía. En cada esquina, en cada lágrima, en cada pecado, no estabas ¿Será la fe imaginaria?

A veces siento que ya no me escuchas, aunque trate de encontrarte en cada rincón del mundo. Será/Parece en vano porque parece que huis de mí. Tal vez /Quizás estoy maldecida, me bendijiste con el poder del desencuentro. No tengo tu correo ni tu dirección, podría enviar esta carta al cielo y dártelo cuando nos encontremos.

Morela Peralta

Carta a una profesora

Señora profesora Adriana:

Me dirijo a Ud. con el fin de decirle que me había olvidado totalmente que pidió que escribiéramos una carta a alguien. Se me ocurrió escribirle a Ud. ahora.

Si no la termino hoy, la terminaré en el aula, porque siempre llego temprano aunque hoy me entretuve con la guitarra.

Lorenzo F. Schemberger

Nuestros perfiles

Sábado 20.09.25

Leímos vida y literatura. Desde dónde escribimos, el universo de nuestro discurso se constituye desde las experiencias que vivimos, que se transforman en materia prima de la creación literaria.

Analizamos el caso de **Louise May Alcott** y *Mujercitas*.

Luego escribimos nuestros perfiles a partir de algunas ideas:

- 1.- ¿En qué lugar imaginario nací?
- 2.- En la niñez me gustaba...
- 3.- Mi familia es...
- 4.- El día en que...
- 5.- Mi color favorito es...
- 6.- Me identifico con... (Elemento de la naturaleza)
- 7.- Entre verdades y mentiras.

Nací en el interior de un árbol naranjero. En él nací y en él viví toda mi vida. Ahuecado por completo y con ramaje interior, formaba una escalera natural hacia su copa. Allí estaban mi casa y mi familia. Sus hojas nos protegían del frío y de la lluvia, pero dejaban un agujero pequeño por donde se veían las estrellas en las noches. De sus frutos nos alimentábamos y gracias a ellos continuamos con prosperidad.

En la niñez me gustaba...cantar por lo alto en inglés, en español, en italiano y en portugués. No era muy buena cantando en otros idiomas, es la verdad, pero en aquel momento me creía una estrella; cantaba con mucha emoción y amaba hacerlo, me sentía libre y feliz.

Maia Gerez

No podría decir hace cuánto tiempo habito en el mundo, mis esfuerzos por recordarlo son en vano. Solo sé que cuando nací a mi alrededor había mucha oscuridad, hasta que abrieron y pude ver cuatro paredes de color rosa pastel, una gran cama victoriana cubierta por un dosel, largos estantes cubiertos por peluches y una tierna sonrisa. Nací girando, estática con mis brazos elevados y mis piernas cruzadas. En cada ocasión en que dejo de ver la oscuridad de mi hogar de cristal, me elevo junto a una dulce melodía que comienza a sonar. A veces oigo que la tierna sonrisa dice: “Vení, veamos a la bailarina girar”

Cuando era pequeña y hasta el día de hoy, me gustaba la música. Cada vez que mis padres escuchaban a Amy Winehouse me emocionaba. Buscaba los pocos maquillajes que tenía y delineaba mis ojos para parecerme a ella. Me gustaba fingir que era ella y que cantaba en un escenario para el público.

Tengo la suerte de poder decir que no cambiaría a mi familia por nada del mundo. En términos generales, mi familia es muy grande, comparto sangre con muchas personas, pero solo a algunos de ellos los considero así.

La mayoría de los domingos, o en fechas importantes, nos reunimos a compartir un almuerzo o una cena. Por suerte a todos se les da muy bien el arte de la cocina.

A raíz de ello mi corazón se construyó con la inteligencia y la sabiduría de mamá, la sensibilidad de papá, las comidas de la abuela, la bondad de Maite, el cariño de mi tío, las enseñanzas de mi abuelo, la alegría de Sol, la creatividad de Cami, la autenticidad de Luz y la gentileza de Santi.

Admiro a cada uno de ellos y deseo que la vida siempre nos encuentre juntos en la casa de la abuela, acompañándonos en los triunfos y fracasos.

Aunque algunas veces se expanda y otras se achique siempre van a estar ahí.

El día en que...hablé con animales.

En cada verano, cuando el calor volvía los días insupportables, mi papá solía armar una pileta inflable. En su fondo el agua desdibujaba una lona azul cubierta por dibujitos de delfines y peces espada.

Como de costumbre, me sumergí, esta vez, con el objetivo de contener la respiración el mayor tiempo posible. Los segundos corrían y con mis ojos abiertos, puedo jurar, vi cómo los animales cobraban vida, abrían y cerraban sus bocas, hacían burbujas, murmuraban cosas inentendibles...parecían desesperados por decirme algo.

Extrañada los observé, hasta que mi vista se nubló y un par de brazos me sacaron del agua.

Mi color favorito...es el dorado. Suelo usarlo en mis accesorios y prendas. Me recuerda la calidez de un rayo de sol.

Me identifico con el mar. Cada vez que voy a la playa siento que somos una sola esencia. Me gusta fluir con él, sube y baja, cambia. Puede permanecer estático o revolucionar con sus alas. Nadie conoce realmente su inmensidad, su profundidad, ni todas las emociones que alberga. Su frescura e infinitud abre paso a cualquier posibilidad.

Entre verdades y mentiras: Cuando fui al concierto de Taylor Swift, tuve que pasar cinco horas debajo de la lluvia esperando que abrieran las puertas del estadio; pero a causa del clima, lo cancelaron.

En ese lapso de tiempo pasaron cosas muy graciosas. Vicky Xipolitakis estaba haciendo una nota para un programa de televisión y la vimos en la esquina de la cuadra en la que estábamos. Personas del staff de seguridad nos repartieron pilotos para que la lluvia y el frío fueran llevaderos.

Algunas personas fueron a comprar al supermercado que teníamos frente a nosotros corinas de baño para cubrirse.

Morela Peralta

Me gustaría haber nacido en un pueblo llamado Villa Mantero, a media cuadra de las vías del tren, por donde pasan las locomotoras a carbón, ver el humo negro que despiden y oír el silbido cuando el maquinista tiraba de la cuerda.

Del otro lado de las vías, más o menos a setecientos metros, habría un arroyo para ir a pescar cuando quisiera.

Mi casa sería un rancho de barro con techo de paja, con muchos animales: perros, caballos, vacas, gallinas.

Muchos árboles. Y que los pajaritos al amanecer, canten.

Francisco Schemberger

Nací en Pléyades, un cúmulo de estrellas que dista solamente veinte kilómetros de la constelación de Orión.

No estoy segura de si hacía calor o frío, ya que cuando salí a la vida lo primero que hicieron conmigo fue embeberme con un líquido plateado que generó que mis uñas y pelos comenzaran a crecer,

Con el pasar de los días me dieron un nombre que eligieron en una asamblea pleyadiana. En ella participaron seres de las constelaciones vecinas y de la nuestra se presentaron a voluntad varios ciudadanos.

Me bautizaron **HEART** y en la ceremonia de bienvenida implantaron en mí un corazón de color azul que se agranda conforme pasan los años.

El día en que publicaron la fecha de inauguración de la máquina del tiempo comencé a escribir en un cuaderno los momentos que había subrayado en mi diario íntimo para cambiar los personajes de los hechos.

Entre verdades y mentiras: Cuando tuve nueve años, realicé uno de los primeros actos de amor hacia una amiga.

A Natalia la cargaban por usar ortodoncia. Nuestros compañeros no perdían oportunidad para hacerla sentir un bicho raro. Todas las mañana observaba cómo sus ojos se entristecían.

Al contrario de mi compañera, mi suerte fue diferente durante la escolaridad. Siempre salía premiada como mejor compañera. Esto significaba que a mí nadie se atrevía a dañarme.

Una mañana, antes de salir de casa para ir a la escuela, revolví todo los cajones que había en la casa en busca de un alambre o algo que se pareciera a los aparatos de Natalia.

Encontré varios clips plateados y un alambre grueso que llevé al colegio y que antes de ingresar, acomodé en mi boca para simular la ortodoncia.

Esto generó confusión entre los compañeros que molestaban a mi amiga. Al verme a mí en su misma situación y sin intenciones de herirme, dejaron de cargar a Natalia sin que yo hubiera pronunciado una sola palabra.

Denise Fredes

Me identifico con un perro, fiel, cariñoso. Alguien que siempre va a estar ahí, inquieto, alegre, buen compañero y simple.

Mi familia es grande y se divide en dos: la de verdad y la de adorno.

La de verdad es aquella que cuando me falta algo, trata de dármelo. En ese grupo están mi papá, mamá, hermanos, abuelos, y un grupo de personas que no son de sangre pero siempre estuvieron apoyándome, alentándome, generando recuerdos que llevaré y contaré en el cielo. Ese grupo son mis amigos.

La de adorno, injustamente comparte sangre. Gente que se jacta de ser familia, pero nunca está. Fantasma se ven más seguido en casa que ella.

Mateo González

Nuestros textos - 31.05.25

Leímos: *El vestido de terciopelo* - Silvina Ocampo

Es curioso, hoy decidí usar el último perfuma que ella solía ponerse/ echarse. El último, porque su perfume favorito era otro, pero dejaron de producirlo y no tuvo otra opción.

Justo hoy, que unas prendas me la recuerdan. Y repasándolas el corazón se me estruja. Me oprime el hecho de no ubicar una en especial ¿Será?

El frío trae al presente esas bufandas peludas que envolvía como serpientes alrededor de mi cabeza en pleno invierno, inviernos de escarcha en los que, casi a media noche, me acompañaba de regreso a mi casa, la de mis progenitores, ya que prácticamente vivía en su casa.

Pasaba la mayor parte de mi tiempo con mi abuela ¡Qué suave se siente la caricia de esas motas despeinadas! Aunque a veces molestas cuando me comía alguna hebra ¡Y esos tapados! Siempre me dejaba revolver su placard. Uno era negro como pantera y más que pesado. Otro suave y delicado. A causa de este último se deshizo de ambos.

Fue en esos tiempos que comenzó a señalar con ojos justicieros, el hecho de vestirse con prendas confeccionadas con pieles de animales.

Pero ahora otro asunto me ocupa. Un vestido lila, ligero, sencillo, de verano. Por alguna razón que desconozco no siempre me permitía usarlo y jamás se lo vi puesto. A mí me encantaba: su tela, su color, sus flores. Me gustaba combinarlo con sus zapatos más altos, los que tenían taco aguja.

Entré a la casa silenciosa, era necesario vaciarla de sus pertenencias. Había que entregarla al dueño.

No dudé en llevármelo, directo a casa. Pero un día necesité vaciar el ropero. Clasifiqué las prendas en diferentes bolsas. Entre tanto lío, parece que alguien se equivocó y sacó fuera la bolsa que no correspondía. Y allí quedó el bello y simple vestido veraniego, con su suave lila decorado con flores blancas.

Siento que hoy me despido de él.

Laura Cappabianca

Todo empezó el día en que me tocaba, ya por mandato, tomar la comunión o sea ir a catecismo.

Empecé a los diez años, cerca de la casa de mi abuelita paterna estaba la iglesia *Nuestra Santísima del Perpetuo Socorro* ¡Cómo olvidarla! Era enorme, ocupaba casi media manzana. Tenía capillas, patio interior, jardines... Era muy linda.

Yo iba los sábados a la mañana de diez a doce con una catequista que se llamaba Beatriz. Todo fue muy bien los primeros sábados. También las pruebas del vestido con mi abuelita aunque eran eternas...todo e se satén, el tul, los alfileres. Yo encima de una silla, los alfileres que pinchaban mucho y tenía que estar quieta. Parecía una novia, mi abuela, que entendía de costura, lo adornó con mostacillas. Eran divinas ella y su paciencia.

El día de la última prueba fue domingo. Yo estaba allí con bolsita y guantes.
(Texto a completar luego de aclarar con la autora algunas dudas) **Silvana Molina**

Medias de red

Caminaba con ellas, tranquila.
Mis piernas, elegantísimamente
deslumbrantes.
Rombos negros las adornaban, todos
los días.
Una tarde, que volvía de gastarme
el sueldo en maquillaje, un trauma
nuevo apareció.
Yo no quise hacerte sentir así.
No es mi culpa tu perversión.
Pero sí, es mi culpa mi sumisión.
Ya no las uso.
No porque no me gusten.
No porque me desagraden.
Pero, por miedo a volver a estar
expuesta.
Por miedo a sentirme mal de
vuelta.

Uma Riniti

Conservo varias prendas de mi abuela materna y las uso cuando necesito nutrirme de emociones que me generaba el vínculo con ella; o bien cuando me recuerdo en esa época.

Alguna de las prendas son los camisones que ella intercambiaba a diario, tenía varios modelos/diseños. Irse a dormir era como una dulce ceremonia de inocencia y ternura que nunca olvidaré.

Conservo y uso algunas remeras de mi abuela que evocan en mí recuerdos festivos y alegres. Las utilizo cuando necesito conectar con esos momentos.

Aún conservo unos pares de medias que uso para dormir y cuando me las pongo recuerdo sus pues cansados pero abrigados y reconfortantes en inviernos de visitante.

Conservé telas y las transformé en cortinas, manteles y fundas para almohadas que refuerzan el recuerdo de su vida en la mía.

Denise Fredes

Mi niñez estuvo fuertemente marcada por las princesas. Me gustaba lo delicadas y dulces que parecían ser, admiraba su relación con los animales y la bondad que las rodeaba.

Una forma de acercarme o ser parecida a ellas era a través de la ropa. Recuerdo la suavidad y ternura con la que los tres vestidos que tenía me abrazaban. Giraba sobre mí misma levantando la prenda y viajaba hacia el mundo imaginario que creaba.

También recuerdo usar un tipo de sandalias de goma con brillos. A pesar de ser incómodas y de la transpiración que causaban al usarlas, me sentía como una invitada al baile real.

Con el tiempo, ya no fueron de mi talla y se desgastaron o rompieron pero crearon horas infinitas de juegos y magia. Las recuerdo con mucha nostalgia y amor.

Morela Peralta

Obsesiones

Leímos : *Cuando todo brille* - **Liliana Heker** (Buenos Aires, 9 de febrero de 1943)

Aunque cursó estudios de Física en la Universidad de Buenos Aires, **Heker** se inició muy temprano en la literatura. A los 16 años envió una carta y un poema a la revista literaria *El grillo de papel*, fundada y dirigida por **Abelardo Castillo**, en respuesta a una convocatoria lanzada en el editorial. Castillo se encontró con ella al día siguiente y, tras decirle que «*el poema es pésimo, pero por la carta se nota que sos una escritora*», le propuso integrarse a la revista, llegó a ser secretaria de redacción.

En 1961, luego de que la revista fuera prohibida por un decreto de Arturo Frondizi junto a otras publicaciones, fundó con Castillo *El escarabajo de oro*, de la que al principio fue secretaria de Redacción y, desde 1964, subdirectora. Con 48 números que aparecieron hasta 1974, la revista fue una de las más emblemáticas de la década del '60, con fuerte proyección latinoamericana. Formaron parte de su consejo de colaboradores Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Juan Goytisolo, Félix Grande, Ernesto Sabato, Roberto Fernández Retamar, Beatriz Guido, Dalmiro Sáenz y más. Publicaron sus primeras obras allí Ricardo Piglia, Sylvia Iparraguirre, Humberto Costantini, Miguel Briante, Jorge Asís, Alejandra Pizarnik, Isidoro Blaisten y Bernardo Jobson.

Nuestros textos

Después de haber leído el texto de Liliana Heker, encontré muchas similitudes con esa obsesión por la limpieza y el orden.

Una de las más presentes es el orden del placard y de cómo clasifico la ropa, no me sucede tanto con los cajones de la ropa interior y medias, donde todo se encuentra más libre y desestructurado.

Y con mi cama me sucedía lo mismo, aunque creo que mi conducta se va modificando tolera más tiempo una cama sin tender.

Ariel Fredes

Hoy puedo distinguir claramente uno de mis comportamientos obsesivos, que, si bien implican un gasto de energía y atención en la acción, no dejan de producirme

placer por la consecuencia que conlleva; que es continuar durmiendo en una cama con sábanas bien tendidas.

Cada vez que me toca levantarme y dejar la cama, al regreso debo, inexorablemente, acomodar la sábana, tirando y sujetándola debajo del colchón para asegurarme de que quede bien tirante y disfrutar la continuación del descanso.

Eduardo Bustamante

Si se trata de conductas que han sostenido mi rutina y que he tenido que resignificar. Menciono:

- Bañarme antes de ir a dormir. Si durante el día me duché, lo hago otra vez para relajarme en cuerpo y alma antes del descanso.
- Lavar mis manos ya hacer lavar las manos a quien ingrese a mi casa.
- Creo que fui superando la obsesión por la limpieza. En tiempos pasados, rechazaba visitas de cualquier tipo si mi hogar no estaba en condiciones.
- Detesto que los vidrios de las ventanas de mi casa tengan polvo o estén sucias.

Denise Fredes

Llegué temprano, apoyé las bolsas sobre la mesa. Ella aún dormía su siesta y tenía tiempo de acomodar todo. Esta vez había comprado poca mercadería.

Oyó el ruido de los plásticos y apenas levanté la mirada, la vi apoyada en el marco de la puerta. No tardó ni un segundo en abalanzarse sobre la mesa y como por arte de magia, la superficie quedó impoluta.

No comprendo su obsesión, debió aguardar, darme la oportunidad de poner orden. Siempre es igual, con cualquier cosa es lo mismo. Con los platos vacíos en medio de las reuniones pasa lo mismo. La odisea de entrometerse entre los invitados para quitar uno a uno.

Laura Cappabianca

En mi caso tengo la necesidad de recordar cosas o sucesos importantes. Considero que es una obsesión ya que me desespera no recordar datos como fechas de cumpleaños o aniversarios.

Suelo hacer listas con todas mis fechas importantes y planeo minuciosamente todo lo que haré ese día.

Maia Gerez

Leímos: *Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres* - de **Silvina Ocampo**

Escribimos: *Un extraño amor*

Tuve muy pocos, aún me faltan grandes amores por descubrir, pero aquellos pocos se caracterizan por ser extraños.

Algunas personas dicen que las mejores películas nunca fueron ellas y que los mejores amores todos los tiempos terminaron. En parte creo que es así.

El amor más extraño es, tal vez, el primero ya que es único e inigualable. Donde uno pone su corazón en la palma de la mano y lo regala sin cautela, sin desconfianza. La inocencia es pura y sus intenciones también.

La primera vez que uno ama – o cree hacerlo - color del mundo toma otra tonalidad, más brillante y dulce. Las malas noticias parecen chistes mal contados, las sonrisas se tornan genuinas, la comida sabe mejor, las guerras parecen campos de baile y las bombas fuegos artificiales.

El primer amor es salvaje, no piensa ni razona. Corre con el viento e ignora las señales de advertencia. Es todo o nada, cargado de intensidad y emociones nuevas.

Todos preguntan: “¿Por qué?” No puede explicarse y es incomprensible. Con años de perspectiva, uno tampoco puede entenderlo. Pareciera que es una emoción que va más allá de la realidad, es cósmico y mágico.

Creo que es agri dulce y extraño.

Morela Peralta

Noches con sabor a Canela

Ella o él. Pero yo la conocí como ella. Ya casi no recuerdo su cara. Pero recuerdo muy bien su voz. Su voz era angelical, tierna, aguda. Contrarrestaba un poco con lo demás de su persona.

No me acuerdo cómo, pero la encontré en un juego online. De ahí, hubo altos y bajos. Momentos en que no hablábamos, momentos en que sí.

Lo curioso es que cuando no hablábamos, siempre era por fuerza mayor. Nunca por algo propio.

Hasta que pasaron unos años y surgió el amor por algo más que mejores amigas. Éramos pareja sin decirlo. Claro que hubo una formalización, pero fue tan breve que ni lo recuerdo. A nosotras nos importaban las palabras y las acciones. No tanto decir: “Sos mi novia”

La relación fue... rara. Desastrosa, incómoda, alegre, romántica, sexual, todo a la vez.

Jamás voy a olvidar la sensación de llegar apresurada del colegio a mi casa para escribirle.

Creo que la sigo amando. Nunca se van a ir esos sentimientos. Esa nostalgia. Pero es mejor que estemos separadas.

Mis recuerdos favoritos son sus cartas y dibujos que me enviaba. Hablo de cartas de quince, veinte páginas. En las cartas había de todo: anécdotas, chistes, doodles, confesiones... Realmente era feliz al recibirlas.

Aún así, nunca la vi. Fue todo virtual. Pero es quien más me hizo sentir y aprender.

La llevo a todos lados conmigo. Ya no hablamos, excepto en mis sueños. Sueños que me despiertan contenta, feliz, nostálgica pero...con vacío emocional y hasta físico, en mi estómago. Horrible.

Gracias a ella soy así de artística porque tras nuestra ruptura volqué todas mis emociones en el arte: dibujos, poemas, textos, canciones...¡¡tantas cosas!! Gracias a ella, soy quien soy hoy. Estoy feliz de haberla conocido.

Me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes. A veces pienso que un diagnóstico más temprano (es que tardaron diecinueve o veinte años) me hubiera ayudado. La hubiera tratado mejor, al tratarme mejor a mí misma.

Me gusta pensar que hay varios primeros amores en la vida. Uno con el que se aprende a amar. Otro, con el que se ama correctamente.

Nunca va a ver esto, pero que sepa que la quiero y la querré por siempre.

Uma Riniti

Un amor extraño

Lo que me gustó de él fue que siempre usaba camisa, tenía sonrisa de actor de cine.

Fuimos varias veces a la heladería, otras a tomar café. Nunca al cine porque decía que se dormía y yo no lo quería comprobar. Le gustaba estar descalzo, la mayoría de las veces, esto a mí no me agradaba y no me atrevía a preguntarle si los zapatos no eran suyos. No le gustaba ningún deporte, tampoco practicaba ninguno. Decía que los deportes eran para los que tenían músculos o tiempo.

Pasaron los días y yo decidí estudiar, se lo conté, no le gustó para nada. Me dijo que para qué estudiar si estaba bien así. Si estudiaba no lo volvería a ver porque estaría ocupada. No lo entendí.

Pasaron los meses, no lo veía muy seguido. Los sábados siempre íbamos a la heladería. Él pedía siempre el mismo gusto: limón y menta. Mí no me gusta: ¿Quién pide esos sabores? Ni mi abuela. Yo, chocolate y frutilla...como tiene que ser. Me olvidé de contar que él pedía submarino con pan y mortadela. Yo pasaba a mi café con leche y medialunas.

Él era judío, decía. Yo no veía nada de eso, pero...en fin. A mí la Navidad me encanta, a él no, ni las fiestas, los cumpleaños. Era mucho ruido y mucha gente. Nunca supe la fecha de su cumpleaños ni si tenía hermanos o padres. Un misterio era para mí. Tal vez por eso me gustaba.

Silvana Molina

Extraño amor

Amo pelear con vos, me dijo...

Yo, en silencio, asumí que lo decía en broma. Y es que...¿cómo amas el conflicto constante? ¿Por qué te gusta pelear con la persona a la que, supuestamente, amas? No lo entiendo ni jamás lo entenderé.

Fui criada en una familia en la que el amor se demuestra con agresividad. No física, pero sí verbal...

Pelear con alguien a quien amo no me gusta, pero es la única forma en la que aprendí a amar...Cualquier otro tipo de amor me resulta extraño, imposible quizás.

Pero finalmente, aquí estoy. Quién me hubiera dicho, hace un año atrás, que conocería a alguien que ama de la misma manera, que me trata como yo trato a los que amo.

Es un amor insano, ya lo sé. Pero me tiene atrapada, totalmente encadenada a su ser y no permite que escape.

Aunque ya me haya ido hace mucho, el fantasma de su amor aún me persigue e intenta que vuelva con desesperación, pero con cada intento o súplica yo solo oigo en mi mente: Solo amo pelear con vos”

Maia Gerez

Un amor extraño

Ya se hacía tarde, necesitamos salir a los apurones. Eran unas pocas cuadras pero llegamos agitadosísimos. Fue divertido ingresar a la carpa bien desaliñados, riéndonos del tipo que se había caído de la bici delante de nosotros. Quedó muy chistoso, desparramado. El señor del quiosco lo ayudó y ¡nos ayudó a nosotros!...a darle la espalda y salir corriendo a carcajadas

Nos acomodamos entre el poco lugar que quedaba. La función estaba a punto de comenzar.

Allí lo fui conociendo mejor, entre risas y carcajadas. Observé su ropa colorida de arriba abajo, clásicos zapatos y, por supuesto, la típica corbata. Más me cautivaba el brillo de sus ojos, algo tristes, que contrastaban con sus comisuras de oreja a oreja. Adoré su cabellera de esponjita de acero y hasta reservé turno para rizar la mía. Deseaba recordarlo cada vez que me mirara en el espejo. Su humor era fabuloso, hasta las encrucijadas se las tomaba de buen modo.

Sobre el escenario desfilaron palomas, gatos, gallinas. También aros, rodados, zancos, cintas y bolas de fuego. No quería moverme de allí, quería dejar mi mirada posada en él, pero las luces se fueron apagando una a una y salimos de allí.

Esa semana obtuve mis rulos me compré un gorro alargado, lleno de rayas, muy payasesco que me acompañaba a todos lados con irreverencia.

Las funciones se apagaron, los aplausos las risas silenciaron. Ya no corrimos más hacia la entrada.

La carpa desmantelada se llevó mis rulos, el show y su sonrisa.

Laura Cappabianca

“Para que pueda ser he de ser otro, salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia”

Octavio Paz

YO SOY

Yo soy desordenada, pues suelo ver el desorden en otros. Y si lo veo en otros, entonces, también el desorden está en mí

Yo soy testaruda, a veces no me doy cuenta de si no es...debo dejar de insistir.

Yo soy desobediente, si una regla no me parece justa, la rompo.

Yo soy perezosa, sobre todo, si no hay razón que me motive, pero cuando me posiciono en la partida, doy paso firma.

Yo soy soñadora, pero suelo caer en el exceso y se convierte en pura fantasía.

Yo soy indecisa cuando no percibo un buen resultado.

Yo soy insistente cuando sé que tengo razón.

Yo soy distraída pero ahora no puedo dar explicación.

Yo soy terca cuando estoy decidida a obtener un resultado.

Yo soy valiente cuando de mis hijos se trata.

Yo soy transparente cuando una persona me resulta importante y también cuando no.

Yo soy sincera pero a veces me escondo y me guardo un poquito.

Yo soy atenta con las personas que me importan.

Yo soy curiosa y no dejo de aprender cosas nuevas.

Yo soy responsable con lo que prometo a otros.

Yo soy amable con quien tiene igual trato.

Yo soy muchas cosas para mí misma.

Yo soy muchas cosas para los otros.

Yo soy quien soy, lo que soy, por mi camino, por mi historia, pero no sé quién seré.

Yo soy, ahora, pero en mi gran camino hacia mi interior solo voy a llegar a SER.

Laura Cappabianca

Yo soy aventurera, amo conocer y explorar lugares.

Yo soy escritora, el simple hecho de escribir me da mucha felicidad.

Yo soy arte, yo creo e invento.

Yo soy música, como si fuera una extensión de mi alma, a veces canto inconscientemente.

Yo soy apasionada, cada cosa que me sucede y hago, siempre es con mucha dedicación y el mayor esfuerzo posible.

Yo soy familiara, no existe nada más importante que mi familia.
Yo soy luz, brillo y me destaco en cada cosa que hago.
Yo soy posesiva, hay cosas que considera solamente mías y no me gusta compartir con nadie.
Yo soy detallista, me encanta hacer sentir amados a los demás.
Yo soy indecisa, nunca puedo decidir sobre las cosas realmente importantes.

Maia Gerez

Yo soy franca, a pesar de que eso me ocasiona problemas muchas veces ¿¡Qué voy a hacer!?

Yo soy selectiva con todo, y esto me agrada a esta altura de mi vida.

Yo soy disciplinada en lo que hago y me gusta que los demás lo sean. Y eso les cuesta mucho.

Yo soy juguetona y me gusta mirar dibujitos. Aunque nadie me crea.

Yo soy amante de las tardes de domingo tranquilas de otoño.

Yo soy curiosa de todo lo que aún me falta aprender. Y es mucho.

Yo soy esa a la que le gusta mirar los cambios de la Luna.

Yo soy pizpireta. Me encantan los cumpleaños y celebraciones. Si hay disfraz de por medio, mucho mejor.

Yo soy admiradora de los gatos, todo en ellos me gusta, colores diversos y ¡¡esos bigotes tan lindos!! Tengo uno solo por ahora y es negro.

Yo soy MAMÁ. Esa palabra es la que más me gusta escuchar. Esperé tanto oírla, hasta que se hizo realidad. Estoy agradecida y me llena de alegría verlo crecer cada día.

Yo soy hermana, que es lo que más entiendo en esta vida. Cinco hermanos no es poco. He sido un poco mamá también...ayudarlos a vestirse, enseñarles a escribir, leer. Verlos ahora, ya casados, con hijos. Me pregunto: “¿Cómo pasó el tiempo?!” Así es la vida. Saber que están bien y felices me pone feliz.

Yo soy defensora de los animales, no me gusta que nadie los lastime.

Yo soy, ante todo, una persona a la que le fascina la lectura y la literatura. Confieso que mi letra no es nada buena.

Yo soy paciente con todo.

Yo soy alguien que sabe escuchar a los demás.

Yo soy muy buena cocinera. Me lo han dicho y espero que sea así.

Silvana Molina

Yo soy soñadora. Me pierdo en los recuerdos y en los potenciales deseos y semillas de mis anhelos.

Yo soy romántica, siento el amor como una dama antigua, pero al mismo tiempo soy como una mariposa sin destino fijo que busca su alimento en las flores más bonitas.

Yo soy un alma inocente que cree en las hadas y los ángeles, que se funde en las galaxias y pide deseos a las estrellas.

Yo soy poderos y activa, cuyo fuego anuncia la hoguera y que arrima sin miedos las ramas secas para honrar la transformación venidera.

Yo soy un alma guerrera que pinta su rostro si la oscuridad intenta ocultar mi esencia.

Yo soy de colores claros y paso mis noches repasando momentos e intercambiando pensamientos para fluir y rugir como el viento.

Yo soy un alma inquieta que se mueve por los espacios como gota de lluvia que juguetea en los campos.

Yo soy aventurera, me calzo las botas y me adentro en los bosques de extraña procedencia.

Yo soy de pétalos honestos que caen de mi corola cuando la hora lo exige y sin hacer ruido acepto el destino de las constelaciones.

Denise Fredes

Yo soy niño siempre. No sé muy bien por qué. No es porque no le dé importancia ni tome las cosas seriamente; pero tal vez, por poner una nota de humor, en situaciones en las que sorprende que lo haga. Y tal vez, porque mi madre decía: "...el hombre que no tuvo infancia...y me lo creí."

Yo soy curioso, inquieto, deseoso de saber lo más que pueda, aunque sepa que nunca utilizaré ese conocimiento.

Yo soy sensible siempre por pequeña que sea la situación. Si al otro lo atraviesa la emoción, logra emocionarme. Me sensibilizan tanto al dolor, la injusticia, el sufrimiento como la alegría, los logros, la justicia.

Yo soy bueno para "poner la oreja". Me considero con buena capacidad de escucha. Muchas veces la empatía me sorprende a mí mismo. Trato de que no me resulte difícil ponerme en el lugar del otro.

Yo soy impaciente...muy impaciente. El tiempo de espera es interminable, insufrible el tiempo que demandan los procesos.

Yo soy libre, si llegara a sentir lo contrario, sería insoportablemente odioso.

Yo soy generoso, lo que me da mucha satisfacción es hacer ver que sirve lo que puedo dar, sea lo que sea y sin esperar nada a cambio.

Yo soy impuntual, por lo que me tengo que esforzar y poner atención en la gestión del tiempo para revertir la condición.

Yo soy quejoso, pero siempre encuentro las respuestas y fundamentos para encubrirlo.

Yo soy observador del comportamiento humano, de los detalles de las conductas.

Yo soy fanático de los valores como la honestidad, responsabilidad y compromiso.

Eduardo Bustamante

Yo soy el desencuentro de dos personas que aún se eligen.
Yo soy las lágrimas que se esconden en el silencio.
Yo soy una pluma al borde de explotar.
Yo soy el insomnio luego de pensar.
Yo soy un papel arrugado en el fondo de la habitación.
Yo soy el silencio incómodo en una conversación.
Yo soy el fracaso sin frutos del esfuerzo.
Yo soy el nudo que ahoga los secretos.
Yo soy la rabia que habita en los corazones durmientes.
Yo soy la fe perdida luego de súplicas sin respuestas.
Yo soy la sonrisa que recibí de un extraño.
Yo soy la unión entre malentendidos.
Yo soy la preocupación genuina por el otro.
Yo soy creyente de que siempre vuelve a salir el sol.
Yo soy el amor de mi familia.
Yo soy las risas que hacen desaparecer la angustia.
Yo soy la gratitud por tener piernas y seguir respirando.
Yo soy los abrazos que llegan cuando más los necesitamos.
Yo soy la felicidad que se encuentra en la simpleza de una buena conversación.
Yo soy el bello nombre que mis padres eligieron con cariño y amor.

Morela Peralta

Yo soy paciente con el aprendizaje de otros.
Yo soy ansioso, ya que intento controlar muchas cosas a la vez.
Yo soy lector, todos los días leo material escrito.
Yo soy una persona a la que le gustan los perfumes.
Yo soy ambicioso de saber y conocer.
Yo soy agradecido por las cosas que tengo y por las oportunidades de la vida.
Yo soy alguien a quien le gusta una rica comida con buen vino.
Yo soy creyente en una férrea energía superior al mundo físico.
Yo soy estudiante, siempre me encuentro con ganas de aprender.
Yo soy amigable, es lo que me suelen decir.
Yo soy creyente en el bien, ya que el mal es el resultado del desconocimiento de obrar bien.
Yo soy temeroso de los accidentes.
Yo soy ciclista, suelo salir a rodar cuando puedo.
Yo soy solitario porque mi vida social se redujo significativamente.
Yo soy alguien a quien le gusta el mate, porque todos los días lo bebo.
Yo soy quien disfruta del otoño, me gustan los colores que ofrecen las hojas de los árboles.
Yo soy amante de los niños, me gusta observar cuando juegan y se ríen.
Yo soy radioescucha, todas las mañanas comienzo el día y encendiendo la radio.
Yo soy una constante resignificación.

Ariel Fredes

Yo soy Uma, pero mis padres dicen que soy Julieta Belén.
Yo soy un poco loca, algunos me han llamado psiquiátrica.
Yo soy artística y dejo que el arte hable por y para mí.
Yo soy nostálgica, pienso en ella casi todos los días aunque los años pasan.
Yo soy tímida y retraída para algunos y para otros soy gritona y extrovertida.
Yo soy alguien que por los días está a mil y por las noches está a cero.
Yo soy “normal” para dos o tres personas en mi vida.
Yo soy cariñosa con él aunque me cuesta con ella.
Soy alguien que no deja de aprender. Y estoy contenta por ello

Uma Riniti

Ejercicios de escritura - Sábado 06.09./ 13.09.25

1.- ¿En qué lugar imaginario nací?

Imaginar el lugar en el que **nos gustaría** haber nacido, si hubiésemos podido elegir. Debemos crear un lugar que solo exista en nuestra imaginación:

Ejemplo 1: *Nací en la hermosa ciudad de Besimas. Cuando abrí los ojos por primera vez, me tipe con decenas de labios que querían besarme insistentemente. Porque en Besimas se besa mucho.*

Ejemplo 2: *Nací hace ocho años en una caja de chocolate. Mi madre dice que por eso soy tan golosa. Mi piel es blanca como el chocolate blanco y mis ojos negros, como el negro. En aquella casita los radiadores se calentaban con chocolate líquido hervido. La casa en la que yo nací, ya no existe...se la comió mi padre.*

2.- En la niñez me gustaba...

Pensaremos en las cosas que nos gustaban de pequeños, entre los cinco y diez años. Esto es literatura, se puede jugar con la realidad o con la imaginación o con ambas. La literatura no exige **verdad**, exige **verosimilitud** (f. Cualidad de verosímil. credibilidad, apariencia, probabilidad, posibilidad, fiabilidad, plausibilidad, autenticidad, veracidad, aceptabilidad, creencia, verisimilitud)

Ejemplo 1: *Lo que más me gustaba hacer cuando tenía seis años, era montarme en bicicleta y lanzarme a toda velocidad cuesta abajo. Recuerdo que apenas utilizaba los frenos. Tal vez por eso me caí un montón de veces. Otra cosa que me gustaba era comer chocolate a escondidas. Me zampaba una tableta entera y luego me dolía mucho la barriga. Pero...lo que más me gustaba era tirarle de las trenzas a mi hermana y oír cómo chillaba.*

Ejemplo 2.-: *Cuando tenía ocho años me gustaba bailar. Bailaba sin parar. Cualquier canción me servía para mover el esqueleto. Imaginaba que de mayor sería bailarina profesional. Mis padres me decían que se me iban a desencajar las articulaciones. Otra cosa que me encantaba era leer libros de risa. Me gustaba esconderme en lugares secretos y pasarme horas enteras imaginando mundos...me convertía en astronauta, paracaidista, escritora. Me gustaba jugar con Miki, mi gato.*

3.- Mi familia es

Cada familia es un mundo. Escribir sobre la nuestra, sus costumbres, hábitos, reglas, secretos...

Ejemplo 1: *Tengo una familia muy especial. Vivo con mis padres, mi hermana y mi abuela. Mi padre tiene una buena barriga. Le gusta peinarse hacia un lado, como si lo hubiese lamido una vaca. Mi hermana es más pequeña que yo y se porta muy bien. Los domingos solemos comer a las 15 horas. Ese día ponemos la mesa en el salón. Mi abuela es bastante reñidora: mis padres siempre se están dando besos y la abuela le dice que ya no son novios. Pero a mis padres les da igual.*

Ejemplo 2: *Mi familia está formada por muchas personas, pero hablaré de mis padres. Están separados, así que vivo una semana con mi madre y otra con mi padre ¡¡Tengo dos casas!! Ellos se llevan muy bien, pero decidieron separarse porque parece que lo suyo no funcionaba.*

4.- El día en que...

Narraremos una anécdota de infancia. Este es un taller de escritura creativa, así que...**TODO VALE**.

Ejemplo 1: *El día que los extraterrestres aterrizaron en mi terraza, yo estaba durmiendo. El ruido ensordecedor me despertó. Me asomé a la ventana y vi una nave enorme de color rosa. Se abrió una puerta y apareció un ser de cabeza cuadrada, vestido con un traje de colorines. Estuve a punto de reírme pero me ganó el miedo.*

5.- Mi color favorito es...

Dar razones de nuestra elección. Como estamos en un taller de escritura, tenemos que nos estrujarnos el cerebro e idear respuestas.

Ejemplo 1: *Mi color favorito es el verde porque me encanta la naturaleza. En él veo bosques y selvas. Primavera. Huelo frescura. Dicen que mis ojos son verdes y me imagino una selva en mi mirada, una selva plagada de misterios. El verde es un color salvaje. Me gusta la vida salvaje, originaria, no contaminada.*

Ejemplo 2: *Mi color favorito es el azul. Como el mar. Como el cielo. Como la mirada de mi padre. Me gustaría ser navegante, cruzar mares, visitar islas lejanas. O volar en avión, tocar las nubes. El azul es alegría, es ilusión.*

6.- Me identifico con...

Pensar en un animal, elemento de la naturaleza ¿Con qué me identifico? Escribir un pequeño texto que surja de nuestro corazón.

7.- Entre verdades y mentiras

Y ahora, para terminar, vamos a contar cosas que serán verdad o mentira. Las leeremos en voz alta y nuestros compañeros de taller tendrán que adivinar qué cosas son ciertas y cuáles son falsas en nuestro relato.

